Ana Catalina Emmerich

La Amarga Pasión de Cristo

El libro en el que se ha basado
la película ***La Pasión de Cristo***

booket

La amarga Pasión de Cristo

La amarga Pasión de Cristo

Según las visiones de Ana Catalina Emmerich
transcritas por Clemente Brentano

Versión de Carme López



Avinguda Diagonal 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

Diseño e ilustración de la cubierta: Opalworks
Primera edición en Colección Booket: abril de 2004

Depósito legal: B. 15.059-2004
ISBN: 84-08-05321-3
Impresión y encuadernación: Litografía Rosés, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Biografía

Ana Catalina Emmerich (1774-1824) nació en el seno de una familia humilde en el norte de Alemania. A la edad de veintiocho años ingresó en un convento agustino, después de haber trabajado como costurera y sirvienta. En 1813 enfermó, y a partir de ese momento sus estigmas se manifestaron externamente. A lo largo de toda su vida había tenido visiones del presente, del pasado y del futuro. Desde el momento en que quedó postrada en la cama, el poeta alemán Clemente Brentano la visitó diariamente y transcribió las visiones que Emmerich tuvo de la Pasión de Jesucristo. Por la importancia y relevancia de su testimonio, Juan Pablo II la declaró Venerable y El Vaticano ha anunciado recientemente su beatificación.

Primera meditación

PREPARATIVOS PARA LA PASCUA

Jueves Santo, el 13 Nisán (29 de marzo)

Ayer por la tarde, Nuestro Señor tomó su última comida junto con sus amigos, en casa de Simón el Leproso, en Betania, y allí mismo, María Magdalena ungió por última vez con perfume los pies de Jesús. Judas se escandalizó; corrió a Jerusalén y conspiró con los príncipes de los sacerdotes para entregarles a Jesús. Después de la comida, Jesús volvió a casa de Lázaro, mientras algunos de los apóstoles se dirigían a la posada que se halla a la entrada de Betania. Por la noche, Nicodemo acudió de nuevo a casa de Lázaro y tuvo una larga conversación con el Señor; volvió a Jerusalén antes del amanecer, y Lázaro lo acompañó durante un tramo del camino.

Los discípulos le habían preguntado a Jesús dónde quería celebrar la Pascua. Hoy, antes del amanecer, Nuestro Señor ha mandado a buscar a Pedro, a Santiago y a Juan; les ha explicado con detalle todos los preparativos que deben disponer en Jerusalén, y les ha dicho que, subiendo al monte Sión, encontrarían a un hombre con un cántaro de agua. Reconocerían a ese hombre, pues, en la Pascua anterior, en Betania, fue él quien mandó preparar la comida para Jesús; por eso, san Mateo dice: «Él les dijo: "Id a la ciudad, a uno, y decidle: 'El Maestro dice: Mi tiempo está cerca, en tu casa haré la Pascua con mis discípulos.'"» Después debían ser conducidos por ese hombre al cenáculo y allí hacer todos los preparativos necesarios.

Yo vi a los apóstoles subir a Jerusalén, por una quebrada al sur del Templo y al norte de Sión. En una de las vertientes de la montaña del Templo había una hilera de casas, y ellos marcharon frente a esas casas, siguiendo el curso de un torrente. Cuando alcanzaron la cumbre del monte Sión, que es una montaña más alta que la montaña del Templo, se encaminaron hacia el Mediodía, y al principio de una pequeña cuesta encontraron al hombre que Jesús les había descrito; fueron tras él y le dijeron lo que Jesús les había mandado. El hombre recibió con gran alegría sus palabras y les respondió que en su casa había sido ya dispuesta una cena (probablemente por Nicodemo), pero que, hasta aquel momento, él no había sabido para quién y que se alegraba mucho de saber que era para Jesús. El nombre de este hombre era Helí, cuñado de Zacarías de Hebrón, en cuya casa Jesús había anunciado el año anterior la muerte de Juan el

Bautista. Helí tenía únicamente un hijo, que era levita, y amigo de san Lucas, antes de que éste fuese llamado por Nuestro Señor, y cinco hijas, todas ellas solteras. Todos los años acudía a la fiesta de Pascua con sus sirvientes, alquilaba una sala y preparaba la Pascua para todos aquellos que no tuvieran amigos con quienes hospedarse en la ciudad. Ese año había alquilado un cenáculo propiedad de Nicodemo y José de Arimatea. Mostró a los apóstoles dónde estaba y cuál era su distribución.

Segunda meditación

EL CENÁCULO

Del lado sur del monte Sión, no lejos de las ruinas del castillo de David y del mercado que asciende hacia el castillo hacia el este, hay una antigua y sólida edificación entre frondosos árboles, en mitad de un espacioso patio amurallado. A ambos lados de la entrada se ven otras construcciones anejas, sobre todo a la derecha, donde está la morada del sirviente principal, y pegada a ésta, la casa en la que la Santísima Virgen y las santas mujeres pasaron más tiempo después de la muerte de Jesús. El cenáculo, que en otras épocas había sido más grande, fue residencia de los bravos capitanes de David, que allí se ejercitaban en el uso de las armas.

Antes de la construcción del Templo, el Arca de la Alianza estuvo depositada allí durante un largo período, y todavía pueden encontrarse huellas de su presencia en el sótano. También he visto al profeta Malaquías cobijado bajo ese mismo techo; fue allí donde escribió sus profecías sobre el Santísimo Sacramento y el Sacrificio de la Nueva Alianza. Salomón rindió honores a esta casa y llegó a tener lugar en ella algún acto simbólico y figurativo que he olvidado. Cuando casi todo Jerusalén fue destruido por los babilonios, esta casa fue respetada. He visto otras muchas cosas relacionadas con la casa; pero sólo recuerdo lo que he contado.

Cuando fue comprado por Nicodemo y José de Arimatea, este edificio estaba en muy mal estado. Ellos arreglaron el cuerpo principal y lo dispusieron cómodamente; lo alquilaban a los extranjeros que acudían a Jerusalén con motivo de la Pascua. Así fue como Nuestro Señor pudo celebrar allí la Pascua del año anterior. Además, la casa y sus dependencias se utilizaban como almacén de estelas, monumentos y otras piedras, y también como taller para los obreros. José de Arimatea poseía excelentes canteras en su país, de donde hacía traer grandes bloques de piedra, con las cuales, bajo su dirección, esculpían sepulcros, adornos y columnas que después vendían. Nicodemo también se dedicaba a este negocio y solía

pasar muchas horas de sus ratos libres esculpiendo. Trabajaba en la sala o en el sótano bajo ésta, excepto en tiempo de las fiestas. Su trabajo lo había llevado a conocer a José de Arimatea, de quien se había hecho amigo; a menudo, habían llevado a cabo juntos alguna empresa.

Esa mañana, mientras Pedro y Juan hablaban con el hombre que había alquilado el cenáculo, vi a Nicodemo en la casa de la izquierda del patio, donde habían sido colocadas muchas piedras que impedían el paso al cenáculo. Una semana antes, vi a varias personas trasladando las piedras de un lado a otro, limpiando el patio y preparando el cenáculo para la Pascua; entre ellos me pareció ver a algunos discípulos, quizás Aram y Temeni, los primos de José de Arimatea. El cenáculo propiamente dicho está casi en el centro del patio, es rectangular y lo rodean chatas columnas; si el espacio entre los pilares se abriera un poco, podría formar parte de la gran sala interior, pues todo el edificio es como si fuera transparente; pero, excepto en las ocasiones especiales, los pasos están cerrados. La luz penetra por unas ranuras que hay en lo alto de las paredes. Al entrar, se encuentra primero un vestíbulo, al que dan acceso tres puertas; luego, la gran sala interior, de cuyo techo cuelgan varias lámparas; las paredes, hasta media altura, están decoradas para la fiesta con hermosas esteras y tapices, y una abertura del techo ha sido velada con una gasa azul muy transparente.

La parte de atrás de la habitación está separada del resto por una cortina también de gasa azul. Esta división en tres partes del cenáculo le otorga cierta semejanza con el Templo, donde encontramos el atrio el Sancta y el Santasantórum. En la parte posterior del cenáculo se encuentra, colgada a derecha e izquierda, la indumentaria precisa para la celebración de la fiesta. En el medio hay una especie de altar. Un banco de piedra elevado sobre tres escalones; y con la figura de un triángulo rectángulo está sujeto a la pared. Ése debe de ser el horno donde se asa el cordero pascual, porque hoy, durante la comida, los escalones se notaban calientes. No puedo explicar en detalle todo lo que hay en esta parte de la sala, pero se están haciendo grandes preparativos para la cena pascual. En la pared que hay encima de este horno o altar, se ve una especie de nicho, delante del cual vi la imagen de un cordero pascual: tenía un cuchillo en el cuello y su sangre parecía ir cayendo gota a gota sobre el altar; pero no lo recuerdo claramente. En otro nicho de la pared había tres alacenas de diversos colores, que podían moverse como nuestros tabernáculos, para abrirlas y cerrarlas. Había en ellas todo tipo de vasijas para la Pascua; más tarde, el Santísimo Sacramento fue colocado allí.

En las habitaciones adyacentes al cenáculo se veía una especie de divanes con gruesos cubrecamas, que podían ser usados como camas. Bajo el edificio hay hermosas bodegas. El Arca de la Alianza estuvo en algún momento depositada debajo de donde ahora está el hogar. La casa cuenta con cinco cañerías que, por debajo del suelo, se llevan las inmundicias y las

aguas de la montaña, pues la casa está construida en un punto elevado. En esa casa, he visto a Jesús orar y hacer milagros; los discípulos también se quedaban con frecuencia a pasar la noche en las salas laterales.

Tercera meditación

PREPARATIVOS PARA COMER EL CORDERO PASCUAL

Cuando los apóstoles acabaron de hablar con Helí de Hebrón, este último entró en la casa por el patio, pero los discípulos torcieron a la derecha y bajaron el monte Sión hacia el norte. Atravesaron un puente y siguieron por un sendero cubierto de árboles hasta el otro lado de la quebrada de delante del Templo y de la hilera de casas que quedan al sur de éste. Allí estaba la casa del anciano Simeón, que murió en el Templo tras la presentación de Nuestro Señor. Los hijos de Simeón, algunos de los cuales eran discípulos de Jesús en secreto, vivían ahora en la casa de Simeón. Los apóstoles hablaron con uno de ellos, un hombre alto y moreno que trabajaba en el Templo. Fueron con él hasta la parte oriental del Templo, atravesando la puerta de Ofel, por la que Jesús había entrado en Jerusalén el domingo de Ramos, y prosiguieron hasta la plaza del ganado, al norte del Templo. En la parte sur de esta plaza vi pequeños cercados como jardines en miniatura, en los que pastaban hermosos corderos. Allí era donde se compraban los corderos de Pascua. Yo vi al hijo de Simeón entrar en uno de estos cercados, y los corderos se acercaban a él como si lo conocieran. Escogió cuatro, que fueron llevados al cenáculo, donde empezaron a prepararlos.

Luego vi a Pedro y a Juan ir, además, a diversas partes de la ciudad y encargarse de varias cosas. También los vi delante de la puerta de una casa situada al norte del monte Calvario. Esa casa, donde los discípulos de Jesús se alojaban casi siempre, pertenecía a Serafia, que luego fue llamada Verónica. Pedro y Juan enviaron desde allí a algunos discípulos al cenáculo, y les hicieron varios encargos que he olvidado.

Ellos entraron entonces en casa de Serafia, donde tenían que hacer todavía algunas cosas. El marido de ella era miembro del Consejo, y pasaba mucho tiempo fuera de casa ocupado en sus asuntos, pero aun cuando estaba en casa, se veían poco. Serafia era una mujer más o menos de la edad de la Santísima Virgen, que conocía a la Sagrada Familia desde hacía mucho tiempo, pues cuando Jesús niño se quedó tres días en Jerusalén después de la fiesta, ella se ocupó de alimentarlo.

Los dos apóstoles cogieron de allí, entre otras cosas, el cáliz con el que Nuestro Señor instituyó la Sagrada Eucaristía.

Cuarta meditación

EL CÁLIZ Y LA ÚLTIMA CENA

El cáliz que los apóstoles cogieron de casa de Verónica, tenía una apariencia hermosísima y misteriosa. Había estado depositado mucho tiempo en el Templo, entre otros objetos preciosos, y era muy antiguo, tanto, que su origen y uso habían sido olvidados. Eso mismo ha pasado en la Iglesia cristiana, donde muchas joyas antiguas consagradas se han ido olvidando y cayendo en desuso. Muchas veces, enterradas en el polvo del Templo, han sido encontradas, vasijas antiguas y joyas, que se han recompuesto y vendido. De este mismo modo, y porque Dios así lo quiso, se encontró este cáliz santo que nunca se ha podido fundir debido a que no se sabe de qué material está hecho. Fue hallado por los sacerdotes en el tesoro del Templo, entre otros objetos que habían sido vendidos como antigüedades. Serafia lo compró, y había sido utilizado ya muchas veces por Jesús en las celebraciones; desde el día de la Ultima Cena pasó a ser custodiado por la sagrada comunidad cristiana. Este cáliz no siempre había tenido el mismo aspecto; y quizá en esa ocasión de la Cena, habían reunido las diferentes piezas que lo componían. Colocaron el gran cáliz sobre una bandeja, rodeado por seis pequeñas copas. El cáliz contenía a su vez un recipiente menor sobre un plato, todo ello cubierto con una tapadera redonda. En el cáliz había insertada una cuchara que podía sacarse con facilidad. Todos estos diferentes vasos estaban envueltos en paños y metidos en una bolsa de cuero, si no estoy equivocada. El gran cáliz se compone de la copa y del pie, que seguramente fue añadido con posterioridad, pues las dos partes son de distinto material. La copa tiene forma de pera, es maciza y oscura y muy bruñida; tiene adornos dorados y dos pequeñas asas para sujetarla. El pie es de oro puro, finamente labrado. En él está representada la figura de una serpiente y hay también un racimo de uva; en todo él se han engastado piedras preciosas.

El gran cáliz quedó depositado en la iglesia de Jerusalén, cerca de Santiago el Menor, y veo que todavía está allí; aparecerá un día, como ya apareció antes. Otras iglesias se repartieron las pequeñas copas que lo rodeaban; una de ellas está en Antioquía, otra en Éfeso. Pertenecían a los patriarcas, que bebían en ellas un misterioso brebaje antes de dar o recibir la bendición; yo lo he visto muchas veces.

El gran cáliz perteneció a la casa de Abraham; Melquisedec lo llevó consigo desde la tierra de Semíramis a la tierra de Canaán, donde fundó algunos asentamientos en el lugar donde después se edificaría Jerusalén. Lo utilizó en el sacrificio, cuando ofreció pan y vino en presencia de Abraham, después volvió a dejarlo en manos de este sagrado patriarca. El mismo cáliz estuvo asimismo en el Arca de Noé.

Quinta meditación

JESÚS ENTRA EN JERUSALÉN

Por la mañana, mientras los apóstoles estaban en Jerusalén ocupados con los preparativos de la Pascua, Jesús, que se había quedado en Betania, se despidió con gran afecto de las santas mujeres, de Lázaro y de su Santa Madre, y les dio las últimas indicaciones. Yo vi al Señor hablar a solas con su Madre y le dijo, entre otras cosas, que había enviado a Pedro, el apóstol de la fe, y a Juan, el apóstol del amor, delante de Él para preparar la Pascua en Jerusalén. Le dijo, hablando de Magdalena, cuyo dolor era inmenso, que su amor era muy grande, pero todavía de algún modo humano, y que por eso el dolor la ponía fuera de sí. Le habló también de la traición proyectada por Judas, y la Santísima Virgen rogó por él. Judas había dejado otra vez Betania para ir a Jerusalén, con el pretexto de pagar unas deudas. Corrió todo el día de un fariseo a otro y acordó el pago con ellos. Le mostraron quiénes serían los soldados encargados de prender a Nuestro Divino Salvador. Judas pensó sus excusas de modo que pudiera justificar su ausencia. Yo he visto todos sus cálculos y todos sus pensamientos. Era de natural activo y dispuesto, pero esas buenas cualidades topaban con la avaricia, la ambición y la envidia, pasiones que él no se esforzaba en combatir. En ausencia de Jesús, había incluso obrado milagros y curado enfermos.

Cuando Nuestro Señor le dijo a la Santísima Virgen lo que iba a suceder, ella le pidió, de la manera más tierna, que la dejase morir con Él. Pero él la exhortó a tener más resignación en su pena que las otras mujeres; le dijo también que resucitaría, y el lugar donde se le aparecería. Ella no lloró mucho ante él, pero su dolor era indescriptible; había algo casi espantoso en su profundo recogimiento. El Señor le agradeció como hijo piadoso el amor que ella le tenía, y la estrechó contra su corazón. Le dijo también que celebraría espiritualmente la Ultima Cena con ella, y le indicó la hora en que ella recibiría su preciosa Sangre. Se despidió una vez más de todos y les dio las últimas instrucciones.

Jesús y los apóstoles salieron a las doce de Betania y se encaminaron a Jerusalén; con ellos iban siete discípulos que eran de Jerusalén y sus alrededores, excepto Natanael y Silas. Entre ellos estaban también Juan y Marcos, el hijo de la pobre viuda que el jueves anterior había ofrecido su último dinero en el Templo mientras Jesús predicaba. Nuestro Señor lo había tomado consigo desde hacía pocos días. Las santas mujeres los siguieron al cabo de un rato.

Jesús y sus compañeros rodearon el monte de los Olivos, caminaron por el valle de Josafat y llegaron incluso hasta el monte Calvario. Mientras caminaban, no cesaba de instruirlos. Dijo entre otras cosas a los apóstoles que hasta entonces les había dado pan y vino, pero que hoy les daría su Carne y su Sangre, su ser entero, todo lo que era y todo lo que tenía. La expresión de Nuestro Señor mientras decía esto era tan dulce, que su alma parecía estar saliendo de su boca con sus palabras, y parecía languidecer de amor deseando que llegara el momento de darse a los hombres. Sus discípulos no lo comprendieron, y creyeron que estaba habiéndoles del cordero pascual. No hay palabras para expresar todo el amor y toda la resignación contenidos en los últimos discursos de Nuestro Señor en Betania y en su camino a Jerusalén.

Los siete discípulos que habían seguido al Señor a Jerusalén no recorrieron el camino en su compañía; fueron a llevar al cenáculo los hábitos ceremoniales de la Pascua y volvieron a casa de María, la madre de Marcos. Cuando Pedro y Juan llegaron al cenáculo con el cáliz, los vestidos para la ceremonia ya estaban en el vestíbulo, donde los discípulos y algunos otros compañeros los habían dejado. Habían colocado también colgaduras en las paredes desnudas, destapado las aberturas de arriba y habían encendido tres lámparas. A continuación, Pedro y Juan fueron al valle de Josafat y avisaron a Nuestro Señor y a los apóstoles. Los discípulos y los amigos que iban a celebrar la Pascua con ellos en el cenáculo, llegaron más tarde.

Sexta meditación

LA ÚLTIMA PASCUA

Jesús y sus discípulos comieron el cordero pascual en el cenáculo, divididos en tres grupos. Jesús con los doce apóstoles, en el cenáculo propiamente dicho; Natanael con otros doce discípulos, en una de las salas laterales, otros doce se agruparon en torno a Eliaquim, hijo de Cleofás y de María, hija de Helí; Eliaquim había sido discípulo de Juan el Bautista.

Tres de los corderos habían sido sacrificados para ellos en el Templo. El cuarto cordero fue inmolado en el cenáculo, y de ése comieron Jesús y los apóstoles. Judas no sabía eso porque, ocupado en sus artimañas, no había regresado hasta hacía poco, y no había estado presente cuando sacrificaron el cordero.

El sacrificio del cordero destinado a Jesús y a los apóstoles fue muy emocionante: se llevó a cabo en el atrio del cenáculo. Los apóstoles y los discípulos presentes cantaron el salmo 118. Jesús les habló del tiempo nuevo que comenzaba y que los sacrificios de Moisés y del cordero pascual iban a cumplirse; y que por esta razón el cordero debía ser sacrificado como antiguamente en Egipto, porque también ellos estaban a punto de liberarse de la esclavitud.

Se dispusieron los recipientes y los instrumentos necesarios. Trajeron un cordero pequeñito tocado con una corona que fue enviada a la Santísima Virgen, a la estancia en la que ella permanecía con las santas mujeres. El cordero estaba atado a una tabla, con una cuerda que le rodeaba el cuerpo; me recordó a Jesús atado en la columna y azotado. El hijo de Simeón sostenía la cabeza del cordero; Jesús le hizo una incisión en el cuello con la punta de un cuchillo, que dio entonces al hijo de Simeón, quien acabó de matarlo. A Jesús parecía repugnarle tener que herir al animal; lo hizo de prisa, pero con solemnidad: la sangre fue recogida en un cuenco y Jesús mojó en ella un ramo de hisopo. A continuación, fue a la puerta de la sala, tintó con sangre los dos pilares y la cerradura y fijó el ramo sobre la puerta. Habló luego a los discípulos y les dijo, entre otras cosas, que el ángel exterminador se mantendría alejado, que debían orar en aquel sitio sin temor y sin inquietud cuando Él fuera sacrificado, Él mismo, el verdadero cordero pascual; que un nuevo tiempo y un nuevo sacrificio iban a comenzar y que durarían hasta el fin del mundo.

Después todos fueron al otro extremo de la sala, cerca del lugar donde debajo, en otro tiempo, había estado el Arca de la Alianza. El horno estaba encendido: Jesús echó la sangre sobre el lugar y lo consagró como un altar. Luego, seguido de los apóstoles, fue rodeando el cenáculo y lo consagró como un nuevo Templo. Mientras tanto, todas las puertas permanecían cerradas.

El hijo de Simeón había completado ya la preparación del cordero. Lo había colocado sobre una tabla, con las patas de delante cada una atada a un palo y las de atrás juntas y extendidas. Recordaba a Jesús sobre la cruz, y fue metido en el horno para ser asado con los otros tres corderos sacrificados en el Templo.

Los corderos pascuales de los judíos se mataban todos en el atrio del Templo aunque en tres sitios distintos: uno, para las personas distinguidas; otro, para la gente común y, otro, para los extranjeros. El cordero pascual de Nuestro Señor no fue sacrificado en el templo, pero todo se hizo

conforme a la ley. Jesús pronunció todavía otras palabras y dijo a sus discípulos que el cordero era sólo un símbolo, que Él era el verdadero cordero pascual y que sería sacrificado al día siguiente, y otras cosas que he olvidado.

Tras estas palabras de Jesús, y habiendo llegado Judas, empezaron a disponerse las mesas. Los discípulos se pusieron los vestidos de ceremonia que estaban en el vestíbulo, se cambiaron las sandalias, y se colocaron encima una especie de camisa blanca y una capa, que era más corta por delante que por detrás; se sujetaron los vestidos en la cintura, y se remangaron las mangas que eran muy anchas. Cada grupo fue a la sala que le había sido asignada. Los discípulos a las salas laterales, Nuestro Señor con los apóstoles se quedó en la del cenáculo. Cogieron cada uno un palo y, con él en la mano, fueron acercándose de dos en dos a la mesa; permanecieron de pie, cada cual en su sitio, con el palo apoyado sobre los brazos extendidos y las manos levantadas.

La mesa era estrecha y con forma de herradura y de una altura algo superior a la rodilla de un hombre; frente a Jesús, dentro del semicírculo, se dejó un sitio vacío desde donde poder servir los platos. Tal como lo recuerdo, Juan, Santiago el Mayor y Santiago el Menor estaban a la derecha de Jesús; a ese extremo de la mesa se sentaba Bartolomé; en el otro lado, Tomás y Judas Iscariote; a la izquierda de Jesús estaban Pedro, Andrés y Tadeo, y en la punta de la izquierda, Simón, y a continuación Mateo y Felipe.

En medio de la mesa estaba la bandeja con el cordero pascual. Su cabeza reposaba entre sus patas delanteras, dispuestas en cruz, las patas de atrás seguían extendidas; todo el borde de la fuente estaba adornado con ajos. Junto a esta bandeja había un plato con la carne asada de Pascua, además de un plato con verduras y un segundo plato con manojitos de hierbas amargas que parecían hierbas aromáticas. Frente a Jesús había otra fuente con hierbas y un plato con una salsa oscura y espesa. Los discípulos tenían cada uno ante sí unos panes redondos y planos, sin levadura, en lugar de platos, y cuchillos de marfil.

Después de la plegaria, el sirviente principal puso delante de Jesús, sobre la mesa, el cuchillo para cortar el cordero, y también una copa llena de vino, luego llenó las otras seis copas, situadas cada una entre dos apóstoles. Jesús bendijo el vino y lo bebió; los apóstoles compartían una copa entre dos. Nuestro Señor partió el cordero: los apóstoles fueron recibiendo cada uno una porción sobre su pan. Lo comieron muy de prisa separando la carne de los huesos con sus cuchillos de marfil y quemando después los huesos. Todo esto lo hicieron de pie, apenas apoyados en el respaldo de sus asientos. Jesús partió uno de los panes ácimos, guardó una parte y distribuyó la otra entre los apóstoles. Su copa de vino fue llenada de nuevo, pero Jesús no bebió: «Desde ahora no beberé más de este fruto de

vida hasta aquel día, cuando lo beba de nuevo con vosotros en el Reino de Dios.» Después de beber cantaron un himno; Jesús rezó o permaneció en silencio, y luego se lavaron las manos de nuevo. A continuación, se sentaron.

Nuestro Señor partió todavía otro cordero, que hizo llevar a las santas mujeres, que comían en una de las estancias del patio. Los apóstoles comieron todavía verduras y lechuga. Jesús tenía una expresión de recogimiento y serenidad tan grandes como yo no le había visto nunca. Dijo a los apóstoles que olvidaran todas sus preocupaciones. La Santísima Virgen, sentada a la mesa de las mujeres, estaba también llena de serenidad. Cuando las demás mujeres se le acercaban y tiraban suavemente de su velo para llamar su atención y hablar con ella, sus movimientos manifestaban una gran placidez de espíritu.

Al principio Jesús conversó afectuosamente con sus apóstoles; después fue quedándose serio y melancólico, y les dijo: «De cierto os digo que uno de vosotros me ha de entregar.» Había sólo una fuente con lechuga, y Jesús la repartía a los que estaban a su lado; luego, encargó a Judas, que estaba enfrente, que la distribuyera a los compañeros de su lado de mesa. Cuando Jesús habló de un traidor, lo que llenó a todos de espanto, dijo: «Un hombre que mete la mano conmigo o en el mismo plato, ése me ha de entregar», lo que significaba: «Uno de los doce que están comiendo y bebiendo conmigo, uno de los que comparten mi pan.» No señaló claramente a Judas ante los otros, pues meter la mano en el mismo plato era una expresión que también quería decir que se tenía la mayor intimidad. Sin embargo, quería que Judas, que había metido la mano en el mismo plato que el Señor, para repartir la lechuga, se diera por enterado. Jesús añadió: «El Hijo del Hombre se va, como está escrito de él; mas ¡ay de aquel por quien el Hijo del Hombre es entregado. Bueno le fuera al tal hombre no haber nacido.»

Los apóstoles, muy turbados, le preguntaban a la vez: «Señor, ¿soy yo?», pues no comprendían del todo las palabras de Jesús. Pedro, por señas, le pedía a Juan que le preguntara a Nuestro Señor de quién hablaba, pues habiendo sido reconvenido por Jesús, temía que se estuviese refiriendo a él. Juan, que estaba a la derecha de Jesús y apoyado en el brazo izquierdo comía con la mano derecha, recostó su cabeza en el pecho de Jesús y le preguntó: «Señor, ¿quién es?» Yo no vi que Jesús lo dijera de palabra, pero dijo: «Es aquel a quien le doy el pan que he mojado.» No sé si se lo susurró a Juan pero éste lo supo en cuanto Jesús mojó el pedazo de pan y se lo ofreció afectuosamente a Judas, quien a su vez preguntó: «¿Soy yo, Señor?» Jesús lo miró con amor y le dio una respuesta ambigua. Entre los judíos ofrecer pan era una prueba de amistad y de confianza. Jesús utilizó ese gesto para advertir a Judas sin declararlo culpable ante los otros. Sin embargo, Judas se consumía de rabia. Yo vi durante la cena una figura

horrible sentada a sus pies, que a veces ascendía hasta su corazón. No vi que Juan le repitiera a Pedro lo que Nuestro Señor le había dicho, pero lo tranquilizó con la mirada.

Séptima meditación

JESÚS LAVA LOS PIES A LOS APÓSTOLES

Todos se levantaron de la mesa, y mientras recomponían sus ropas como era usual antes del oficio solemne, el sirviente principal entró con dos criados para quitar la mesa. Jesús le pidió que llevara agua al atrio y el sirviente se fue de la sala con sus criados. Jesús, de pie entre los apóstoles, les habló algún tiempo con solemnidad. No puedo repetir exactamente lo que dijo, pero me acuerdo de que les habló del Reino, de que volvía con su Padre, de lo que les dejaría cuando se separase de ellos, etc. Les habló también sobre la penitencia, la confesión, el arrepentimiento y la justificación.

Yo comprendí que se estaba refiriendo al lavatorio de los pies, y vi que todos los apóstoles reconocían sus pecados y se arrepentían de ellos, excepto Judas. Este discurso fue también largo y solemne y cuando acabó, Jesús envió a Juan y a Santiago el Menor a buscar el agua al vestíbulo, y les dijo a los apóstoles que colocaran las sillas en semicírculo; Él se fue también al vestíbulo, y allí se envolvió el cuerpo con una toalla, y mientras tanto, los apóstoles, en la sala, se decían algunas palabras y se preguntaban cuál sería el primero de entre ellos. El Señor les había dicho claramente que iba a dejarlos y que su Reino estaba muy próximo y al alcance, lo que reforzaba aún más su idea de que el Señor tenía unos planes secretos y que se había referido a un triunfo terrestre que proclamaría en el último momento.

Mientras, Jesús, en el vestíbulo, mandó a Juan que cogiera una jofaina y a Santiago, un cántaro lleno de agua; y que lo siguieran a la sala, adonde el sirviente principal había llevado otra jofaina vacía.

Jesús, ataviado de un modo tan humilde, les reprochó la disputa que se había suscitado entre ellos, y les dijo, entre otras cosas, que Él mismo era su servidor, y que se sentaran para que él les lavara los pies. Tomaron asiento en el mismo orden que habían estado sentados a la mesa. Jesús iba del uno al otro echándoles sobre los pies agua de la jofaina que llevaba Juan; luego, con un extremo de la toalla en la que estaba envuelto, se los secaba. Nuestro Señor llevó a cabo este acto de humildad lleno de afecto hacia sus apóstoles.

Cuando llegó a Pedro, éste asimismo humilde, quiso detenerlo, y le dijo: «Señor, ¿cómo vas tú a lavarme los pies?» Jesús le contestó: «Ahora no entiendes lo que hago, pero lo entenderás más tarde.» Me pareció que en un aparte le decía: «Simón, has merecido que mi Padre te revelara quién soy yo, de dónde vengo y adónde voy; tú sólo lo has reconocido abiertamente. Y por eso sobre ti construiré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Mi poder permanecerá en ti y en tus sucesores hasta el final de los tiempos.»

Jesús señaló a Pedro ante los apóstoles, y les dijo que cuando él ya no estuviera presente, Pedro ocuparía su lugar. Pedro exclamó: «Tú nunca me lavarás los pies.» A lo que el Señor respondió: «Si no lo hago no tendrás nada que ver conmigo.» Entonces Pedro añadió: «Señor, lavadme no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza». Jesús dijo: «Quien ha sido purificado no precisa lavarse más que los pies: todo el resto es puro; vosotros estáis, pues, limpios, aunque no todos». Con estas palabras se refería a Judas. Jesús había hablado del lavatorio de los pies como de un símbolo del perdón de las culpas cotidianas, porque los pies están sin cesar en contacto con la tierra, y si no se los limpia constantemente siempre están sucios.

Al lavarles Jesús los pies fue como si les hubiera concedido una especie de absolución espiritual. Pedro, en medio de su celo, lo que vio fue aquel gesto era una humillación demasiado grande para su Maestro. Él no sabía que al día siguiente, para salvarlo, Jesús se sometería a la ignominiosa muerte en la cruz.

Cuando Jesús lavó los pies de Judas, lo hizo del modo más afectuoso. Acercó su sagrada faz a los pies de Judas y le dijo en voz baja que desde hacía un año sabía de su traición. Judas fingía no oírlo y hablaba con Juan, lo que hizo que Pedro se irritara y no pudiera evitar decirle: «Judas, el Maestro te está hablando». Entonces Judas dio a Jesús una réplica vaga y evasiva, dijo algo así como: «Dios me libre, Señor.» Los demás no se habían dado cuenta de que Jesús le había hablado a Judas, pues lo hizo en voz baja para que los otros no lo oyeran y, además, estaban ocupados en calzarse de nuevo las sandalias. Nada en todo el transcurso de su Pasión afligió tanto a Jesús como la traición de Judas.

Jesús finalmente lavó también los pies de Juan y Santiago. Luego les habló sobre la humildad, y les dijo que el más grande entre todos era aquel que servía a los demás, y que a partir de entonces debían lavarse los pies unos a otros. A continuación, se puso sus vestidos. Los apóstoles se desciñeron los suyos, que habían sujetado para comer el cordero pascual.

Octava meditación

INSTITUCIÓN DE LA SAGRADA EUCARISTÍA

Según indicaciones de Nuestro Señor, el sirviente principal volvió a disponer de nuevo la mesa, que habían retirado un poco. Colocándola en medio de la sala, puso sobre ella una jarra lleno de agua y otra llena de vino. Pedro y Juan fueron a la parte de la sala en donde estaba el horno del cordero pascual, a buscar el cáliz que habían traído desde casa de Serafia y que tenían guardado en su bolsa. Lo sujetaron entre los dos, a la manera de un tabernáculo, y lo dejaron sobre la mesa, delante de Jesús. Había también allí una fuente ovalada con tres panes sin levadura dispuestos sobre un paño de lino, junto con el medio pan que Jesús había guardado de la cena pascual. A su lado tenía asimismo un jarro con agua y vino y tres recipientes, uno con aceite espeso, otro con aceite claro y el tercero vacío.

Desde tiempos inmemoriales se observaba la costumbre de comer del mismo pan y beber de la misma copa al finalizar la comida, como signo de fraternidad y amor, y para dar la bienvenida o despedirse. Creo que en las Sagradas Escrituras se habla más de esto.

En la Última Cena, Jesús elevó esa costumbre, que hasta entonces había sido un rito simbólico y figurativo a la dignidad del más grande Sacramento. Posteriormente, entre los cargos presentados ante Caifás, a partir de la traición de Judas, Jesús fue acusado de haber introducido una novedad en la ceremonia de Pascua; sin embargo, Nicodemo demostró cómo en las Escrituras eso ya constaba como una práctica antigua.

Jesús se encontraba entre Pedro y Juan, las puertas estaban cerradas, y todo tenía un aire misterioso y solemne. Cuando el cáliz fue sacado de su bolsa, Jesús oró y habló a sus apóstoles con gran seriedad. Yo vi a Jesús explicándoles el significado de la Cena y toda la ceremonia, y me hizo pensar en un sacerdote enseñando a otros a decir misa.

Jesús tenía delante una bandeja en la cual reposaban los vasos, y tomando el paño de lino blanco que cubría el cáliz, lo extendió sobre la bandeja. Después le vi quitar de encima del cáliz una tapa redonda y ponerla sobre la misma bandeja. A continuación, retiró el paño que cubría los panes ácimos y los puso sobre; sacó también de dentro del cáliz una copa más pequeña y repartió a su derecha y a su izquierda las seis copas de que estaba rodeado. Entonces bendijo el pan y el aceite, levantó con las dos manos la bandeja con los panes, elevó la mirada, rezó, ofertó, depositó de nuevo la bandeja sobre la mesa y volvió a cubrirla. Tomó luego el cáliz, hizo que Pedro echara vino en él y que Juan añadiera un poco de agua que Jesús había bendecido antes; a continuación, bendijo el cáliz, lo elevó orando, lo ofreció y lo colocó de nuevo sobre la mesa.

Juan y Pedro le echaron un poco de agua sobre las manos, encima del plato en el que habían estado los panes. Jesús recogió, con la cuchara insertada en el pie del cáliz, un poco del agua vertida sobre sus manos y la vertió a su vez sobre las de ellos; después, el plato fue dando la vuelta a la mesa y todos se lavaron las manos sobre él. Todo esto me recordó extraordinariamente el sagrado sacrificio de la misa.

Mientras tanto, Jesús se mostraba cada vez más tierno y afectuoso con sus discípulos; les repitió que iba a darse a ellos entero, todo lo que él tenía, es decir, Él mismo, como si estuviera transido de amor. Le vi volverse transparente, hasta parecer una sombra luminosa. Partió el pan en varios trozos y los dejó sobre la bandeja; cogió un poco del primer pedazo y lo echó en el cáliz. En el momento en que hizo eso, me pareció ver a la Santísima Virgen recibiendo el sacramento espiritualmente, aun no estando presente. No sé cómo, pero me pareció verla entrar, caminando sin tocar el suelo, y llegar hasta donde estaba Nuestro Señor para recibir de Él la Sagrada Eucaristía; después ya no la vi más. Aquella mañana, en Betania, Jesús le había dicho que celebraría la Pascua con ella en espíritu, y le había indicado la hora en que debía ponerse a orar para recibir la Eucaristía.

Jesús rezó y les enseñó aún unas cuantas cosas más sus palabras salían de su boca como un fuego luminoso, y como tal entraban en los apóstoles, en todos excepto en Judas. Cogió la bandeja con los trozos de pan y dijo: «Tomad y comed, éste es mi cuerpo, que será entregado por vosotros.» Extendió la mano derecha en señal de bendición, y mientras lo hacía todo Él resplandecía. Sus palabras eran luminosas, y el pan entraba en la boca de los apóstoles como una sustancia brillante; yo vi cómo la luz penetraba en todos ellos; sólo Judas permanecía en tinieblas. Jesús ofreció primero el pan a Pedro, después a Juan, y a continuación hizo señas a Judas para que se acercara. Judas recibió el Sacramento en tercer lugar, pero las palabras de Nuestro Señor parecían huir de la boca del traidor y volver a Él. Esa visión me perturbó tanto que no puedo describir mis sentimientos. Jesús le dijo: «Haz cuanto antes lo que tienes que hacer.» Después administró el Sacramento a los demás, apóstoles que fueron aproximándose de dos en dos.

Jesús sujetó el cáliz por sus dos asas y lo elevó hasta su cara pronunciando las palabras de consagración. Mientras lo hacía se lo veía transfigurado y transparente, como si todo su ser lo hubiera abandonado para pasar a estar contenido en el pan y el vino. Dio de beber a Pedro y a Juan del cáliz que sostenía en la mano y luego lo dejó de nuevo sobre la mesa. Juan vertió la divina sangre del cáliz en las copas pequeñas y Pedro se las entregó a los apóstoles, que bebieron dos de la misma copa. No estoy muy segura pero creo que Judas también bebió un sorbo del cáliz. Después ya no volvió a su sitio, sino que se fue inmediatamente del cenáculo; los demás creyeron que iba a cumplir un encargo de Jesús. Se fue sin rezar y

sin dar gracias, con la gran ingratitud que supone retirarse sin dar gracias después del pan cotidiano, mucho más tras haber recibido el pan de vida eterna de los ángeles. Durante toda la cena estuve viendo al lado de Judas una figura terrorífica, cuyos pies eran como un hueso seco; pero cuando Judas llegó a la puerta del cenáculo, vi tres demonios a su alrededor: el uno entraba en su boca, el otro le daba prisa y el tercero corría ante él. Era de noche y parecían irle alumbrando el camino; Judas corría como un insensato.

Nuestro Señor echó un resto de la divina sangre, que había quedado en el fondo del cáliz, la pequeña copa que había estado en su interior; después puso sus dedos sobre el cáliz y Pedro y Juan echaron de nuevo agua y vino sobre ellos. Después les dió a beber otra vez del cáliz y lo que quedó lo echó en las copas y lo repartió entre los demás apóstoles. A continuación, Jesús limpió el cáliz, metió dentro la pequeña en la que había guardado el resto de la sangre divina, puso encima la bandeja con lo que quedaba del pan consagrado, le colocó la tapadera, envolvió el cáliz y lo situó en medio de las seis copas. Yo vi como, después de la Resurrección, los apóstoles comulgaban con los restos del Santísimo Sacramento.

No recuerdo que el Señor comiera o bebiera el pan y el vino consagrados, tampoco vi que Melquisedec lo hiciera cuando ofreció él también pan y vino. Pero sé por qué los sacerdotes participan del Sacramento aunque Jesús no lo hiciera. Si los ángeles la hubieran distribuido, ellos no hubieran participado de la Eucaristía; pero si los sacerdotes no participaran, lo que queda de la Eucaristía se perdería, así que lo hacen para preservarla.

Había una indescriptible solemnidad en todo lo que Jesús hizo durante la Sagrada Eucaristía, y cada uno de sus movimientos estaba lleno de majestad. Vi que los apóstoles anotaban cosas en unos pequeños trozos de pergamino que llevaban consigo. Varias veces durante la ceremonia los vi también inclinarse unos ante otros, como hacen nuestros sacerdotes.

Novena meditación

INSTRUCCIONES PRIVADAS Y CONSAGRACIONES

Jesús dio a sus apóstoles unas instrucciones privadas. Les dijo que debían seguir celebrando el Santísimo Sacramento en memoria suya hasta el fin de los tiempos. Les enseñó cómo usarlo y cómo transmitirlo; y de qué modo, gradualmente, debían enseñar y hacer público este misterio. Les enseñó cuándo debían comer el resto de los elementos consagrados, cuándo

debían darle parte de ellos a la Santísima Virgen, y cómo consagrar ellos mismos cuando les hubiese enviado el Divino Consuelo. Después les habló del sacerdocio, de la sagrada unción, de la preparación del Crisma y de los Santos Óleos. Había tres recipientes: dos de ellos contenían una mezcla de aceite y de bálsamo. Les enseñó a hacer esta mezcla, a qué partes del cuerpo se debía aplicar, y en qué ocasiones. Recuerdo, entre otras cosas, que citó un caso en que la Sagrada Eucaristía no debía ser administrada; puede que fuera en la Extremaunción, mis recuerdos no están claros en este punto. Habló de diferentes tipos de unción, sobre todo de las de los reyes, y dijo que incluso los reyes inicuos, al ser ungidos, recibían de la unción especiales poderes. Puso un poco de ungüento y de aceite en un recipiente vacío y los mezcló, no puedo decir con total seguridad si fue entonces o al consagrar el pan cuando bendijo el aceite.

Después vi cómo Jesús ungía a Pedro y a Juan, en cuyas manos Él había vertido el agua que había corrido por sus manos y a los cuales había dado de beber de su mismo cáliz. A continuación, les impuso las manos sobre la cabeza y sobre los hombros. Ellos unieron sus manos cruzando los pulgares y se inclinaron profundamente ante Nuestro Señor hasta ponerse casi de rodillas. Jesús les ungió el dedo pulgar y el índice de cada mano y trazó una cruz sobre sus cabezas con el Crisma. Les dijo que también aquello permanecería hasta el fin del mundo.

Santiago el Menor, Andrés, Santiago el Mayor y Bartolomé fueron asimismo consagrados. Vi cómo cruzaba sobre el pecho de Pedro una especie de estola que éste llevaba colgada al cuello. A los otros simplemente se la cruzó desde el hombro derecho hasta el izquierdo. No me acuerdo bien si esto lo hizo durante la institución del Santísimo Sacramento o sólo durante la unción.

Comprendí que, con esta unción, Jesús les comunicaba algo esencial y sobrenatural que soy incapaz de describir. Les dijo que, en cuanto recibieran el Espíritu Santo, podrían consagrar el pan y el vino y ungir a los demás apóstoles. Me fue mostrado aquí cómo el día de Pentecostés, Pedro y Juan impusieron las manos a los otros apóstoles y una semana después a los demás discípulos. Tras la Resurrección, Juan administró por primera vez el Santísimo Sacramento a la Santísima Virgen. Este hecho fue celebrado durante un tiempo por la Iglesia triunfante, aunque la Iglesia terrenal no lo haya celebrado desde hace mucho. Los primeros días después de Pentecostés, sólo Pedro y Juan consagraban la Sagrada Eucaristía, pero más tarde vi que los otros consagraban también.

Nuestro Señor bendijo asimismo fuego en una vasija de hierro, y después de eso se procuró no dejarlo apagar jamás. Fue conservado junto al lugar donde fue depositado el Santísimo Sacramento, del corazón del antiguo horno pascual, y de allí lo sacaban siempre para los usos espirituales.

Todo lo que Jesús hizo entonces fue en secreto y fue enseñado también en secreto. La Iglesia ha conservado todo lo que era esencial de esas instrucciones privadas y, bajo la inspiración del Espíritu Santo, lo ha ido desarrollando y adaptando según sus necesidades.

Yo no sé si Juan y Pedro fueron consagrados obispos, o sólo Pedro y Juan consagrado sacerdote, o qué dignidad fue otorgada a los demás apóstoles. Pero los diferentes modos en que Nuestro Señor dispuso las estolas sobres sus pechos parecen indicar distintos grados de consagración.

Cuando estas ceremonias concluyeron, el cáliz, que estaba junto a la vasija del Crisma, fue cubierto, y Pedro y Juan llevaron el Santísimo Sacramento a la parte más retirada de la sala, que estaba separada del resto por una cortina de gasa azul, y desde entonces aquel lugar fue el Santuario. El sitio donde fue depositado el Santísimo Sacramento estaba muy poco más elevado que el horno pascual. José de Arimatea y Nicodemo cuidaron el Santuario y el cenáculo en ausencia de los apóstoles.

Jesús dio todavía instrucciones a sus apóstoles durante largo rato y también rezó varias veces. Con frecuencia parecía conversar con su Padre celestial; estaba lleno de entusiasmo y de amor. Los apóstoles estaban exultantes de gozo y de celo, y le hacían diversas preguntas que Él les contestaba. La mayoría de estas palabras están en las Sagradas Escrituras. El Señor dijo a Pedro y a Juan diversas cosas que luego ellos debían transmitir a los demás apóstoles, y éstos, a su vez, a los discípulos y a las santas mujeres, según la capacidad de cada uno para los conocimientos transmitidos. Jesús habló en privado con Juan, le dijo que viviría más tiempo que los otros. Le contó también algo relativo a siete Iglesias, coronas, ángeles y le dio a conocer misteriosas representaciones que, según yo creo, significaban varias épocas. Los otros apóstoles sintieron un poco de envidia por esa confianza particular que Jesús le había demostrado a Juan.

Jesús habló de nuevo del traidor. «Ahora está haciéndolo», decía. Y, de hecho, yo vi a Judas haciendo exactamente lo que Jesús decía.

Pedro aseguraba con vehemencia que él sería siempre fiel a Jesús, y éste dijo: «Simón, Simón, Satanás te desea para molerte como trigo; pero yo he rogado por ti para que tu fe no desfallezca, y que, cuando tú seas confirmado, puedas confortar a tus hermanos.»

Y entonces, Nuestro Señor les dijo de nuevo que a donde Él iba, ellos no podían seguirlo, a lo que Pedro contestó exaltado: «Señor, yo estoy dispuesto a acompañarte a la prisión y la muerte.» A lo que Jesús le respondió: «En verdad, en verdad te digo que, antes de que el gallo cante dos veces, me habrás negado tres.»

Hablándoles de los tiempos difíciles que se avecinaban, Jesús les dijo: «Cuando os he mandado sin bolsa y sin sandalias, ¿os ha faltado algo?» «No», respondieron los apóstoles. «Pues ahora», prosiguió Jesús,

«que cada cual coja su bolsa y sus sandalias y, quien nada tenga, que venda su túnica para comprar una espada, pues en verdad os digo que todo lo que fue escrito se va a cumplir: ha sido reconocido como inicuo. Todo lo relacionado conmigo ha llegado a su fin.» Los apóstoles entendieron todo esto de un modo literal y Pedro le mostró dos espadas cortas y anchas como dagas. Jesús dijo: «Basta, vayámonos de aquí.» A continuación, entonaron un himno de acción de gracias, colocaron la mesa a un lado y se fueron hacia el atrio.

Allí encontró Jesús a su Madre, a María, hija de Cleofás, y a Magdalena, que le suplicaron con ansia que no fuera al monte de los Olivos, porque corría el rumor de que querían cogerle. Pero Jesús las consoló con pocas palabras, y se alejó rápidamente de ellas. Debían de ser cerca de las nueve. Bajaron por el camino que Pedro y Juan habían seguido para llegar al cenáculo, y se dirigieron al monte de los Olivos.

Yo he visto la Pascua y la institución de la Sagrada Eucaristía como lo he relatado. Aunque mi emoción en esos momentos era tan grande que no pude prestar mucha atención a los detalles, pero ahora lo he visto con más claridad. No hay palabras que puedan expresar la fatiga y la pena, su visión del interior de los corazones, el amor y la fidelidad de Nuestro Salvador. Su conocimiento de todo lo que iba a suceder. ¡Cómo quedarse sólo en lo externo! Nuestro corazón se inflama de admiración, gratitud y amor —la ceguera de los hombres es incomprensible—, y nuestra alma se ve sobrepasada por la conciencia de la ingratitud del mundo entero y por sus propios pecados.

La ceremonia de la Pascua fue celebrada por Jesús de total conformidad con la ley. Los fariseos tenían por costumbre añadir algunos minutos y ceremonias suplementarias.

La amarga Pasión de Cristo

Jesús en el Monte de los Olivos

Cuando Jesús, después de instituir el Santísimo Sacramento de la Eucaristía salió del cenáculo acompañado de los once apóstoles, su alma estaba profundamente turbada, y su tristeza iba en aumento. Llevó a los once por un sendero apartado en el valle de Josafat. Cuando abandonaron la casa, yo vi la luna, aún no del todo llena, levantarse sobre la montaña.

Caminando con ellos por el valle, Nuestro Señor les dijo que Él volvería de nuevo a juzgar al mundo, y que en ese momento los hombres se echarían a temblar y gritarían: «¡Montañas, cubridnos!» Sus discípulos no comprendieron sus palabras y creyeron que la debilidad y la fatiga lo hacían delirar. También les dijo: «Esta noche seréis escandalizados por mi causa, pues está escrito: "Heriré al pastor y sus ovejas serán dispersadas." Pero cuando resucite os precederé a Galilea.»

Los apóstoles conservaban aún algo del entusiasmo y la devoción que les había transmitido la Santa Eucaristía y las palabras solemnes y afectuosas de Jesús. Se acercaban a Él y le expresaban su amor de diversos modos, diciendo que jamás lo abandonarían; pero Jesús continuó hablándoles del mismo modo. Pedro dijo: «Aunque todos se escandalizaran por tu causa yo jamás me escandalizaré.» El Señor le recordó su profecía de que antes de que el gallo cantara, lo negaría tres veces, pero Pedro siguió insistiendo: «Aunque tuviera que morir contigo nunca te negaría.» Los demás decían lo mismo. Iban caminando y parándose alternativamente, mientras hablaban; pero la tristeza de Jesús seguía incrementándose. Los apóstoles intentaban consolarlo con argumentos humanos, asegurándole que lo que preveía no sucedería. Se fueron cansando de estos vanos esfuerzos, vinieron las dudas y los asedió la tentación.

Atravesaron el torrente de Cedrón, no por el puente por donde unas horas más tarde sería conducido preso Jesús, sino por otro, pues habían dado un rodeo. Getsemaní, adonde se dirigían, estaba a media legua del cenáculo. Desde éste hasta la gran puerta del valle de Josafat, había un cuarto de legua, y otro tanto desde allí hasta Getsemaní. El lugar llamado Getsemaní, donde Jesús había pasado algunas de las últimas noches con los discípulos, era un gran huerto, rodeado por un seto, aunque únicamente crecían en él algunos árboles frutales y flores. Fuera de él había unas pocas edificaciones abandonadas.

Los apóstoles y algunas otras personas tenían una llave de este huerto, y era utilizado por ellos a veces como lugar de recreo y otras de oración. Se habían hecho en él unas chozas con ramas ocho de los apósto-

les, a los cuales se unieron más tarde otros discípulos, que estuvieron habitando en ellas. El huerto de los Olivos estaba separado del de Getsemaní por un camino; tenía libre acceso y estaba cercado sólo por una tapia baja; era más pequeño que el huerto de Getsemaní. El huerto de los Olivos disponía de grutas, terrazas y muchos olivos, y no ofrecía lugares muy a propósito para orar y meditar. Jesús se encaminó a la parte más salvaje de ese huerto.

Eran poco más de las nueve cuando Jesús llegó a Getsemaní con sus discípulos. La luna había salido, y ya iluminaba el cielo, aunque la tierra estaba todavía oscura. Jesús estaba cada vez más triste y advertía a los apóstoles de la proximidad del peligro. Éstos se sentían sobrecogidos y Jesús dijo a ocho de los que le acompañaban que se quedasen en Getsemaní, mientras Él iba a rezar. Llevó consigo a Pedro, Juan y Santiago y con ellos entró en el huerto de los Olivos. No hay palabras para describir la pena que oprimía su alma, pues el tiempo de la prueba se acercaba. Juan le preguntó cómo Él, que se había mostrado siempre tan sereno, podía estar tan abatido. «Mi alma tiene una tristeza de muerte», respondió Jesús; y por todos lados veía acercarse la angustia y la tentación como nubes cargadas de terribles prefiguraciones. Entonces, les dijo a los tres apóstoles: «Quedaos aquí, y velad conmigo. Recemos para no caer en la tentación.» Jesús bajó unos pocos escalones hacia la izquierda, y se ocultó bajo un peñasco, en una gruta de seis pies de profundidad, encima de la cual los apóstoles se acomodaban en una especie de hoyo. El terreno se inclinaba ligeramente y las plantas que habían crecido sobre el peñasco de la gruta formaban una especie de cortina a la entrada, de modo que no podía ser visto.

Cuando Jesús dejó a sus discípulos, yo vi a su alrededor un círculo de figuras horrendas que se le acercaban cada vez más. Sintiendo tristeza y la angustia de su alma en aumento, temblando, penetró en la gruta para orar, como un hombre que busca abrigo de la tempestad; pero las horribles visiones lo seguían y eran cada vez más vividas. Aquella estrecha caverna parecía contener el espantoso espectáculo de todos los pecados cometidos desde la caída de Adán hasta el fin del mundo y el castigo a todos ellos destinado. A ese mismo sitio, al monte de los Olivos, habían ido Adán y Eva, tras ser expulsados del Paraíso, y en esta misma gruta habían gemido y llorado.

Sentí como si Jesús, al entregarse a la Divina Justicia en pago de nuestros pecados, de algún modo, retornara al seno de la Santísima Trinidad; así, concentrado todo él en su pura, amante e inocente humanidad, armado sólo de la fuerza de su amor inefable, la sacrificaba a las angustias y los padecimientos.

Postrado en tierra, sumergido en un mar de tristeza, todos los pecados del mundo se le aparecieron bajo infinitas formas en toda su

auténtica deformidad; El los tomó todos sobre sí y ofrecióse en su oración a la justicia de su Padre celestial para pagar esa terrible deuda. Pero Satanás, entronizado en medio de todos esos horrores con diabólica alegría, dirigía su furia contra Jesús; y, mostrando ante sus ojos visiones cada vez más espantosas, gritaba a su adorable humanidad: «¿También vas a tomar esto sobre ti?, ¿sufrirás tú su castigo?, ¿estás listo para pagar por todo esto?»

Y entonces, se abrió el cielo y de él surgió un rayo semejante a una vía luminosa. Era una procesión de ángeles que bajaban hasta Jesús, y vi cómo lo consolaban y fortalecían. El resto de la gruta permanecía lleno de las horrendas visiones de nuestros crímenes. Jesús los tomó todos ellos sobre sí; pero su adorable corazón, rebosante del más perfecto amor de Dios y de los hombres, se ahogaba bajo el peso de tanta abominación. Cuando esa multitud de iniquidades pasó sobre su alma como un océano, Satanás puso ante él, como en el desierto, innumerables tentaciones, se atrevió incluso a presentar contra el Salvador una serie de acusaciones, diciendo: «¿Cómo, tú que no eres puro quieres tomar todo esto sobre ti?» Entonces, con infernal impudencia, lo culpaba de imaginarios crímenes. Le reprochaba las faltas de sus discípulos, los escándalos que ellos habían provocado, la perturbación que habían causado en el mundo, renunciando a los usos antiguos. Ningún fariseo, ni siquiera el más hábil y severo podría haber superado a Satanás: atribuyó a Jesús haber sido la causa de la degollación de los Inocentes, así como de los padecimientos de sus padres en Egipto; no haber salvado a Juan el Bautista de la muerte, el haber desunido familias y protegido a hombres infames, haberse negado a curar a muchos enfermos, haber perjudicado a los habitantes de Gergesa, permitiendo a los poseídos por el diablo entrar en sus tinas, y a los demonios precipitar sus cerdos en el mar, haber abandonado a su familia, dilapidado los bienes de su prójimo; en una palabra: Satanás presentó ante Jesús, para turbarlo, todo lo que en el momento de la muerte hubiera reprochado a un hombre cualquiera que hubiese llevado a cabo todas estas acciones sin un motivo superior; pues no mencionaba que Jesús fuese el Hijo de Dios, y lo tentaba sólo como si fuera el más justo de los hombres. Nuestro Divino Salvador permitió hasta tal punto que su humanidad predominara sobre su divinidad, que sufrió todas las tentaciones que asaltan al hombre justo en la muerte concernientes al mérito de sus buenas obras. Para apurar el cáliz de su agonía, permitió que aquel mal espíritu tentara su sagrada humanidad como podría haber tentado a un hombre que quisiera atribuir a sus buenas obras un valor por sí mismas, por encima del que pueden tener por los méritos de Jesús. No hubo ninguna de sus acciones que no estuviera enmarcada en una acusación y, entre otras cosas, le reprochó a Jesús haberse gastado el valor de la propiedad de María Magdalena, en Magdalum, que Él había recibido de Lázaro.

Entre los pecados del mundo que pesaban sobre el Salvador, vi también los míos; del círculo de tentaciones que rodeaban a Nuestro Señor, vi venir hacia mí todas mis culpas. Durante todo este tiempo no aparté los ojos de mi Esposo Celestial; con Él gemía y lloraba y con Él me volvía hacia el consuelo de los ángeles. ¡Ay, Nuestro amado Señor se retorcía como un gusano bajo el peso de su angustia y sus sufrimientos.

Mientras Satanás le hacía estas acusaciones, apenas podía yo refrenar mi cólera; pero cuando habló de la venta de la propiedad de Magdalena, no pude contenerme y le dije: «¿Cómo te atreves a reprochar como un crimen la venta de esa propiedad? Yo misma he visto al Señor gastar esa cantidad que le dio Lázaro, en obras de misericordia, y rescatar a veintiocho pobres de prisión por deudas en Tirza.»

Al principio, Jesús estaba arrodillado y oraba con serenidad; pero después su alma se horrorizó ante los innumerables crímenes de los hombres y su ingratitud para con Dios; sintió un dolor tan vehemente que, temblando, exclamó: «¡Padre mío, si es posible, aleja de mí este cáliz! ¡Padre mío, omnipotente, aleja de mí este cáliz!» Pero tras un momento, añadió: «Hágase vuestra voluntad, no la mía.» Su voluntad era una con la del Padre; pero abrumado por el peso de su naturaleza mortal, temía la muerte.

Yo vi la caverna donde él estaba de rodillas, llena de formas espantosas; vi todos los pecados, toda la maldad, todos los vicios, todos los tormentos, todas las ingratitudes que oprimían al Salvador: el espanto de la muerte, el terror que sentía como hombre ante los padecimientos de la expiación, asediaban su Divina Persona bajo la forma de pavorosos espectros. Sus rodillas vacilaban, juntaba las manos, su cuerpo estaba inundado de sudor y el horror lo hacía estremecer. Por fin, se levantó: las rodillas le temblaban tanto que apenas podían sostenerlo, estaba pálido, su fisonomía completamente transformada, lívidos los labios y erizados los cabellos. Eran cerca de las diez cuando se puso en pie, y tambaleándose, dando traspiés a cada paso, bañado en sudor frío, se dirigió hacia donde estaban los tres apóstoles. Fue ascendiendo como pudo desde la gruta, hasta donde ellos, rendidos de fatiga, de tristeza y de inquietud se habían quedado dormidos. Jesús iba a buscarlos como un hombre angustiado cuyo terror lo lleva junto a sus amigos, pero también como el buen pastor que, consciente de la cercanía de un peligro, visita su rebaño amenazado; pues Jesús no ignoraba que también ellos sufrían la angustia y la tentación. Las horribles visiones lo acompañaron también en ese corto tramo. Al llegar, hallándolos dormidos, juntó las manos, cayó de rodillas junto a ellos y lleno de tristeza e inquietud, dijo: «Simón, ¿duermes?» Despertáronse al punto y se levantaron, y Jesús les dijo en su desolación: «¿Ni siquiera una hora podíais velar conmigo?» Cuando lo vieron de aquel modo, descompuesto, pálido, tembloroso y empapado en sudor, y oyeron su voz

alterada y casi inaudible, no supieron qué pensar; y si no hubiera llegado a ellos rodeado por un halo de luz radiante, no lo hubiesen reconocido. Juan le dijo: «Maestro, ¿qué te pasa? ¿Debo llamar a los otros discípulos? ¿Debemos huir?» Jesús respondió: «Si pudiese vivir, predicar y curar todavía durante treinta y tres años más, no me bastaría para cumplir con lo que tengo que hacer de hoy a mañana. No llames a los otros ocho: los he dejado allí, porque no podrían verme en esta miseria sin escandalizarse, caerían en tentación, olvidarían lo que ha pasado y dudarían de mí. Vosotros habéis visto al Hijo del Hombre transfigurado, así que también podréis verlo en la oscuridad y el naufragio de su espíritu; pero velad y orad para no caer en la tentación, porque el espíritu está presto pero la carne es débil.»

Con estas palabras se refería tanto a él como a ellos. Quería así exhortarlos a la perseverancia y advertirles del combate que su naturaleza humana iba a librar contra la muerte, y también de la causa de su debilidad. En su tristeza les habló de muchas cosas, y pasó casi un cuarto de hora con ellos. Después volvióse Jesús a la gruta, con su angustia siempre en aumento, mientras sus discípulos tendían las manos hacia Él, lloraban, se abrazaban unos a otros y se preguntaban: «¿Qué tiene?, ¿qué le ha sucedido? Parece hallarse en la más completa desolación.» Se cubrieron la cabeza y empezaron a orar, llenos de ansiedad y de tristeza.

Desde que Jesús entró en el huerto de los Olivos había transcurrido cerca de una hora y media. En efecto, como dicen las Escrituras: «Ni siquiera habéis podido velar conmigo una hora», aunque estas palabras no deberían tomarse literalmente, ni aplicar nuestra manera de contar el tiempo.

Los tres apóstoles que estaban con Jesús, habían orado primero y luego se habían quedado dormidos, tras caer en la tentación de la falta de confianza en Dios. Los otros ocho que habían permanecido fuera del huerto no dormían. La tristeza y el sufrimiento que encerraban las últimas palabras de Jesús, habían llenado sus corazones de funestos presagios, y erraban por el monte de los Olivos buscando algún lugar donde esconderse en caso de peligro.

En la ciudad de Jerusalén se veía poca actividad. Los judíos estaban en sus casas, ocupados en los preparativos de la fiesta; pero pude ver aquí y allí a amigos y discípulos de Jesús que caminaban juntos, ansiosos, conversando en susurros, inquietos, como si estuviesen esperando algún gran acontecimiento. La Madre del Señor, Magdalena, Marta, María, hija de Cleofás y María Salomé, habían ido desde el cenáculo hasta la casa de María, la madre de Marcos. María, que había oído lo que decían sobre Jesús, quiso ir a la ciudad con sus amigas para saber noticias suyas. Lázaro, Nicodemo, José de Arimatea y algunos parientes de Hebrón fueron a verla para intentar tranquilizarla. Pues habiendo tenido conocimiento de las

terribles predicciones de Jesús en el cenáculo, habían ido a informarse a casa de los fariseos conocidos suyos, y no habían oído que se preparase nada contra Nuestro Señor. Desconocedores de la traición de Judas, le dijeron a María que el peligro no era muy grande, que no atacarían a Jesús tan cerca de la fiesta. María les habló de cuán inquieto y alterado había estado Judas en los últimos días, de qué manera tan abrupta se había ido del cenáculo. Ella no dudaba de que había ido a denunciar a Jesús; cuántas veces no había advertido a su hijo de que Judas sería su perdición. Las santas mujeres se volvieron a casa de María, madre de Marcos.

Cuando Jesús volvió a la gruta, sin el menor alivio para su sufrimiento, se prosternó con el rostro contra la tierra, los brazos extendidos, y rogó al Padre Eterno; su alma sostuvo una nueva lucha que duró tres cuartos de hora. Los ángeles bajaron para mostrarle, en una serie de visiones, todos los padecimientos que había de padecer para expiar el pecado. Presentaron ante sus ojos la belleza del hombre a imagen de Dios, antes de su caída, y cuánto lo había desfigurado y alterado ésta. Vio el origen de todos los pecados en aquel de Adán, la significación y la esencia de la concupiscencia, sus terribles efectos sobre la fuerza del alma humana y también la esencia y la significación de todas las penas para castigar la concupiscencia. Le mostraron cuál debía ser el pago que diera a la Divina Justicia, y hasta qué punto padecerían su cuerpo y su alma para cumplir todas las penas, toda la concupiscencia de la humanidad: la deuda del género humano debía ser satisfecha por la naturaleza humana exenta de pecado del Hijo de Dios. Los ángeles le enseñaron todas estas cosas bajo diversas formas, y yo entendía todo lo que decían, aunque no oía su voz. Ningún lenguaje puede expresar el dolor y el espanto que inundaron el alma de Jesús a la vista de esta terrible expiación; su sufrimiento fue tan grande que un sudor de sangre brotó de todos los poros de su cuerpo.

Mientras la adorable humanidad de Cristo estaba sumergida en esta inmensidad de padecimientos, los ángeles parecieron tener un momento de compasión; hubo una pausa y yo noté que deseaban ardientemente consolar a Jesús, por lo que oraron ante el trono de Dios. Hubo un instante de lucha entre la misericordia y la justicia de Dios, y el amor que se sacrificaba a sí mismo. Se me permitió ver una imagen de Dios, pero no como tantas veces, sentado en un trono, sino en una forma luminosa; yo vi la naturaleza divina del Hijo en la persona del Padre, y como si hubiera sido apartada de su seno. El Espíritu Santo, que procedía del Padre y del Hijo, estaba, por así decir, entre ellos y, sin embargo, los tres no eran más que un solo Dios; pero todas estas cosas son imposibles de explicar.

Fue más bien una percepción interna que una visión con formas distintas. Me pareció que la Divina Voluntad de Nuestro Señor se retiraba del Padre para que fuera su sola humanidad la que cargara con todos sus padecimientos, como si la voluntad humana de Jesús le pidiera a su Padre

que se alejara de Él. Vi todo esto a la vez que la compasión de los ángeles, cuando desearon consolar a Jesús, y, en efecto, sintió en ese instante algún alivio. Entonces todo desapareció, y los ángeles abandonaron al Señor, cuya alma iba a sufrir nuevos asaltos.

Cuando Nuestro Redentor, en el monte de los Olivos, quiso poner a prueba y dominar la violenta repugnancia de la naturaleza humana hacia el dolor y la muerte, que no es más que una porción de todo el padecimiento, le fue permitido al tentador ponerlo a prueba como lo hace con cualquier hombre que quiera sacrificarse por una causa santa. En la primera parte de la agonía, Satanás le mostró al Señor la enormidad de la deuda que debía satisfacer y llevó su maldad hasta buscar culpas en los actos del propio Salvador. En la segunda parte de la agonía, Jesús vio en toda su amplitud y amargura el padecimiento expiatorio requerido para satisfacer a la Justicia Divina. Esto le fue presentado por los ángeles, pues no corresponde a Satanás enseñar que la expiación es posible; el padre de la mentira y de la desesperación no puede presentar los frutos de la misericordia divina. Habiendo salido victorioso Jesús de todos los asaltos, por su entera y absoluta sumisión a la voluntad del Padre, una nueva sucesión de horribles visiones le fue presentada. La duda y la inquietud que el hombre a punto de hacer un gran sacrificio siempre experimenta, asaltaron el alma del Señor, que se hizo a sí mismo esta terrible pregunta: «¿Qué resultará de este sacrificio?» Y el más espantoso panorama desplegado ante sus ojos vino a llenar de angustia su amante corazón.

Cuando Dios creó al primer hombre, le mandó un sueño; abrió su costado y, de una de sus costillas, creó a Eva, su mujer, la madre de todos los vivos. Una vez creada, la condujo ante Adán, que exclamó: «Ésta es la carne de mi carne y el hueso de mis huesos; el hombre abandonará a su padre y a su madre para unirse a su mujer y serán dos en una sola carne.» Ése fue el matrimonio, del cual se ha escrito: «Éste es un gran sacramento, en Jesucristo y en su Iglesia.» Jesucristo, el nuevo Adán, también quería que sobre él viniera el sueño, el de su muerte en la cruz; y que, de su costado abierto, surgiera la nueva Eva, su Esposa virginal, la Iglesia, madre de todos los vivos. Y quería darle la sangre de su redención, el agua de la purificación y su espíritu, las tres cosas que dan testimonio sobre la tierra; quería darle los Santos Sacramentos, para que fuera una esposa pura, santa y sin tacha; Él quería ser su cabeza, y nosotros seríamos los miembros sometidos a la cabeza, el hueso de sus huesos, la carne de su carne. Al tomar la naturaleza humana, para sufrir la muerte con nosotros, abandonó también a su padre y a su madre, y se unió a su esposa, la Iglesia: y llegó a ser con ella una sola carne, alimentándola con el Adorable Sacramento de la Eucaristía, mediante el cual se une continuamente con nosotros. Quería permanecer en la tierra con su Iglesia hasta reunimos a todos en su seno por medio de Él, y le dejó dicho: «Las puertas del infierno no prevalecerán

contra ella.» A fin de satisfacer su inexpresable amor hacia los pecadores, Nuestro Señor se hizo hombre y hermano de esos mismos pecadores, para tomar sobre sí el castigo de todos sus crímenes. Él había contemplado con terrible sufrimiento la inmensidad de la deuda humana, y los padecimientos que debía satisfacer por ella. Se había entregado gustoso, como víctima expiatoria, a la voluntad del Padre; sin embargo, ahora veía los futuros combates, las heridas y los dolores de su esposa celestial; veía, en fin, la ingratitud de los hombres.

El alma de Jesús contempló todos los padecimientos futuros de sus apóstoles, de sus discípulos y de sus amigos; vio la Iglesia primitiva, tan pequeña, y luego, a medida que el número de sus seguidores se iba incrementando, vio llegar las herejías y los cismas, la nueva caída del hombre por el orgullo y la desobediencia; vio la ambición, la corrupción y la maldad de un número infinito de cristianos, la mentira y los engaños de todos los orgullosos doctores, los sacrilegios de tantos sacerdotes viciosos, y las fatales consecuencias de todos estos pecados; la abominación y la desolación en el Reino de Dios, en el santuario de la ingrata humanidad que Él quería redimir con su sangre con el coste de indecibles sufrimientos.

Nuestro Señor vio los escándalos de todos los siglos hasta nuestros días y hasta el fin de los tiempos; todas las formas del error, del loco fanatismo y de la maldad se desplegaron ante sus ojos; vio todos los apóstatas, todos los herejes, los pretendidos reformadores con apariencia de santidad, los corruptores y los corrompidos de todas las épocas, ultrajándolo y atormentándolo como si a sus ojos no hubiera sido suficientemente crucificado, o no hubiera sufrido tal como ellos entendían el sufrimiento, o se lo imaginaban. Ante Él todos rasgaban las vestiduras de su Iglesia, muchos lo maltrataban, lo insultaban y renegaban de Él. Muchos, al oír su nombre, alzaban los hombros y meneaban la cabeza en señal de desprecio; rechazaban la mano que Él les tendía y se volvían a sumergir en el abismo. Vio a innumerables hombres que no se atrevían a renegar de él abiertamente, pero que se alejaban con disgusto ante las plagas de su Iglesia, como el levita ignoró al pobre asaltado por los ladrones. Se alejaban de su esposa herida. Como hijos cobardes y sin fe abandonan a su madre en mitad de la noche, a la vista de los ladrones a quienes su propia negligencia o su maldad ha abierto la puerta. Vio todos esos hombres tantas veces alejados de la Verdadera Viña y tendidos entre los racimos silvestres, y tantas otras como un rebaño extraviado, abandonado a los lobos, conducido por mercenarios a los malos pastos, y negándose en cambio a entrar en el rebaño del buen pastor que da su vida por sus ovejas. Todos ellos erraban sin patria en el desierto, entre tormentas de arena. Estaban determinantemente obstinados en no ver su ciudad edificada sobre la montaña, donde no podía esconderse, la Casa de su Esposa, su Iglesia erigida sobre la roca junto a la cual había prometido

permanecer hasta el fin de los tiempos. Edificaban sobre la arena chozas que continuamente hacían y deshacían, pero en las cuales no había ni altar ni sacrificio. Colocaban veletas sobre los tejados, y sus doctrinas cambiaban con el viento. Por eso se enfrentaban unos a otros. No podían entenderse porque jamás mantenían una posición fija. Con frecuencia destruían sus chozas y lanzaban las ruinas contra la piedra angular de la Iglesia, que siempre permanecía inmutable.

Ocupando un lugar preminente en esas dolorosas prefiguraciones que se mostraban ante el alma de Jesús, vi a Satanás, que le arrebataba con violencia a toda multitud de hombres redimidos con su Sangre y santificados por la unción de su Sacramento. El Salvador vio, con amargo dolor, toda la ingratitud, toda la corrupción de los cristianos de todos los tiempos. Y durante estas visiones, el tentador no cesaba de repetirle «¿Estás decidido a sufrir por estos ingratos?» mientras las imágenes se sucedían a una velocidad tan vertiginosa que una angustia indecible oprimía su alma. Jesús, el Primogénito de Dios, el Hijo del Hombre, se debatía y suplicaba, caía de rodillas, abrumado, y su voluntad humana libraba un combate tan terrible contra su repugnancia a sufrir de un modo tal por una raza tan ingrata, que un sudor de sangre empezó a caer de su cuerpo a grandes gotas sobre el suelo. En medio de su amarga agonía miraba alrededor en busca de ayuda, y parecía tomar el cielo, la tierra y las estrellas del firmamento como testigos de sus padecimientos.

Jesús, en su angustia, levantó su voz y gritó de dolor. Los tres apóstoles lo oyeron, se despertaron, y quisieron ir con Él. Pero Pedro detuvo a Juan y Santiago diciéndoles: «Quedaos aquí, yo voy con Él.» Lo vi correr y entrar en la gruta exclamando: «Maestro, ¿qué tienes», pero, a la vista de Jesús aterrorizado y bañado en su propia sangre, caído bajo el peso de una mortal angustia, se quedó paralizado, presa del horror. Jesús no le respondió e hizo caso omiso de él. Pedro se reunió con los otros y les dijo que el Señor no le había respondido, y que no hacía más que gemir y suspirar. Su tristeza aumentó, cubriéronse la cabeza y llorando, oraron.

Yo volví junto a mi Esposo Celestial en su dolorosa agonía. Las imágenes de la futura ingratitud de los hombres, cuya deuda ante la Justicia Divina tomaba sobre sí, eran cada vez más vividas y terribles. Muchas veces le oí gritar: «Padre mío, ¿tengo que sufrir por esta raza tan ingrata? ¡Oh, Padre mío, si este cáliz no puede alejarse de mí, hágase vuestra voluntad y no la mía.»

En medio de estas apariciones, yo veía a Satanás moverse y adoptar varias formas a cual más horrible, que a su vez representaban diversas clases de pecados. A veces aparecía bajo el aspecto de una gigantesca figura negra, otras era un tigre, un zorro, un lobo, un dragón o una serpiente. Éstas y muchas otras figuras diabólicas empujaban, arrastraban ante los ojos de Jesús a toda esa multitud de hombres por cuya redención Él iba a

emprender el doloroso camino de la cruz. En un momento dado, me pareció ver una serpiente que, en efecto, pronto apareció con una corona en la cabeza. El odioso reptil era gigantesco y conducía las innumerables legiones de los enemigos de Jesús de cada época y nación. Armados con todo tipo de destructivas armas, lo llenaban de improperios y maldiciones, le herían, le pegaban; atacaban al Salvador cada vez con renovada rabia.

Entonces supe que estos enemigos del Señor eran los que insultaban y ultrajaban a Jesús realmente presente en el Santísimo Sacramento. Reconocí entre ellos todas las especies de profanaciones de la Sagrada Eucaristía. Vi con horror todas las irreverencias, las negligencias, la omisión; la indiferencia y la incredulidad, los abusos y los más espantosos sacrilegios.

La adoración de ídolos, la oscuridad espiritual y el falso conocimiento, o el fanatismo, el odio y la abierta persecución. Entre estos hombres había ciegos, paralíticos, sordos, mudos, e incluso niños. Ciegos que nunca verían la verdad; paralíticos que no avanzarían en el camino de la vida eterna; sordos que se negaban a oír las advertencias; mudos que nunca utilizarían la voz para defenderlo, y, finalmente, niños guiados por sus padres y maestros hacia el amor de las cosas materiales y el olvido de Dios. Estos últimos me apenaban especialmente porque Jesús amaba a los niños.

Podía hablar un año entero y no acabaría de dar cuenta de las afrentas sufridas por Jesús en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, a cuyo conocimiento llegué de esta manera. De resultas de eso, eran de tal magnitud mi horror y mi espanto, que se me apareció mi Celestial Esposo y, poniéndome misericordiosamente una mano sobre el corazón, me dijo: «Nadie hasta ahora había visto estas cosas, y, si Yo no te sostuviera, tu corazón se partiría de dolor.» Vi las gotas de sangre cayendo sobre la cara pálida de Nuestro Señor; tenía los cabellos pegados al cráneo y la barba ensangrentada y en desorden, como si se la hubieran querido arrancar. Tras la visión que acabo de describir, Jesús corrió fuera de la caverna y volvió con sus discípulos. Pero trastabillaba al caminar y su aspecto era el de un hombre cubierto de heridas y cargado con un gran peso; desfallecía a cada paso.

Cuando llegó donde los apóstoles, éstos no estaban ya acostados, durmiendo, como la primera vez, sino que tenían la cabeza cubierta y estaban arrodillados, en la posición que adopta la gente de ese país cuando está de luto o desea rezar. En esa postura, dormitaban, vencidos por la tristeza y la fatiga. Jesús, temblando y gimiendo, se acercó a ellos, y ellos se despertaron. Pero, cuando lo vieron a la luz de la luna, de pie, delante de ellos, con la cara pálida y ensangrentada, el cabello en desorden y los ojos hundidos, en un primer momento no lo reconocieron, pues estaba indescriptiblemente cambiado. Jesús unió sus manos en actitud de ruego y

entonces los apóstoles se levantaron presto, lo sujetaron por los brazos y lo sostuvieron con amor. Nuestro Señor les dijo con apenado acento que al día siguiente lo matarían, que iban a prenderlo dentro de una hora y que lo llevarían ante un Tribunal, donde sería maltratado, azotado y condenado a la muerte más cruel. Les rogó que consolasen a su Madre y también a Magdalena. Ellos no replicaron, pues no sabían qué decir; tan grandemente los había asustado su presencia y sus palabras; por otra parte, aún creían que estaba delirando. Cuando quiso volver a la gruta no tuvo fuerzas para andar. Juan y Santiago tuvieron que llevarlo. Eran alrededor de las once y cuarto cuando lo dejaron allí y volvieron con Pedro.

Durante esta agonía de Jesús, vi a la Santísima Virgen destrozada por el dolor y la angustia de su alma en casa de María, la madre de Marcos. Estaba con Magdalena y María en el jardín de la casa casi postrada por la pena, con todo el cuerpo apoyado en sus rodillas. Varias veces perdió el conocimiento, pues vio espiritualmente muchas escenas de la agonía de Jesús. Había enviado un mensajero a buscar noticias de Él, pero, no pudiendo esperar su regreso, se fue con Magdalena y Salomé hasta el valle de Josafat. Iba cubierta con un velo y con frecuencia extendía sus brazos hacia el monte de los Olivos, pues veía en espíritu a Jesús, bañado en sudor de sangre, y parecía que con sus manos extendidas quisiera limpiar la cara de su Hijo. Vi estos movimientos interiores de su alma dirigiéndose hacia Jesús, quien pensó en ella y volvió sus ojos en su dirección, como para pedir su ayuda. Vi esta comunicación espiritual entre ambos, bajo la forma de rayos que iban del uno al otro. El Señor se acordó también de Magdalena y tuvo piedad de su dolor, y por eso recomendó a sus discípulos que la consolasen, pues sabía que su amor era el más grande después del de su Santa Madre, y había visto lo mucho que sufría por Él y sabía que nunca volvería a ofenderlo.

En aquel momento los ocho apóstoles fueron a la cabaña de ramas de Getsemaní, conversaron entre sí y acabaron por dormirse. Se sentían indecisos, desanimados y atormentados por la tentación. Todos ellos habían buscado un lugar en donde refugiarse en caso de peligro, y se preguntaban con inquietud: «¿Qué haremos nosotros cuando lo hayan matado? Hemos dejado todo por seguirlo; somos pobres y rechazados por todos; nos hemos dedicado totalmente a su servicio, y ahora Él mismo está tan abatido y abandonado que no podemos encontrar en Él ningún consuelo.» El resto de los discípulos, habían estado yendo de un lado a otro, y, habiendo oído algo de las espantosas profecías de Jesús, la mayoría de ellos se había retirado a Betfagé.

Vi a Jesús orando todavía en la gruta, luchando contra la repugnancia a sufrir que sentía de su naturaleza humana, y abandonándose totalmente a la voluntad de su Padre. En ese momento, el abismo se abrió ante él y los primeros estadios del limbo se presentaron ante sus ojos. Vio a Adán y Eva,

a los patriarcas y profetas, a los justos, a los padres de su madre y a Juan el Bautista, esperando su llegada al mundo inferior con tal intensidad que esta visión fortaleció y reanimó su coraje. Su muerte abriría el Cielo a estos cautivos, su muerte los libraría de la prisión en la que languidecían esperando. Cuando Jesús miró con tan profunda emoción a estos santos del mundo antiguo, los ángeles le presentaron todas las legiones de los bienaventurados de las edades futuras que, juntando sus esfuerzos a los méritos de su Pasión, debían reunirse por medio de él con el Padre Celestial. Era ésta una visión bella y consoladora.

La recíproca influencia ejercida mutuamente por todos estos santos, el modo con que participaban de la única fuente, del Santísimo Sacramento y de la Pasión del Señor, ofrecían un espectáculo emocionante y maravilloso. Nada en ellos parecía casual: sus obras, su martirio, sus victorias, su apariencia y sus vestidos, todo, aunque bien adverso, se fundía en una armonía y unidad infinitas, y esta unidad en la diversidad era producto de los rayos de un sol único, la Pasión del Señor, de quien dependía la vida, Él era la luz de los hombres que brilla en las tinieblas y que las tinieblas no pueden engullir.

Pero estas visiones consoladoras desaparecieron y los ángeles desplegaron ante Él las escenas de su cercana Pasión terrenal. Vi, con Él, cada imagen claramente definida, desde el beso de Judas hasta sus últimas palabras sobre la cruz; vi allí en una sola visión, todo lo que veo en las meditaciones de la Pasión. Y Jesús vio la traición de Judas, la huida de los discípulos, los insultos ante Anás y Caifás, la negación de Pedro, el tribunal de Pilatos, los insultos de Herodes, los azotes, la corona de espinas, la condena a muerte, el acarreo de la cruz, el paño de lino de Verónica, la crucifixión, los insultos de los fariseos, el dolor de María, de Magdalena, de Juan, la lanza en Su costado, y Su muerte. En pocas palabras, cada escena de la Pasión le fue mostrada en cada minucioso detalle. Él lo aceptó todo voluntariamente ofreciéndolo todo por amor a los hombres. Él también vio y sintió cada momento de sufrimiento de su Madre, cuya unión interior con la agonía de su hijo era tan completa, que ella se desmayó en brazos de sus amigas.

Cuando las visiones sobre su Pasión hubieron acabado, Jesús cayó sobre su cara como un moribundo; los ángeles desaparecieron, el sudor de sangre corrió más abundante y empapó sus vestiduras, la más profunda oscuridad reinaba en la caverna. Vi a un ángel bajar hacia Jesús. Era más alto, y distinto, más parecido a un hombre que los que había visto antes. Iba ataviado como un sacerdote y llevaba consigo, en sus manos, un pequeño cáliz semejante al de la Cena. Sobre este cáliz parecía flotar una forma redonda del tamaño de una judía, e irradiaba una luz rojiza. El ángel, sin llegar a tocar el suelo con los pies, extendió la mano derecha hacia Jesús,

quien se enderezó, y el ángel colocó en su boca este alimento misterioso y le dio a beber del pequeño cáliz luminoso. Después desapareció.

Tras haber aceptado Jesús libremente el cáliz de sus padecimientos y haber recibido una nueva fuerza, permaneció todavía algunos minutos en la gruta, absorto en una tranquila meditación, y dando gracias a su Padre Celestial. Sentía todavía una honda aflicción, pero había sido confortado hasta el punto de poder ir a donde estaban los discípulos, sin tropezar y sin sucumbir bajo el peso del dolor. Seguía estando pálido, pero su paso era firme y decidido. Se había limpiado la cara con un paño y recompuso los cabellos, que le caían sobre la espalda, apelmazados y empapados de sangre.

Cuando Jesús llegó junto a sus discípulos, éstos estaban acostados como la primera vez, tenían la cabeza cubierta y dormían. Nuestro Señor les dijo que no era todavía tiempo de dormir, que debían despertarse y orar. «He aquí que llega la hora en que el Hijo del Hombre será entregado en manos de los pecadores. Levantaos y vamos, el traidor está a punto de entregarme: más le valdría no haber nacido.» Los apóstoles se levantaron asustados, mirando alrededor con inquietud. Cuando se serenaron un poco, Pedro dijo con vehemencia: «Maestro, voy a llamar a los demás, así te defenderemos.» Pero Jesús le señaló algo a lo lejos, en el valle, al lado opuesto del torrente de Cedrón; una tropa de hombres armados se acercaba con antorchas y Jesús les dijo que uno de esos hombres era quien le había denunciado. Les habló todavía con serenidad, los exhortó a consolar a su Madre y les dijo: «Vayamos a su encuentro; me entregaré sin resistencia a mis enemigos». Entonces salió del huerto de los Olivos con sus tres discípulos y fue al encuentro de los soldados en el camino que quedaba entre el huerto y Getsemaní.

Cuando la Santísima Virgen volvió en sí entre los brazos de Magdalena y de Salomé, algunos discípulos que habían visto a los soldados acercándose, fueron a buscarla y la llevaron a casa de María, la madre de Marcos. Los soldados tomaron un camino más corto que el que había seguido Jesús al dejar el cenáculo.

Las manos de Jesús quedaron impresas en la piedra de la gruta en la que estuvo orando. Esta gruta llegó a ser más adelante objeto de veneración, aunque no se sabe muy bien de cuándo son esas marcas. A menudo he visto impresiones en la roca dejadas por los profetas del Antiguo Testamento, por Jesús, María, alguno de los apóstoles, el cuerpo de santa Catalina de Alejandría, en el monte Sinaí, y por algunos otros santos. No suelen ser muy profundas, ni los contornos están claramente definidos. Parecen más bien las marcas que podría dejar la presión de algo sólido sobre una masa.

JUDAS Y LOS SOLDADOS. LA MADERA DE LA CRUZ

Al principio de su cuidadosa traición, Judas no creía que ésta tuviera el resultado que tuvo. Entregando a Jesús pretendía obtener la recompensa ofrecida y complacer a los fariseos. No pensó en el juicio ni en la crucifixión; sus miras no iban más allá. Sólo pensaba en el dinero, y desde hacía mucho había estado en contacto con algunos fariseos y algunos saduceos astutos que lo adulaban incitándolo a la traición. Judas estaba cansado de la vida errante y penosa de los apóstoles. En los últimos meses había estado robando las limosnas de las que era depositario, y su avaricia, exacerbada por la visión de Magdalena ungiendo los pies de Jesús con caro perfume, lo empujó a consumar su acto. Siempre había esperado de Jesús que estableciera un reino temporal en el que él creía que iba a tener un empleo brillante y lucrativo. Pero, al ir viéndose defraudado en sus expectativas, se dedicó a atesorar dinero. Veía que las penalidades y las persecuciones de los seguidores de Jesús iban en aumento y él quería ponerse a bien con los poderosos enemigos de Nuestro Señor antes de que llegase el peligro. Judas veía que Jesús no llegaría a ser rey, y que, por otra parte, la auténtica dignidad y poder era detentado por el Sumo Sacerdote, y por todos aquellos que estaban a su servicio. Todo esto lo impresionó vivamente. Se iba acercando cada vez más a los agentes del Sumo Sacerdote, que lo adulaban constantemente y le aseguraban, con gran contundencia, que en todo caso, pronto acabarían con Jesús. Él iba escuchando cada vez más los criminales intentos de corrupción y, durante los últimos días, no había hecho más que intentar forzar un acuerdo. Pero los sacerdotes todavía no querían comenzar a obrar y lo trataron con desprecio. Decían que faltaba poco tiempo para la fiesta y que esto causaría desorden y tumulto. Sólo el Sanedrín prestó alguna atención a las proposiciones de Judas. Tras la sacrílega recepción del Sacramento, Satanás se apoderó de él y salió a concluir su crimen. Buscó primero a los negociadores que hasta entonces lo habían lisonjeado y que lo acogieron con fingida amistad. Vinieron después otros entre los cuales estaban Caifás y Anás, pero este último lo trató con considerable altivez y mofa. Andaban indecisos y no estaban seguros del éxito porque no se fiaban de Judas.

Cada uno tenía una opinión diferente y lo primero que preguntaron a Judas fue: «¿Podremos cogerlo? ¿No tiene hombres armados consigo?» Y el traidor respondió: «No, está solo con sus once discípulos; Él está descorazonado y los once son hombres cobardes.» Les urgió a apresar a Jesús, les dijo que era entonces o nunca, que en otra ocasión tal vez no pudiera entregarlo, que ya no volvería a formar parte de sus seguidores. También les dijo que si no cogían a Jesús entonces, éste se escaparía y volvería con un ejército de sus partidarios, para ser proclamado rey. Estas

palabras de Judas produjeron su efecto. Sus propuestas fueron aceptadas por él y recibió el precio de su traición: treinta monedas de plata.

Judas, por su lenguaje y sus comentarios, se dio cuenta de que los sacerdotes lo despreciaban, así que, llevado por su orgullo, quiso devolverles el dinero para que lo ofrecieran en el Templo, a fin de parecer a sus ojos como un hombre justo y desinteresado. Pero ellos rechazaron su propuesta, porque era dinero de sangre y no podía ofrecerse en el Templo. Judas vio hasta qué punto lo despreciaban y concibió hacia ellos un profundo resentimiento. No esperaba recoger tan amargos frutos de su traición aun antes de consumarla; pero se había comprometido tanto con aquellos hombres, que estaba en sus manos y no podía librarse de ellos. Lo estuvieron vigilando y no le dejaron salir hasta que les explicó paso por paso lo que tenían que hacer para hacerse con Jesús. Tres fariseos fueron con él cuando bajó a una sala, donde estaban los soldados del Templo, que no eran sólo judíos, sino de todas las naciones. Cuando todo estuvo preparado y se hubo reunido el suficiente número de soldados, Judas corrió al cenáculo, acompañado de un servidor de los fariseos para ver si Jesús estaba todavía allí. De haber estado, hubiera resultado fácil cogerle, cerrando todas las puertas. Una vez hecha la comprobación, debía mandarles la información con un mensajero.

Poco antes de que Judas recibiese el precio de su traición, un fariseo había salido y mandado siete esclavos a buscar madera para preparar la cruz de Jesús, porque en caso de que fuera juzgado al día siguiente no daría tiempo a hacerlo, a causa del principio de la Pascua. Cogieron la madera a un cuarto de legua de allí, de un lugar donde había gran cantidad de madera perteneciente al Templo. Luego la llevaron a una plaza detrás del Tribunal de Caifás. La cruz fue construida de un modo especial, bien fuera porque querían burlarse de su dignidad de Rey, o bien por una casualidad aparente. Se componía de cinco piezas, sin contar la inscripción. Vi otras muchas cosas relativas a la cruz, y se me permitió conocer otras muchas circunstancias relacionadas con eso, pero todo se me ha olvidado.

Judas volvió diciendo que Jesús no estaba en el cenáculo, pero seguro que debía de estar en el monte de los Olivos. Pidió que enviaran con él una pequeña partida de soldados, por miedo a que los discípulos, alarmados, iniciasen una revuelta. Trescientos hombres debían ocupar las puertas y las calles de Ofel, la parte de la ciudad situada al sur del Templo, y el valle del Millo, hasta la casa de Anás, en lo alto de Sión, a fin de actuar como refuerzos de ser necesario, pues se decía que todos en el pueblo de Ofel eran seguidores de Jesús. El traidor les dijo también que tuviesen cuidado de no dejarlo escapar, pues con medios misteriosos había desaparecido muchas veces en el monte, volviéndose invisible a los ojos de los que le acompañaban. Los sacerdotes le contestaron que si alguna vez caía en sus manos, ellos se encargarían de no dejarlo ir.

Judas se puso de acuerdo con quienes lo iban a acompañar. Él entraría en el huerto, delante de ellos, se acercaría a Jesús, y como amigo y discípulo que era de Él, lo saludaría y lo besaría, entonces, los soldados debían presentarse y prenderlo. Los soldados tenían orden de mantenerse cerca de Judas, vigilarlo estrechamente y no dejarlo ir hasta que cogieran a Jesús, porque había recibido su recompensa y temían que se escapase con el dinero y después de todo Jesús no fuera arrestado, o que apresaran a otro en su lugar. El grupo de hombres escogido para acompañar a Judas se componía de veinte soldados de la guardia del Templo y de otros que estaban a las órdenes de Anás y Caifás. Iban ataviados de forma muy parecida a los soldados romanos, pero éstos tenían largas barbas. Los veinte llevaban espadas. Además, algunos tenían picas y llevaban palos con linternas y antorchas, pero cuando emprendieron la marcha, no encendieron más que una, Al principio habían intentado que Judas llevara una escolta más numerosa, pero él dijo que eso los descubriría fácilmente, porque desde el monte de los Olivos se dominaba todo el valle. La mayoría de los soldados se quedaron pues en Ofel y fueron colocados centinelas por todas partes. Judas se marchó con los veinte soldados, pero fue seguido a cierta distancia de cuatro esbirros de la peor calaña, que llevaban cordeles y cadenas. Detrás de éstos venían los seis agentes, con los que Judas había tratado desde el principio.

Los soldados se mostraron amistosos con Judas hasta llegar al lugar donde el camino separa el huerto de los Olivos del de Getsemaní. Una vez allí, se negaron a que siguiera solo, y lo trataron con dureza e insolencia.

EL PRENDIMIENTO DE JESÚS

Cuando Jesús, con los tres apóstoles, llegó a donde se cruzan los caminos de Getsemaní y el huerto de los Olivos, Judas y su gente aparecieron a veinte pasos de allí, a la entrada del camino. Hubo una discusión entre Judas y los soldados, porque aquél quería que se apartasen de él para poder acercarse a Jesús como amigo, a fin de que no pareciera que iba con ellos, pero los soldados le dijeron con rudeza: «Ni hablar, amigo, no te escurrirás de nuestras manos hasta que tengamos al Galileo.» Viendo que los ocho apóstoles corrían hacia Jesús al oír la disputa, llamaron a los cuatro esbirros que los seguían a cierta distancia. Cuando Jesús y los tres apóstoles vieron, a la luz de la antorcha, aquella tropa de gente armada, Pedro quiso echarlos de allí por la fuerza y dijo: «Señor, nuestros compañeros están cerca de aquí, ataquemos a los soldados.» Pero Jesús le dijo que se mantuviera tranquilo y retrocedió algunos pasos. Cuatro de los discípulos salieron en ese momento del huerto de Getsemaní y preguntaron qué sucedía. Judas quiso contestarles y despistarlos

contándoles cualquier cosa, pero los soldados se lo impidieron. Estos cuatro discípulos eran Santiago el Menor, Felipe, Tomás y Natanael; este último era hijo del anciano Simeón, y junto con algunos otros enviados por los amigos de Jesucristo para saber noticias de Él, se había encontrado en Getsemaní con los ocho apóstoles. Otros discípulos andaban por aquí y por allí observando y prestos a huir si era necesario.

Jesús se acercó a la tropa y dijo en voz alta e inteligible: «¿A quién buscáis?» Los jefes de los soldados respondieron: «A Jesús de Nazareth». «Soy yo», replicó Jesús. Apenas había pronunciado estas palabras cuando los soldados cayeron al suelo como atacados de una apoplejía. Judas, que estaba todavía junto a ellos, se sorprendió, e hizo ademán de acercarse a Jesús. Nuestro Señor le tendió la mano y le dijo: «Amigo mío, ¿a qué has venido?» Y Judas, balbuceando, le habló de un asunto que le habían encargado. Jesús le respondió algo parecido a «Más te valdría no haber nacido», pero no recuerdo las palabras exactas. Mientras tanto, los soldados se habían puesto de pie y se acercaron a Jesús esperando el beso del traidor, que sería la señal para que ellos reconocieran al nazareno. Pedro y los demás discípulos rodearon a Judas y le llamaron traidor y ladrón; él intentó defenderse con toda clase de mentiras, pero no le sirvió de nada, porque los soldados lo defendían contra los apóstoles y con su actitud dejaban clara la verdad.

Jesús preguntó por segunda vez: «¿A quién buscáis?» Ellos volvieron a responder: «A Jesús de Nazaret.» «Soy yo, ya os lo he dicho; yo soy aquel a quien buscáis; dejad a estos que sigan su camino.» A estas palabras, los soldados cayeron por segunda vez con convulsiones semejantes a las de la epilepsia, y Judas fue rodeado de nuevo por los apóstoles, exasperados contra él. Jesús les dijo a los soldados: «Levantaos», y ellos lo hicieron, al principio mudos de terror. Cuando recuperaron el habla conminaron a Judas a que les diera la señal convenida, pues tenían orden de coger a aquel a quien él besara. Entonces Judas se acercó a Jesús y le dio un beso, diciendo: «Maestro, yo te saludo.» Jesús le dijo: «Judas, ¿vendes al Hijo del Hombre con un beso?» Entonces los soldados rodearon inmediatamente a Jesús y los esbirros que se habían acercado lo sujetaron. Judas quiso huir, pero los apóstoles no se lo permitieron; se abalanzaron sobre los soldados, gritando: «Maestro, ¿debemos atacarlos con la espada?» Pedro, más impetuoso que los otros, cogió la suya, y, sin esperar la respuesta de Jesús, se lanzó contra Maleo, criado del Sumo Sacerdote, que intentaba apartar a los apóstoles, y le cortó la oreja derecha. Maleo cayó al suelo y siguió un gran tumulto.

Los esbirros querían atar a Jesús; los soldados los rodeaban. Cuando Pedro hirió a Maleo, el resto de los soldados se dispusieron a repeler el ataque de los discípulos que se acercaban, y a perseguir a los que huían. Cuatro discípulos aparecieron a lo lejos, y parecían dispuestos a intervenir,

pero los soldados estaban todavía aterrorizados por su última caída, y no se atrevían a alejarse y dejar a Jesús sin un cierto número de hombres que lo vigilaran. Judas, que había huido tan pronto como dio el beso de traidor, fue detenido a poca distancia por algunos discípulos que le llenaron de insultos y reproches; pero los seis fariseos que venían detrás lo liberaron, y él escapó mientras los cuatro esbirros se ocupaban de atar a Nuestro Señor.

En cuanto Pedro atacó a Maleo, Jesús le había dicho en seguida: «Guarda tu espada en la vaina, pues el que empuña la espada, por espada perecerá. ¿Crees tú que yo no puedo pedir a mi Padre que me envíe dos legiones de ángeles? ¿Cómo van a cumplirse las profecías si lo que debe ser hecho no se hace?» Después dijo: «Dejadme curar a este hombre.» Y acercándose a Maleo, tocó su oreja, rezó y se restituyó. Los soldados estaban a su alrededor, con los esbirros y los seis fariseos, quienes, lejos de conmoverse con el milagro, seguían insultándolo diciéndole a la tropa: «Es un enviado del diablo. La oreja parecía cortada por sus brujerías, y por sus mismas artimañas ahora parece pegada de nuevo.»

Entonces, Jesús, dirigiéndose a ellos, dijo: «Habéis venido a cogerme como a un asesino, con armas y palos; todos los días he estado predicando en el Templo y no me habéis prendido. Pero ésta es vuestra hora, el poder de las tinieblas ha llegado.»

Los fariseos mandaron que lo atasen todavía más fuerte y se burlaban de él diciéndole: «No has podido vencernos con tus hechizos.» Jesús contestó, pero no recuerdo sus palabras; después de eso, los discípulos huyeron. Los cuatro esbirros y los seis fariseos no cayeron cuando los soldados fueron afectados por el ataque, porque, como luego me fue revelado, estaban totalmente entregados al poder de Satanás, lo mismo que Judas, que tampoco cayó aunque estaba al lado de los soldados. Todos los que cayeron y se levantaron llegaron a convertirse después en cristianos. Estos soldados sólo habían rodeado a Jesús, pero no le habían puesto las manos encima. Maleo se convirtió instantáneamente tras su curación, y durante la Pasión sirvió de mensajero entre María y los otros amigos de Nuestro Señor.

Los esbirros ataron a Jesús con la brutalidad de un verdugo. Eran paganos y de lo más bajo que se pueda imaginar. Eran pequeños, robustos y muy ágiles; por el color de su piel y su complexión, parecían esclavos egipcios; llevaban el cuello, los brazos y las piernas desnudos. Ataron a Jesús las manos sobre el pecho con cuerdas nuevas y muy duras. Le ataron el puño derecho debajo del codo izquierdo, y el puño izquierdo debajo del codo derecho. Alrededor de la cintura le pusieron una especie de cinturón con puntas de hierro, al cual le fijaron las manos con ramas de sauce; al cuello le pusieron una especie de collar de puntas, del cual salían dos correas que se cruzaban sobre el pecho como una estola, e iban sujetas al cinturón. De éste salían cuatro cuerdas con las cuales tiraban al Señor de un

lado y de otro de la manera más cruel. Todas las cuerdas eran nuevas y yo creo que fueron compradas por los fariseos cuando acordaron arrestar a Jesús.

Encendieron las antorchas y la procesión se puso en marcha. Diez soldados caminaban delante; les seguían los esbirros, que iban tirando de Jesús por las cuerdas; detrás de ellos, los fariseos, que lo llenaban de injurias; los otros diez soldados cerraban la marcha. Los discípulos iban siguiéndolos a cierta distancia, dando gritos y fuera de sí por la pena. Juan seguía de cerca a los últimos soldados, hasta que los fariseos, viéndolo solo, ordenaron a los guardias que lo cogieran. Los soldados obedecieron y corrieron hacia él; pero logró huir dejando entre sus manos la prenda por la cual lo habían cogido. Se le habían quedado la sobretúnica, y no le quedaba puesto más que una túnica interior, corta y sin mangas, y una banda de lienzo que los judíos llevan ordinariamente alrededor del cuello, de la cabeza y de los brazos. Los esbirros maltrataban a Jesús de la manera más cruel, para adular bajamente a los seis fariseos, que estaban llenos de odio y de rabia contra el Salvador. Lo llevaban por caminos ásperos por encima de las piedras, por el lodo, e iban tirando de las cuerdas con toda su fuerza. En la mano llevaban otras cuerdas con nudos, y con ellas le pegaban, como un carnicero pega a la res que lleva a la carnicería. Acompañaban este cruel trato de insultos tan innobles e indecentes, que no puedo repetirlos. Jesús estaba descalzo; además de su túnica ordinaria llevaba una túnica de lana sin costuras y una sobrevesta por encima. Cuando lo prendieron no recuerdo que presentasen ninguna orden ni documento legal de arresto. Lo trataron como a una persona fuera de la ley.

La comitiva avanzaba a buen paso. Cuando abandonaron el camino que queda entre el huerto de los Olivos y el de Getsemaní, torcieron a la derecha y pronto alcanzaron el puente sobre el torrente de Cedrón. Jesús no había pasado por este puente al ir al huerto de los Olivos, sino que tomó un camino que daba un rodeo por el valle de Josafat, y conducía a otro puente más al sur. El de Cedrón era muy largo, porque se extendía más allá de la ensenada del torrente, a causa de la desigualdad del terreno. Antes de llegar a ese puente, vi como Jesús cayó dos veces en el suelo, a causa de los violentos tirones que le daban. Pero cuando llegaron a la mitad del puente dieron rienda suelta a sus brutales inclinaciones; empujaron a Jesús con tal violencia que lo echaron desde allí al agua, diciéndole que saciara su sed. Si Dios no lo hubiera protegido, la simple caída hubiera bastado para matarlo. Cayó primero sobre sus rodillas y luego sobre su cara, que pudo cubrirse con las manos que, si antes habían estado atadas, ahora estaban libres. No sé si por milagro o porque los soldados habían cortado las cuerdas antes de empujarlo al agua. La marca de sus rodillas, sus pies y sus codos, quedó milagrosamente impresa en la piedra donde cayó, y esta marca fue después un motivo de veneración para los cristianos. Esas

piedras eran menos duras que el corazón de los impíos hombres que rodeaban a Nuestro Señor, y les tocó ser testigos de aquellos terribles momentos del Poder Divino.

No había visto beber a Jesús ni un trago, a pesar de la sed ardiente que siguió a su agonía en el huerto de los Olivos, pero sí bebió entonces agua del Cedrón, cuando lo arrojaron en él, y entonces lo oí repetirse estas proféticas palabras de los Salmos que dicen: «En el camino beberá agua del torrente.» Los esbirros sujetaban siempre los cabos de las cuerdas con las que Jesús estaba atado. Como no pudieron hacerle atravesar el torrente, a causa de una obra de albañilería que había al lado opuesto, lo hicieron volver atrás y lo arrastraron de nuevo hasta arriba, hasta el borde del puente. Entonces, estos miserables lo hicieron caminar a empujones por él, llenándolo de insultos. Su larga túnica de lana, toda empapada en agua, se pegaba a sus miembros, y apenas podía caminar. Al otro lado del puente, cayó otra vez en el suelo. Lo levantaron con violencia, pegándole con las cuerdas, y ataron a su cintura los bordes de su túnica mojada en medio de los insultos más infames. No era aún medianoche, cuando vi a Jesús al otro lado del Cedrón, arrastrado inhumanamente por los cuatro esbirros por un estrecho sendero, lleno de piedras, cardos y espinas. Los seis brutales fariseos caminaban tan cerca de Él como podían, pinchándolo constantemente con la punta de sus bastones, y viendo que los pies desnudos de Jesús eran desgarrados con las piedras o las espinas, exclamaban con cruel ironía: «Su precursor, Juan Bautista, no le ha preparado un buen camino», o bien: «Las palabras de Malaquías: "Enviaré a mi ángel para prepararte el camino", no pueden aplicarse aquí», etcétera. Y cada burla de ellos era como un estímulo para los esbirros, que incrementaban entonces su crueldad.

Los enemigos de Jesús vieron sin embargo que algunas personas iban apareciendo a la distancia, pues muchos discípulos se habían juntado al enterarse de que su Maestro había sido arrestado, y querían saber qué iba a pasar con Él. Ver a esa gente hacía sentir incómodos a los fariseos, que, temiendo algún ataque para intentar rescatar a Jesús, dieron voces para que les enviasen refuerzos. Vi salir de la puerta situada al mediodía del Templo unos cincuenta soldados portando antorchas y al parecer dispuestos a todo. El comportamiento de esos hombres era ofensivo; llegaban dando fuertes gritos, tanto para anunciar que acudían como para felicitarse por el éxito de la expedición. Cuando se juntaron con la escolta de Jesús, causaron gran revuelo y entonces vi a Maleo y a algunos otros que acudían como para felicitarse por el éxito de la expedición, aprovechar la confusión ocasionada para escaparse al monte de los Olivos.

Cuando esta nueva tropa salió del arrabal de Ofel por la puerta de Mediodía, vi a los discípulos que se habían ido juntando a cierta distancia, dispersarse, unos hacia un lado y otros hacia otros. La Santísima Virgen y

nueve de las santas mujeres, llevadas por su inquietud, fueron directamente al valle de Josafat, acompañadas por Lázaro, Juan, el hijo de Marcos, el hijo de Verónica y el hijo de Simón. Este último se hallaba en Getsemaní, con Natanael y los ocho apóstoles, y había huido cuando aparecieron los soldados. Estaba contándole a la Santísima Virgen lo que había pasado, cuando las tropas de refresco se unieron a las que llevaban a Jesús, y ella oyó sus gritos estridentes y vio las luces de las antorchas que portaban. Esa visión fue superior a sus fuerzas y la Virgen perdió el sentido. Juan la llevó a casa de María, la madre de Marcos.

Los cincuenta soldados eran un destacamento de una tropa de trescientos hombres que ocupaban la puerta y las calles de Ofel, pues el traidor Judas había dicho al Sumo Sacerdote que los habitantes de Ofel, pobres obreros en su mayoría, eran seguidores de Jesús y que podía temerse de ellos que intentaran libertarlo. El traidor sabía bien que Jesús había consolado, predicado, socorrido y curado a un gran número de aquellos pobres obreros. La mayor parte de aquella pobre gente, después de Pentecostés, se unieron a la primera comunidad cristiana. Cuando los cristianos se separaron de los judíos y construyeron casas y levantaron tiendas para la comunidad, las situaron entre Ofel y el monte de los Olivos, y allí vivió san Esteban.

Los pacíficos habitantes de Ofel fueron despertados por los gritos de los soldados. Salieron de sus casas y corrieron a las calles, para ver lo que sucedía. Pero los soldados los empujaban brutalmente hacia sus casas, diciéndoles: «Jesús, el malhechor, vuestro falso profeta, ha sido apresado; el Sumo Sacerdote va a juzgarlo y será crucificado.» Al oír eso no se oían más que gemidos y llantos. Aquella pobre gente, hombres y mujeres, corrían aquí y allá llorando, o se ponían de rodillas con los brazos abiertos y gritaban al cielo recordando la bondad de Jesús. Pero los soldados los empujaban y los hacían entrar por fuerza en sus casas y no se cansaban de injuriar a Jesús, diciendo: «Ved aquí la prueba de que es un agitador del pueblo». Sin embargo, no se atrevían a proceder con violencia, temiendo una insurrección, y se contentaban con alejar a la gente del camino por el que debía seguir Jesús.

Mientras tanto, la tropa inhumana que conducía al Salvador, se acercaba a la puerta de Ofel. Jesús se había caído de nuevo y parecía no poder más. Entonces uno de los soldados, movido a compasión, dijo a los otros: «Ya veis que este pobre hombre está exhausto y no puede con el peso de las cadenas. Si hemos de conducirlo vivo al Sumo Sacerdote, aflojadle las manos para que al menos pueda apoyarse cuando caiga.» La tropa se paró y los esbirros le aflojaron las cuerdas; mientras tanto, un soldado compasivo le trajo un poco de agua de una fuente cercana. Jesús le dio las gracias citando un pasaje de un profeta, que habla de fuentes de agua viva, y esto le valió mil injurias de parte de los fariseos. Vi a estos dos

soldados de repente iluminados por la gracia. Se convirtieron antes de la muerte de Jesús e inmediatamente se unieron a sus discípulos.

La procesión se puso en marcha de nuevo y llegaron a la puerta de Ofel. Los soldados apenas podían contener a los hombres y mujeres que se precipitaban por todas partes. Era un espectáculo doloroso ver a Jesús pálido, desfigurado, lleno de heridas, con el cabello en desorden y la túnica húmeda y manchada, arrastrado con cuerdas y empujado con palos como un pobre animal al que llevan al matadero, entre esbirros sucios y medio desnudos y soldados groseros e insolentes. En medio de la multitud afligida, los habitantes de Ofel tendían hacia Él las manos que había curado de la parálisis y con la voz que Él les había dado, suplicaban a los verdugos: «Soltad a ese hombre, soltadle. ¿Quién nos consolará? ¿Quién curará nuestros males?»; y lo seguían con los ojos llenos de lágrimas que le debían la luz.

Pero al llegar al valle, mucha gente de la clase más baja del pueblo, excitada por los soldados y por los enemigos de Nuestro Señor, se habían unido a la escolta, y maldecían e injuriaban a Jesús y los ayudaban a empujar e insultar a los pacíficos habitantes de Ofel. La escolta siguió bajando, y después pasó por una puerta abierta en la muralla; dejaron a la derecha un gran edificio, restos de las obras de Salomón, y a la izquierda el estanque de Betsaida; después se dirigieron al oeste siguiendo una calle llamada Millo. Entonces torcieron un poco hacia Mediodía y, subiendo hacia Sión, llegaron a la casa de Anás. En todo el camino no cesaron de maltratar a Jesús. Desde el monte de los Olivos hasta la casa de Anás, se cayó siete veces.

Los vecinos de Ofel, todavía consternados y agobiados por la pena, cuando vieron a la Santísima Virgen que, acompañada por las santas mujeres y algunos amigos se dirigía a casa de María, la madre de Marcos, situada al pie de la montaña de Sión, redoblaron sus gritos y lamentos, y se apretaron tanto alrededor de María, que casi la llevaban en volandas. María estaba muda de dolor y no despegó los labios al llegar a casa de María, madre de Marcos, hasta la llegada de Juan, quien le contó lo que había visto desde que Jesús salió del cenáculo. Después condujeron a la Virgen a casa de Marta, que vivía cerca de Lázaro. Pedro y Juan, que habían seguido a Jesús a distancia, corrieron a ver a algunos servidores del Sumo Sacerdote a quienes Juan conocía, con idea de lograr así entrar en las salas del Tribunal adonde su Maestro había sido conducido. Estos sirvientes, amigos de Juan, actuaban como mensajeros, y debían ir casa por casa de los ancianos y otros miembros del Consejo y avisarlos de que habían sido convocados. Deseaban ayudar a los dos apóstoles, pero no se les ocurrió sino vestirlos con una capa igual a la suya y que les ayudaran a llevar las convocatorias, a fin de poder entrar en el Tribunal disfrazados, del cual estaban echando a todo el mundo. Los apóstoles se encargaron de convocar

a Nicodemo, José de Arimatea y otras personas bien intencionadas, pues eran miembros del Consejo, y de esta manera consiguieron avisar a algunos amigos de su Maestro, que los fariseos por sí mismos no hubieran convocado. Judas, mientras tanto, andaba errante, con el diablo a su lado, como un insensato, por los barrancos de la parte sur de Jerusalén, donde se vertían los escombros e inmundicias de la ciudad...

MEDIDAS QUE TOMAN LOS ENEMIGOS DE JESÚS PARA LOGRAR SUS PROPÓSITOS

Anás y Caifás fueron informados en el acto del prendimiento de Jesús y empezaron a disponerlo todo. En su casa reinaba gran actividad. Las salas estaban iluminadas, las entradas con vigilantes, los mensajeros corrían por la ciudad para convocar a los miembros del Consejo, a los escribas y a todos los que debían tomar parte en el juicio. Muchos habían estado aguardando en casa de Caifás el resultado. Los ancianos de los diferentes estamentos acudieron también. Como los fariseos, saduceos y herodianos de todo el país se habían congregado en Jerusalén con motivo de la fiesta, y desde hacía largo tiempo se albergaban propósitos contra Jesús por parte de todos ellos y del Gran Consejo, el Sumo Sacerdote convocó a los que tenían más odio contra Nuestro Señor, con la orden de reunir y aportar todas las pruebas y testimonios posibles para el momento del juicio. Todos estos hombres, perversos y orgullosos, de Cafarnaum, Nazaret, Tirza, Gabara, etc., a los cuales Jesús había dicho muchas veces la verdad en presencia del pueblo, se encontraban en ese momento en Jerusalén. Cada uno buscaba entre la gente de su país, que había acudido a la fiesta, algunos que, por dinero, quisieran presentarse como acusadores contra Jesús. Pero todo, excepto algunas evidentes calumnias, se reducía a repetir las acusaciones que Jesús tantas veces había rebatido en las sinagogas.

No obstante, todos los enemigos de Jesús estaban llegando al Tribunal de Caifás, conducida por los fariseos y los escribas de Jerusalén, a los que se añadían muchos de los vendedores que Jesús echó del templo; muchos doctores orgullosos a los cuales había dejado sin argumentos en presencia del pueblo y algunos que no podían perdonarle el haberlos convencido de su error y llenado de confusión. Había asimismo una gran cantidad de impenitentes pecadores a los que él se había negado a curar, otros cuyos males habían vuelto a aquejar, jóvenes que no habían sido aceptados como discípulos, avariciosos a los que había exaltado con su generosidad; los defraudados en sus expectativas de un reino terrenal, corruptores a cuyas víctimas Él había convertido, y, en fin, todos los emisarios de Satán que por allí andaban. Esta escoria del pueblo judío fue

puesta en movimiento y excitada por algunos de los principales enemigos de Jesús y acudía de todos lados al palacio de Caifás, para acusar falsamente de todos los crímenes al verdadero Cordero sin mancha, el que toma sobre sí los pecados del mundo para su expiación.

Mientras esta turba impura se agitaba, mucha gente piadosa y amigos de Jesús estaban desconcertados y afligidos, pues no sabían el misterio que se iba a cumplir; andaban de aquí para allá, escuchaban todo lo que se decía del Maestro y gemían de desesperación. Si hablaban, los echaban; si callaban, los miraban de reojo; otros vacilaban y se escandalizaban. El número de los que perseveraban era pequeño; caminaban tristes y abatidos y sufrían en silencio. Entonces sucedía lo mismo que sucede hoy: se quiere servir a Dios pero sin dificultades, en lo fácil, que la cruz sea sostenida por otros.

Una vez acabados los preparativos de la fiesta, la grande y densa ciudad y las tiendas de los extranjeros que habían venido para la Pascua, se hallaban sumidos en el reposo tras las fatigas del día, cuando la noticia del arresto de Jesús los despertó a todos, enemigos y amigos, y por todos los puntos de la ciudad veíanse ponerse en movimiento a las personas convocadas por los mensajeros del Sumo Sacerdote. Caminaban a la luz de la luna o de sus antorchas por las calles desiertas a aquella hora, pues la mayoría de las casas carecían de ventanas exteriores, y las aberturas y puertas daban a un patio interior. Todos se dirigían directamente hacia Sión. Se oía llamar a las puertas, para despertar a los que aún dormían; en muchos sitios se producía alboroto, y mucha gente temió una insurrección. Los curiosos y los criados estaban atentos a lo que pasaba para ir a contarlo en seguida a los demás; el miedo a la revuelta hacía que se oyeran cerrar y atrancar muchas puertas.

La mayoría de los apóstoles y discípulos, llenos de terror, se movían por los valles que rodean Jerusalén y se escondían en las grutas del monte de los Olivos. Temblaban al encontrarse, se pedían noticias en voz baja, y el menor ruido interrumpía las conversaciones. Cambiaban sin cesar de escondrijo y se acercaban tímidamente a la ciudad en busca de noticias.

Mucha gente clama contra Jesús, muchos de los que más gritan han sido antes seguidores de Nuestro Señor, pero estos hipócritas ahora lanzan acusaciones contra Él. El asunto es mucho más serio de lo que en un principio parecía. Me gustaría saber cómo van a arreglárselas Nicodemo y José de Arimatea, que, a causa de su amistad con el Maestro y con Lázaro, no cuentan con la confianza del Sumo Sacerdote. Sin embargo, todo vamos a verlo.

El ruido era cada vez mayor alrededor del Tribunal de Caifás. Esta parte de la ciudad está inundada de luz de las antorchas y las lámparas. Los soldados romanos no intervienen en nada de lo que está pasando. No

comprenden la excitación de la gente, pero han reforzado la vigilancia y doblado las guardias.

Alrededor de Jerusalén se oían los berridos de los muchos animales que los extranjeros habían traído para sacrificar. Inspiraba una cierta compasión el balido de los innumerables corderos que debían ser inmolados en el Templo al día siguiente. Uno solo iba a ser ofrecido en sacrificio sin abrir la boca, semejante al cordero al que conducen al matadero y no se resiste; el Cordero de Dios, puro y sin mancha; el verdadero cordero pascual, el propio Jesucristo.

El cielo estaba oscuro y la luna, de aspecto amenazador, se veía de color rojo; parecía ella también trastornada y temerosa de llegar a su plenitud, pues Jesús iba a morir en este momento. Al sur de la ciudad corre Judas Iscariote, torturado por su conciencia; solo, huyendo de su sombra, impulsado por el demonio. El infierno está desatado y miles de malos espíritus incitan por todas partes a los pecadores. La rabia de Satanás se aplica a aumentar la carga del Cordero. Los ángeles oscilan entre la pena y la alegría; quisieran postrarse ante el trono de Dios y obtener su permiso para socorrer a Jesús, pero sólo pueden adorar el milagro de la Divina Justicia y de la misericordia de Dios, que está en el cielo desde la eternidad y que ahora todo debe cumplirse. Pues los ángeles, al igual que nosotros, también creen en Dios Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor, que fue concebido por el Espíritu Santo, que nació de Santa María Virgen; que esta noche padecerá bajo Poncio Pilatos; que mañana será crucificado, muerto y sepultado; que subirá a los cielos, donde estará sentado a la diestra de Dios Padre y que desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos; creen también en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia católica, la Comunión de los Santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna.

JESÚS ANTE ANÁS

A medianoche Jesús fue llevado al palacio de Anás y conducido a una gran sala. En la parte opuesta de la misma estaba sentado Anás, rodeado de veintiocho consejeros. Su silla estaba sobre una tarima a la que se subía por unos escalones. Jesús, rodeado aún de una parte de los soldados que lo habían arrestado, fue arrastrado por los esbirros hasta el primero de los escalones. El resto de la sala estaba abarrotada de soldados, de populacho, de criados de Anás y de falsos testigos que después debían acudir a casa de Caifás. Anás esperaba con gozo e impaciencia la llegada del Salvador. Estaba lleno de odio y sentía una alegría cruel porque Jesús hubiera caído por fin en sus manos. Era presidente de un Tribunal

encargado de vigilar la pureza de la doctrina y de acusar delante del Sumo Sacerdote a quienes atentaban contra ella.

Jesús permanecía de pie, delante de Anás, pálido, desfigurado, silencioso, con la cabeza baja. Los verdugos sostenían los cabos de las cuerdas con las que tenía atadas las manos. Anás, viejo, flaco y seco, de barba rala, henchido de insolencia y orgullo, se sentó con una sonrisa irónica, fingiendo no saber por qué estaba Jesús allí y extrañándose de que Jesús fuese el prisionero que le había sido anunciado. Le dijo: «Pero ¿cómo?, ¿no eres tú Jesús de Nazaret? ¿Y qué haces aquí?, ¿dónde están tus discípulos y tus numerosos seguidores? ¿Dónde está tu reino? Me temo que las cosas no han ido como tú esperabas. Creo que las autoridades han descubierto que no has comido el cordero pascual, del modo adecuado, en el Templo y donde debías hacerlo. ¿Es que quieres crear una nueva doctrina? ¿Quién te ha dado permiso para predicar? ¿Dónde has estudiado? Habla, ¿cuál es tu doctrina? ¿Callas? ¡Habla te ordeno!»

Entonces Jesús levantó la cabeza, miró a Anás y dijo: «He hablado ya en público innumerables veces delante de todo el mundo; he predicado siempre en el Templo, en las sinagogas donde se reúnen todos los judíos; jamás he dicho nada en secreto, todo el mundo ha podido oír mis palabras. ¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta a los que han venido a escucharme; mira a tu alrededor, están aquí, ellos saben lo que he dicho.» A estas palabras de Jesús el rostro de Anás se contrajo de rabia y furor. Un infame esbirro que estaba cerca de Jesús lo advirtió, y el muy miserable dio, con su mano cubierta con un guante de hierro, una bofetada en el rostro del Señor, diciéndole: «¿Así respondes al pontífice?» Jesús, a consecuencia de la violencia del golpe, cayó de lado sobre los escalones y la sangre le corrió por el rostro. La sala se llenó de insultos y risotadas y amargas palabras resonaron en ella. Los esbirros pusieron a Jesús en pie de malos modos; Nuestro Señor prosiguió luego con voz calmada: «Si he hablado mal, dime en qué; pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?»

Exasperado Anás por la serenidad de Jesús mandó a todos los que estaban presentes que prestaran testimonio de lo que le habían oído decir. Entonces estalló un sinfín de confusos clamores y de groseras imprecaciones. «Ha dicho que era rey, que Dios era su Padre, que los fariseos eran una generación adúltera; subleva al pueblo; cura en sábado; se deja llamar Hijo de Dios y Enviado por Dios; no observa los ayunos; come con los impuros, los paganos, con publícanos y pecadores; se junta con las mujeres de mala vida; engaña al pueblo con palabras de doble sentido; etc., etc.» Todas estas acusaciones eran vociferadas a la vez; algunos de los acusadores lo insultaban y le dirigían gestos amenazantes y groseros, y los guardias le pegaban y le injuriaban también mientras le decían: «Habla. ¿Por qué no contestas a sus acusaciones?» Anás y sus consejeros añadían burlas a estos ultrajes y le decían: «¿Ésta es tu doctrina? Contéstanos gran

soberano, hombre enviado por Dios, danos una muestra de tu poder.» Después Anás añadió: «¿Quién eres tú? Tan sólo el hijo de un oscuro carpintero.» A continuación, pidió material de escritura y en una gran hoja escribió una serie de grandes letras, cada una significando una acusación contra Nuestro Señor. Después enrolló la hoja y la metió dentro de una calabacita vacía que tapó con cuidado y ató a una caña. Se la presentó a Jesús, diciéndole con ironía: «Toma, éste es el cetro de tu reino; aquí constan todos tus títulos, tus dignidades y todos tus derechos. Llévaselos al Sumo Sacerdote para que reconozca tu misión y te trate según tu dignidad. Que le aten las manos a este rey y lo lleven ante el Sumo Sacerdote.» Maniataron de nuevo a Jesús, sujetando también con ellas el simulacro de cetro que contenía las acusaciones de Anás, y lo condujeron a casa de Caifás, en medio de las burlas, de las injurias y de los malos tratos de la multitud.

JESÚS ES CONDUCIDO DE ANÁS A CAIFÁS

La casa de Anás quedaba a unos trescientos pasos de la de Caifás. El camino, flanqueado por paredes y casas bajas, todas ellas dependencias del Tribunal del Sumo Pontífice, estaba iluminado con faroles y abarrotado de judíos que vociferaban y se agitaban. Los soldados a duras penas podían abrirse paso entre la multitud. Los que habían ultrajado a Jesús en casa de Anás, repetían sus ultrajes delante del pueblo, y Nuestro Señor fue vejado y maltratado durante todo el camino. Yo vi a hombres armados haciendo retroceder a algunos grupos que parecían compadecerse de Nuestro Señor y dar dinero a los que más se distinguían por su brutalidad con Él y dejarlos entrar en el patio de Caifás.

Para llegar al Tribunal de Caifás hay que atravesar un primer patio exterior y se entra después en otro patio interior que rodea todo el edificio. La casa es rectangular. En la parte de delante hay una especie de atrio descubierto rodeado de tres tipos de columnas, que forman galerías cubiertas. A continuación, detrás de unas columnas bajas, hay una sala casi tan grande como el atrio, donde están las sillas de los miembros del Consejo sobre una elevación en forma de herradura a la que se llega tras muchos escalones. La silla del Sumo Sacerdote ocupa en el medio el lugar más elevado. El reo permanece en el centro del semicírculo. A uno y otro lado y detrás de los jueces hay tres puertas que comunican con una sala ovalada rodeada de sillas, donde tienen lugar las deliberaciones secretas. Entrando en esta sala desde el Tribunal se ven a derecha e izquierda puertas que dan al patio interior. Saliendo por la puerta de la derecha, se llega al patio, por la de la izquierda, a una prisión subterránea que está debajo de esta última sala.

Todo el edificio y los alrededores estaban iluminados por antorchas y lámparas y había tanta luz como si fuese de día. En medio del atrio se había encendido un gran fuego en un hogar cóncavo de cuyos lados partían los conductos para el humo. Alrededor del fuego se apiñaban soldados, empleados subalternos, testigos de la más ínfima categoría, comprados con dinero. Entre ellos había también mujeres que daban de beber a los soldados un licor rojizo y cocían panes que luego vendían.

La mayor parte de los jueces estaban ya sentados alrededor de Caifás, los otros fueron llegando sucesivamente. Los acusadores y los falsos testigos llenaban el atrio. Había allí una inmensa multitud a la que había que contener con fuerza para que no invadieran la sala del Consejo. Un poco antes de la llegada de Jesús, Pedro y Juan, vestidos como mensajeros, habían conseguido entrar camuflados entre la multitud y se hallaban en el patio exterior. Juan, con la ayuda de un empleado del Tribunal a quien conocía, pudo penetrar hasta el segundo patio, cuya puerta cerraron detrás de él a causa de la mucha gente. Pedro, que se había quedado un poco rezagado, se encontró ya la puerta cerrada, y no quisieron abrirle. Allí se hubiera quedado a pesar de los esfuerzos de Juan, si Nicodemo y José de Arimatea, que llegaban en aquel instante, no le hubiesen hecho entrar con ellos. Los dos apóstoles, despojados ya de los vestidos que les habían prestado, se colocaron en medio de la multitud que llenaba el vestíbulo, en un sitio desde donde podían ver a los jueces. Caifás estaba sentado en medio del semicírculo, rodeado por los setenta miembros del Sanedrín. A ambos lados de ellos estaban los funcionarios públicos, los escribas, los ancianos, y, detrás, los falsos testigos. Había soldados colocados desde la entrada hasta el vestíbulo, a través del cual Jesús debía ser conducido.

La expresión de Caifás era solemne en extremo, pero su gravedad iba acompañada de indicios de sorpresiva rabia y siniestras intuiciones. Iba ataviado con una capa larga de color oscuro, bordada con flores y ribeteada de oro, sujeta sobre el pecho y los hombros con unos broches de brillante metal. Iba tocado con una especie de mitra de obispo, de cuyas aberturas laterales pendían unas tiras de seda. Caifás llevaba allí algún tiempo, esperando junto a sus consejeros. Su impaciencia y su rabia eran tales, que sin poderse contener, bajó los escalones y, a grandes zancadas, se fue hasta el atrio para preguntar con ira si Jesús no llegaba. Viendo la procesión que se acercaba, Caifás volvió a su sitio.

JESÚS ANTE CAIFÁS

Jesús fue introducido en el atrio entre gritos, insultos y golpes. Al pasar cerca de Juan y de Pedro, los miró sin volver la cabeza, para no

comprometerlos con su reconocimiento. En cuanto estuvo en presencia del Consejo, Caifás exclamó: «Al fin estás aquí, enemigo de Dios, blasfemo, que alteras la paz de esta santa noche.» La calabaza que contenía las acusaciones de Anás fue desatada del ridículo cetro colocado entre las manos de Jesús. Después de leerlas, Caifás arremetió a preguntas burlescas contra Nuestro Señor; los verdugos le pegaban y empujaban con unos palos puntiagudos, diciéndole: «¡Contesta de una vez! ¡Habla! ¿Te has quedado mudo?» Caifás, cuyo temperamento era mucho más soberbio y arrogante que el de Anás, había dirigido a Jesús un millar de preguntas una tras otra, pero Nuestro Señor permanecía en silencio, con la mirada baja. Los esbirros querían obligarle a hablar, reiterando los empujones y los golpes.

Los testigos fueron llamados a declarar. En primer lugar los de clase más baja, cuyas acusaciones eran incoherentes e inconsistentes, como lo habían sido en el Tribunal de Anás, y no sirvieron para nada. Luego, los principales testigos, los fariseos y saduceos reunidos en Jerusalén provenientes de todos los lugares del país. Hablaban con calma pero sus maneras y la expresión de sus caras delataban que estaban repitiendo acusaciones aprendidas a las que, por otra parte, Jesús ya había respondido mil veces. Que curaba a los enfermos y echaba a los demonios por arte de éstos; que violaba el sábado; que sublevaba al pueblo; que llamaba a los fariseos raza de víboras y adúlteros; que había predicho la destrucción de Jerusalén; que frecuentaba a los publicanos y los pecadores; que se hacía llamar rey, profeta, Hijo de Dios, que siempre hablaba de su reino; que repudiaba el divorcio; que se llamaba Pan de la Vida, y decía quien no comiera su carne y bebiera su sangre no tendría vida eterna, etc.

De esta manera, sus palabras, sus enseñanzas y sus parábolas fueron siendo desfiguradas, mezcladas con injurias y presentadas como crímenes. Pero se contradecían unos a otros y perdían el hilo de sus relatos. El uno decía: «Se autoproclama rey.» El otro: «No permite que lo llamen así, y cuando han querido proclamarlo rey él se ha marchado.» Un tercero gritaba: «Dice que es Hijo de Dios.» Algunos decían que los había curado, pero que habían vuelto a caer enfermos, que sus curas eran sólo sortilegios. Los fariseos de Seforis, con los cuales había discutido una vez sobre el divorcio, le acusaban de predicar falsas doctrinas; y un joven de Nazaret, a quien Jesús no quiso como discípulo, tuvo la bajeza de atestiguar contra él. Sin embargo, no eran capaces de establecer ninguna acusación bien fundamentada. Los testigos comparecían más bien para insultarlo que para citar hechos. Discutían entre sí, se contradecían, y mientras tanto Caifás y otros miembros del Consejo se dedicaban a injuriar a Jesús. «¿Qué clase de rey eres tú? Muéstranos tu poder. Llama a esas legiones de ángeles de las que hablaste en el huerto de los Olivos. ¿Qué has hecho del dinero de las viudas y los locos a quienes has engañado? Más te valdría haber callado ante gente de tan pocas luces: has hablado de más.»

Todos estos discursos estaban acompañados de golpes propinados por los empleados subalternos del Tribunal. Algunos miserables decían que era hijo ilegítimo; otros, al contrario, decían que su madre había sido una virgen piadosa en el Templo, que la habían visto casarse con un hombre temeroso de Dios. Reprochaban a Jesús y sus discípulos que no sacrificasen en el Templo. Esta acusación no tenía ningún valor, pues los esenios no hacían ningún sacrificio, y no estaban sujetos por ello a ninguna pena.

Algunos dijeron que había celebrado la Pascua en la víspera, y que eso iba contra la ley, y que el año anterior había hecho modificaciones en la ceremonia. Pero los testigos se contradecían tanto que Caifás y los suyos estaban llenos de rabia y de vergüenza, al ver que no encontraban contra Él ni un sólo argumento. Nicodemo demostró con textos antiguos que, desde tiempo inmemorial, los galileos tenían el permiso para celebrar la Pascua un día antes, añadiendo que por tanto la ceremonia había sido conforme a la ley y que algunos empleados del Templo habían participado en ella. Los fariseos lo miraron con furia e hicieron que continuara la audiencia de los testigos cada vez con más precipitación e imprudencia, con lo que no hacían más que revelar que sus únicos motivos eran la envidia y la maldad. Finalmente, presentaron dos testigos que dijeron: «Jesús aseguró que derribaría el Templo edificado por las manos de los hombres y que en tres días lo reedificaría sin intervención humana.» Pero tampoco éstos se pusieron totalmente de acuerdo en a qué Templo se refería Jesús, si al de Jerusalén o al lugar donde había celebrado la Cena pascual.

La cólera de Caifás era indescriptible, pues las crueldades ejercidas contra Jesús, las contradicciones de los testigos y la infatigable paciencia del Salvador, empezaban a producir una viva impresión sobre muchos de los presentes. Algunas veces la multitud silbaba a los testigos, el silencio de Jesús conmovía a algunos de los presentes, y diez soldados se sintieron tan trastornados por lo que estaban viendo que se retiraron bajo el pretexto de que estaban enfermos. Al pasar cerca de Pedro y de Juan les dijeron: «El silencio de Jesús de Nazaret ante un trato tan cruel es sobrehumano y partiría hasta un corazón de hierro. Decidnos, ¿adónde debemos ir?» Los dos apóstoles desconfiaban de ellos, pues reconocieron en ellos a algunos de los que habían prendido a Jesús, por lo que les respondieron en tono melancólico: «Si la verdad os llama, seguidla, y ella os guiará.» Entonces aquellos hombres salieron de la ciudad, encontraron a otros que los condujeron al otro lado del monte de Sión, a las grutas al sur de Jerusalén; hallaron en ellas a muchos discípulos escondidos que tuvieron miedo de ellos, pero los soldados pronto calmaron a sus hombres y les contaron los padecimientos de Jesús.

El intemperante Caifás, ya totalmente exasperado por los discursos contradictorios de los testigos, se levantó, bajó dos escalones y dijo a Jesús: «¿Es que no vas a responder nada a lo que aquí está diciéndose de ti?»

Estaba muy irritado porque Jesús no le miraba. Entonces los esbirros, asiéndolo por los cabellos, le echaron la cabeza atrás y lo llenaron de golpes, pero los ojos de Jesús permanecieron bajos. Caifás levantó las manos con viveza y dijo con tono de rabia: «Yo te conjuro por el Dios vivo a que nos digas si tú eres el Cristo, el Mesías, el Hijo de Dios.» Se hizo un profundo silencio, y Jesús, con una voz llena de indecible majestad, hablando por su boca el Verbo Eterno, dijo: «Tú lo has dicho. Y yo te digo más: Veréis al Hijo del Hombre sentado a la derecha del Padre, entre las nubes del cielo.» Mientras Jesús decía estas palabras, yo le vi resplandecer, el cielo se abrió sobre él; no hay palabras humanas para expresarlo, vi a Dios, Padre Todopoderoso, vi a los ángeles y la oración de los justos como si clamasen y rezasen por Jesús. Me parecía oír la voz del Padre Divino a la vez que la de Jesús. Al mismo tiempo, vi abrirse el infierno debajo de Caifás, como una bola de fuego oscura llena de horribles figuras. Parecía sólo que una fina tela lo separase de él. Vi toda la rabia de los demonios concentrada contra Jesús. Vi muchos espectros horrendos entrar en la mayor parte de los asistentes. Y en ese momento, Nuestro Señor pronunció sus solemnes palabras: «Yo soy el Cristo, el hijo del Dios vivo.»

Entonces Caifás se irguió inspirado por el infierno, tomó el borde de su capa, lo cortó con su cuchillo y rasgándolo con solemnidad exclamó con voz grave: «¡Ha blasfemado! ¿Para qué necesitamos testigos? Todos hemos oído su blasfemia. ¿Cuál es vuestra sentencia?» Entonces, todos los presentes gritaron con voz terrible: «¡Es reo de muerte! ¡Es reo de muerte!» Durante este horrible griterío el furor del infierno llegó a su colmo. Parecía que las tinieblas celebraran su triunfo sobre la luz. Todos los que allí estaban y conservaban en ellos algo de bondad, fueron penetrados de tal horror que muchos se cubrieron la cabeza y se fueron. Los testigos más ilustres abandonaron turbados la sala donde ya no eran necesarios. Los demás se dirigieron al atrio, alrededor del fuego, donde les dieron de comer y de beber. El Sumo Sacerdote dijo a los esbirros: «Os entrego a este rey, rendid al blasfemo los honores que merece.» En seguida se retiró con los miembros del Consejo a la sala ovalada situada detrás del Tribunal, y que quedaba fuera de la vista del atrio.

En medio de su amarga aflicción, Juan se acordó de la Santísima Madre de Jesús. Temió que la terrible noticia de la condena de su hijo llegara a sus oídos por boca de un enemigo que se diera de la manera más dolorosa; miró a Nuestro Señor, y dijo en voz baja: «Señor, Tú sabes por qué me marcho», y se fue del Tribunal a ver a la Virgen, como un enviado del mismísimo Jesús. Pedro, lleno de angustia y dolor, y sintiendo más penetrante el frío de la mañana, se acercó tímidamente a la lumbre del atrio, donde mucha gente estaba calentándose. Intentó ocultar su pena ante ellos, pero no podía irse de allí y dejar a su amado Maestro.

JESÚS ES VEJADO E INSULTADO

En cuanto Caifás salió del Tribunal con los miembros del Consejo, una multitud de miserables se precipitó sobre Nuestro Señor como un enjambre de avispas irritadas. Mientras se interrogaba a los testigos, los esbirros y otros miserables habían ido arrancando puñados de pelo de la barba de Jesús, le habían escupido, dado bofetadas, pegado con palos y pinchado con agujas. Ahora se entregaban ya sin freno a su rabia insensata. Le ponían sobre la cabeza coronas de paja y de corteza de árbol, y se las volvían a quitar saludándolo con expresiones insultantes. Le decían: «Ved aquí al Hijo de David llevando la corona de su padre.» «He aquí al más grande que Salomón.» Así ridiculizaban las verdades eternas, que Jesús había predicado en forma de parábolas a aquellos a quienes venía a salvar. Después le pusieron una nueva corona sobre la cabeza, le arrancaron las vestiduras y el escapulario y le echaron en su lugar sobre los hombros una capa vieja hecha jirones, que por delante le llegaba apenas a las rodillas, le rodearon el cuello con una larga cadena de hierro, cuyas pesadas puntas en forma de anillos con púas le ensangrentaban las rodillas al caminar. Le ataron de nuevo las manos sobre el pecho, colocaron una caña entre ellas y le escupieron a la cara. Habían vertido toda especie de inmundicias sobre su cabeza, sobre su pecho y sobre la parte superior de la ridícula capa. Le taparon los ojos con un sucio trapo y le pegaban y le gritaban: «Oh, Cristo, profetiza quién te ha pegado.» Jesús no abría la boca, rogaba por ellos interiormente y suspiraba. En este estado, lo arrastraron con la cadena hasta la sala adonde se había retirado el Consejo. «Adelante, rey de paja —gritaban, pegándole con palos nudosos—, tienes que presentarte ante el Consejo con las insignias que has recibido de nosotros.» Una vez dentro, redoblaron sus burlas, riéndose de las cosas más sagradas. Cuando le escupían y le echaban lodo en la cara, le decían: «Recibe la unción, tu unción regia.» Y a continuación: «¿Cómo te atreves a presentarte en este estado delante del Gran Consejo? Tú siempre hablas de purificación y tú mismo no estás purificado; pero nosotros vamos a lavarte.» Y cogiendo un vaso de agua sucia e infecta, se lo vertieron sobre la cara y los hombros, postrándose de rodillas ante él y diciendo: «Ésta es tu preciosa unción, tu agua de nardo que costó trescientos dinares, tu bautismo en la piscina de Betesda», parodiando así impíamente el bautismo, y a la Magdalena vertiendo perfume sobre su cabeza.

Estas burlas establecían, sin darse cuenta, la semejanza entre Jesús con el cordero pascual, pues las víctimas de la Pascua habían sido lavadas primero en el estanque vecino a la puerta de las Ovejas, y después habían sido llevadas a la piscina de Betesda, donde habían recibido una aspersión ceremonial antes de ser sacrificadas en el Templo.

A continuación, arrastraron a Jesús alrededor de la sala, ante los miembros del Consejo, que continuaban dirigiéndose a él en un lenguaje insultante y abusivo. Vi que todo estaba lleno de figuras diabólicas. Pero alrededor de Jesús, desde que había dicho que era el Hijo de Dios, se veía un halo de luz. Muchos de los presentes debieron de percibir confusamente esto mismo, y veían con consternación que ni los ultrajes ni la ignominia alteraban su inexplicable majestad. Redoblábase con esto la rabia de ellos.

LA NEGACIÓN DE PEDRO

Conteniendo a duras penas sus lágrimas y su tristeza, Pedro se había acercado a la lumbre del atrio, silencioso y ensimismado. Pero entre los que alardeaban de su mal trato hacia Jesús y contaban sus gestas, su silencio y su tristeza lo hacían sospechoso. La portera se acercó al fuego escuchando las conversaciones y entonces, mirando a Pedro abiertamente, le dijo: «Tú estabas también con Jesús el Galileo.» Pedro, asustado, temiendo ser maltratado por aquellos hombres groseros, respondió: «Mujer, yo no lo conozco; no sé por qué dices eso.» Entonces se levantó y queriendo apartarse de aquella compañía, se dirigió hacia el patio: en ese momento el gallo cantaba en la ciudad. No recuerdo haberlo oído, pero me parece que así fue. Cuando Pedro se iba, otra criada lo miró y dijo a los que estaban cerca: «Éste estaba también con Jesús de Nazaret», y los que habían junto a ella dijeron también: «Es cierto. ¿No eres tú uno de sus discípulos?» Pedro, cada vez más alarmado, replicó de nuevo, y dijo: «Yo no era su discípulo; no conozco a ese hombre.»

Atravesando el primer patio llegó al patio exterior. Lloraba y su angustia y su pena eran tan grandes, que apenas se acordaba de lo que acababa de decir. En el patio exterior había mucha gente, algunos se habían subido sobre la tapia para oír algo. Había allí también algunos amigos y discípulos de Jesús a quienes la inquietud había hecho salir de las cavernas de Hinnón. Se acercaron a Pedro y le hicieron preguntas; pero éste estaba tan agitado que les aconsejó en pocas palabras que se retirasen, porque corrían peligro. En seguida se alejó de ellos, y ellos se fueron a su vez para volver a sus refugios. Eran dieciséis y, entre ellos reconocí a Bartolomé, Natanael, Saturnino, Judas Barnabás, Simeón (que fue después obispo de Jerusalén), Zaqueo y Manahén, el ciego de nacimiento curado por Jesús.

Pedro no podía hallar reposo y su amor a Jesús lo llevó de nuevo al patio interior que rodeaba el edificio. Lo dejaban entrar porque José de Arimatea y Nicodemo lo habían introducido al principio. No entró en el atrio, sino que torció a la derecha y entró en la sala ovalada de detrás del Tribunal, en donde la chusma paseaba a Jesús en medio del griterío. Pedro se acercó tímidamente y, aunque vio que lo observaban como a un hombre

sospechoso, no pudo evitar mezclarse con la gente que se agolpaba a la puerta para mirar. Jesús llevaba su corona de paja sobre la cabeza y miró a Pedro con tal tristeza y severidad que a éste se le partió el corazón. Pero no había superado su miedo y como oía decir a algunos «¿Quién es este hombre?», se volvió perturbado al patio; como allí también lo observaban, se acercó a la lumbre del atrio y se sentó un rato junto al fuego. Pero algunas personas que habían observado su agitación, se pusieron a hablarle de Jesús en términos injuriosos. Una de ellas le dijo: «Tú eres también uno de sus partidarios; eres galileo, tu acento te delata.» Cuando Pedro procuraba retirarse, un hermano de Maleo, acercándosele, le dijo: «¿No eres tú el que estaba con ellos en el huerto de los Olivos, el que le ha cortado la oreja a mi hermano?» Pedro, casi enloquecido de terror, empezó a balbucear jurando que no conocía a aquel hombre, y se fue corriendo del atrio al patio interior. Entonces el gallo cantó de nuevo, y Jesús, que en ese momento era conducido a la prisión a través del patio volvió a mirar a su apóstol con pena y compasión. Esa mirada le llegó a Pedro hasta lo más hondo, y recordó entonces las palabras de Jesús: «Antes de que el gallo cante dos veces tú me negarás tres veces.» Había olvidado sus promesas de morir antes que negarlo, y había olvidado sus advertencias; pero, cuando Jesús lo miró, sintió cuán enorme era su culpa y su corazón se consumió de tristeza. Había negado a su Maestro cuando estaba siendo ultrajado, cuando había sido entregado a jueces inicuos, mientras sufría en silencio y con paciencia todos sus tormentos. Abatido por el arrepentimiento, volvió al patio exterior, con la cabeza cubierta, llorando amargamente. Ya no temía que le interpelaran; en esos momentos hubiera dicho a todo el mundo quién y cuán culpable era. ¿Quién, en medio de tantos peligros, de la aflicción, la angustia, entregado a una lucha tan violenta entre el amor y el miedo, exhausto, asediado por el miedo y una pena enloquecedora, con una naturaleza ardiente y sencilla como la de Pedro, se atreve a decir que hubiese sido más fuerte que él? Nuestro Señor lo dejó abandonado a sus propias fuerzas y Pedro fue débil, como todos los que olvidan sus palabras: «Velad y orad para que no caigais en la tentación.»

MARÍA EN CASA DE CAIFÁS

La Santísima Virgen estaba constantemente en comunicación espiritual con Jesús. María sabía todo lo que le sucedía; sufría con Él, rogaba como Él por sus verdugos, pero su corazón materno suplicaba también a Dios para que no permitiera que se consumara este crimen, para que apartara aquel sufrimiento de su Santísimo Hijo, y tenía un deseo irresistible de acercarse a Jesús. Cuando Juan llegó a casa de Lázaro y le contó el horrible espectáculo a que había asistido, le pidió que, junto con

Magdalena y algunas de las santas mujeres la acompañara al lugar donde Jesús estaba sufriendo. Juan, que sólo se había alejado de su Divino Maestro para consolar a la que estaba más cerca de su corazón después de Él, accedió al instante, y condujo a las santas mujeres por las calles iluminadas por la luna, cruzándose con gente que volvía a su casa. Las mujeres iban con la cabeza cubierta, pero sus sollozos atrajeron sobre ellos la atención de algunos grupos, y tuvieron que oír palabras injuriosas contra Jesús. La Madre de Jesús, que había contemplado en espíritu el suplicio de su Hijo, guardó todas esas cosas en su corazón, junto con todo lo demás. Como Él, sufría en silencio pero más de una vez cayó sin conocimiento. Una de las veces que yacía desmayada en los brazos de las santas mujeres, bajo un portal de la villa interior, algunas gentes bien intencionadas que volvían de la casa de Caifás la reconocieron y se pararon un instante llenos de sincera compasión y la saludaron con estas palabras: ¡Te saludamos, desgraciada Madre!, ¡oh, la más afligida de las Madres!, ¡oh, Madre del Más Sagrado Descendiente de Israel!» María volvió en sí y les dio las gracias con afecto, y después continuó su triste camino.

Conforme se acercaba a la casa de Caifás, al pasar por el lado opuesto a la entrada, se tropezaron con un nuevo dolor, pues tuvieron que atravesar por un lugar donde estaban construyendo la cruz de Jesús debajo de una tienda. Los enemigos de Jesús habían mandado preparar una cruz en cuanto fueron a prenderlo, a fin de ejecutar la sentencia en cuanto fuese pronunciada por Pilatos, a quien confiaban en convencer fácilmente. Los romanos habían preparado ya cruces para dos ladrones y los trabajadores que tenían que hacer la de Jesús, maldecían por tener que trabajar por la noche; sus palabras atravesaron el corazón de María, que rogó por aquellas ciegas criaturas que construían blasfemando el instrumento de la redención de ellos y del suplicio de su Hijo. María, Juan y las santas mujeres, atravesaron el patio interior de la casa de Caifás y se detuvieron en la entrada de la sala. Ella estaba impaciente porque la puerta fuera abierta, pues sentía que sólo ella la separaba de su Hijo, quien al segundo canto del gallo había sido conducido a un calabozo que estaba debajo de la casa. La puerta se abrió al fin lentamente y Pedro se precipitó afuera, las manos extendidas, la cabeza cubierta y llorando amargamente. Reconoció a Juan y a la Virgen a la luz de las antorchas y de la luna, y fue como si su conciencia, despierta por la mirada del Hijo, redoblara ahora sus remordimientos ante la persona de la Madre. María le preguntó: «Simón, ¿qué ha sido de Jesús, mi Hijo?» Y estas palabras penetraron hasta lo íntimo de su alma, de forma que no pudo resistir su mirada y le dio la espalda retorciéndose las manos; pero María se acercó a él y le dijo con una profunda tristeza: «Simón, hijo de Juan, ¿por qué no me respondes?» Entonces Pedro exclamó llorando: «¡Oh, María!, tu Hijo está sufriendo más de lo que puedo expresar, no me hables. Ha sido condenado a muerte, yo he

renegado de Él tres veces.» Juan se acercó para hablarle, pero Pedro, como fuera de sí, huyó del patio y se fue a la caverna del monte de los Olivos donde la piedra conservaba la huella de las manos de Jesús. Yo creo que en esa misma caverna fue donde nuestro padre Adán se refugió para llorar tras la caída.

La Santísima Virgen sentía en su herido corazón una inexpresable aflicción con este nuevo dolor de su Hijo, negado por el discípulo que lo había reconocido el primero como Hijo de Dios; incapaz de aguantarse en pie, cayó desfallecida cerca de la piedra en que se apoyaba la puerta y la marca de su mano y de su pie se imprimieron en ella. Las puertas del patio se quedaron abiertas a causa de la multitud que se retiraba después del encarcelamiento de Jesús. Cuando la Virgen volvió en sí, quiso acercarse a su Hijo. Juan la condujo delante de donde Nuestro Señor estaba encerrado. María oyó los suspiros de su Hijo y las injurias de los que lo rodeaban. Las santas mujeres no podían permanecer allí mucho tiempo sin ser vistas. Magdalena mostraba una desesperación demasiado evidente y muy violenta; en cambio, la Virgen por la gracia de Dios Todopoderoso, en lo más profundo de su dolor, conservaba la calma y la dignidad exterior. Entonces, fue reconocida y tuvo que oír estas crueles palabras: «¿No es ésta la Madre del Galileo? Su Hijo va a ser crucificado, pero no antes de la fiesta. A no ser que en efecto sea uno de los más grandes criminales.»

La Santísima Virgen abandonó el patio y se fue junto a la lumbre, en el atrio, donde todavía quedaba un resto del populacho. En el sitio exacto donde Jesús había dicho que era el Hijo de Dios y donde los hijos de Satanás habían gritado «Es reo de muerte», María perdió el conocimiento, y Juan y las santas mujeres tuvieron que recogerla, más muerta que viva. La gente no dijo nada y guardó un extraño silencio; como si un espíritu celestial hubiera atravesado el infierno. Las santas mujeres y Juan volvieron a pasar por el sitio donde estaban construyendo la cruz. Los obreros parecían encontrar tantas dificultades para acabarla como los jueces habían encontrado para poder pronunciar la sentencia. Sin cesar tenían que traer madera porque tal o cual pieza no servía o se rompía, hasta que los diferentes tipos de madera estuvieran combinados del modo que Dios quería. Vi que los santos ángeles los obligaban a empezar de nuevo hasta que todo fuese hecho como estaba escrito; pero no recuerdo muy bien todas las circunstancias, así que lo dejaré correr.

JESÚS EN LA CÁRCEL

Jesús estaba encerrado en un pequeño calabozo de bóveda, del cual se conserva todavía una parte, bajo la sala de juicios de Caifás. Dos de los cuatro esbirros se quedaron con él, pero pronto fueron relevados por otros.

No le habían devuelto aún sus vestidos y seguía cubierto con la capa ridícula que le habían puesto. Le habían atado de nuevo las manos.

Cuando el Salvador entró en prisión, pidió a su Padre celestial que aceptara todos los ultrajes, insultos y golpes que había sufrido y que tenía aún que sufrir como un sacrificio expiatorio por sus verdugos y por todos los hombres que en sus padecimientos se dejaran llevar de la impaciencia o de la cólera. Los enemigos de Nuestro Señor no le dieron ni un solo instante de reposo. Lo ataron a un pilar en medio del calabozo y no le permitieron que se apoyara en él, de modo que apenas podía tenerse sobre sus pies, cansados, heridos e hinchados. Es imposible describir todo lo que estos hombres crueles hicieron sufrir al Santo de los Santos, porque su vista me afectaba de tal modo que me sentía verdaderamente enferma, como a punto de morir. ¡Qué vergonzoso, en efecto, que nuestra flaqueza nos impida contar sin repugnancia los innumerables ultrajes que el Redentor padeció por nuestra salvación! Jesús lo sufría todo sin abrir la boca, y fueron los hombres pecadores quienes perpetraron todos los ultrajes contra quien era su Hermano, su Redentor y su Dios. Jesús en su prisión, seguía rogando por sus enemigos, y cuando al fin le dieron un instante de reposo, le vi apoyado sobre el pilar y todo rodeado de luz. Estaba llegando el amanecer del día de su Pasión, del día de nuestra Redención, y se anunciaba con un tembloroso rayo de luz que entraba por el respiradero del calabozo, sobre nuestro cordero pascual cubierto de heridas. Jesús levantó sus manos atadas hacia la luz y dio gracias a su Padre en voz alta por el don de ese día deseado por los patriarcas y profetas y por el cual él mismo había suspirado con tanto ardor desde su llegada a la tierra, y respecto al cual había dicho a sus discípulos: «Debo ser bautizado con otro bautismo, y viviré esperando que se cumpla.» Jesús saludaba el día con una acción de gracias tan conmovedora en medio de sus sufrimientos que yo me sentía enormemente emocionada e intentaba repetir cada una de sus palabras como un niño. Era un espectáculo que rompía el corazón verlo acoger así el primer rayo de luz del gran día de su sacrificio. Los esbirros, que parecían haberse dormido un instante, se despertaron y lo miraron con sorpresa, pero no lo interrumpieron. Estaban trastornados y asustados. Jesús debió de estar todavía más o menos una hora en esa prisión.

JUDAS EN EL TRIBUNAL

Mientras Jesús estaba en el calabozo, Judas, que había estado vagabundeando de acá para allá, como un desesperado, por el valle de Hinón, se acercó al Tribunal de Caifás. Llevaba todavía colgada a su cintura la bolsa con las treinta monedas, el precio de su traición. Todo estaba en el mayor silencio, y preguntó a los guardias de la casa, sin darse a

conocer, qué harían con el Galileo. Ellos le dijeron: «Ha sido condenado a muerte y será crucificado.» Fue oyendo aquí y allí hablar de las crueldades ejercidas contra Jesús, de su paciencia y de la solemne declaración que había pronunciado al amanecer delante del Gran Consejo. Judas se retiró detrás del edificio para no ser visto, pues huía de los hombres como Caín, y la desesperación dominaba cada vez más su alma. Pero el sitio adonde había ido a parar, era donde habían estado construyendo la cruz; las diversas piezas de que ésta se componía estaban colocadas en orden, y los obreros dormían junto a ellas. Judas se sintió lleno de horror al ver todo aquello y huyó; había visto el instrumento del cruel suplicio, al que había entregado a su Dios y Maestro. Vagó atenazado por la angustia y finalmente se escondió en los alrededores esperando la conclusión del juicio de la mañana.

EL JUICIO DE LA MAÑANA

Tan pronto como amaneció, Caifás, Anás, los ancianos y los escribas se reunieron de nuevo en la sala grande del Tribunal para celebrar un juicio según las normas, pues no era conforme a la ley que los delitos se juzgasen de noche. Debido a la urgencia, podía haber sólo una instrucción previa. La mayor parte de los miembros del Consejo habían pasado el resto de la noche en casa de Caifás, en donde les habían preparado camas. La asamblea era numerosa y se veía en todos los gestos gran precipitación. Deseaban condenar a Jesús a muerte, pero Nicodemo, José y algunos otros se opusieron a sus demandas y pidieron que se difiriera el juicio hasta después de la fiesta, alegando que una sentencia no podía basarse en las acusaciones presentadas ante el Tribunal porque todos los testigos se habían contradicho entre sí. El Sumo Sacerdote y sus adeptos se irritaron y dieron a entender claramente a los que se les oponían, que siendo ellos mismos sospechosos de haber favorecido la doctrina del Galileo, este juicio les disgustaba porque no les resultaba conveniente. Excluyeron incluso del Consejo a todos los que eran favorables a Jesús. Estos últimos protestaron la decisión y finalmente dijeron que se lavaban las manos de todo lo que allí pudiera decidirse y, abandonando la sala, se retiraron al Templo. Desde aquel día nunca más volvieron a ocupar sus asientos en el Consejo. Caifás ordenó que trajeran a Jesús delante de sus jueces y que estuviesen listos para conducirlo ante Pilatos inmediatamente después. Los esbirros se precipitaron a la cárcel, desataron las manos de Jesús, le arrancaron la capa vieja con que le habían cubierto, lo obligaron a ponerse su túnica cubierta de inmundicias, le rodearon el cuerpo con cuerdas y lo sacaron del calabozo. Todo esto lo hicieron precipitadamente y con una horrible brutalidad. Jesús fue conducido entre la multitud, ya reunidos enfrente de la

casa y, cuando lo vieron tan horriblemente desfigurado por los malos tratos dispensados, vestido sólo con su túnica manchada, en lugar de sentir compasión, lo miraron con disgusto, y el desagrado les inspiró nuevas crueldades; pues la piedad era algo desconocido por el duro corazón de estos judíos.

Caifás, que no hacía el más mínimo esfuerzo por disimular su rabia contra Jesús, que se presentaba delante de él en un estado tan deplorable, le dijo: «Si tú eres el Cristo, si eres el Mesías, dínoslo.» Jesús levantó la cabeza y dijo con gran dignidad y calma: «Si os lo digo, no me creeréis, y si os lo pregunto a vosotros no me responderéis ni me dejaréis marchar; pero desde hoy el Hijo del Hombre estará sentado a la derecha de Dios Todopoderoso.» Se miraron unos a otros y con desdeñosa sonrisa, preguntaron a Jesús: «¿Eres tú, pues, el Hijo de Dios?» Y Jesús respondió: «Tú lo has dicho, lo soy.» Al oír estas palabras exclamaron: «¿Para qué necesitamos más pruebas? Hemos oído la blasfemia de su propia boca.» Mandaron atar de nuevo a Jesús y poner una cadena a su cuello, como se hacía con los condenados a muerte, para conducirlo ante Pilatos. Habían enviado ya un mensajero a éste para avisarle de que iban a llevarle a un criminal, para que lo juzgara, pues era preciso darse prisa a causa de la fiesta. Hablaban entre sí con indignación de la obligación que tenían de ir al gobernador romano para que éste legalizase la sentencia; porque en las materias que no concernían a sus leyes religiosas y las del Templo, no podían ejecutar las sentencias de muerte sin su consentimiento. Uno de los cargos que iban a presentar ante Pilatos era que Jesús era enemigo del Emperador y bajo este aspecto la condena era competencia de Pilatos. Los soldados estaban ya formados delante de la casa; había también muchos enemigos de Jesús y mucha gentuza. El Sumo Sacerdote y una parte de los miembros del Sanedrín iban delante, seguidos por el pobre Salvador rodeado de los esbirros y los soldados. La muchedumbre cerraba la marcha. En este orden bajaron de Sión a la parte inferior de la ciudad, y se dirigieron al palacio de Pilatos. Una parte de los sacerdotes que habían asistido al último juicio se dirigieron al Templo, donde todavía tenían mucho que hacer.

LA DESESPERACIÓN DE JUDAS

Mientras conducían a Jesús a casa de Pilatos, Judas, el traidor, oyó lo que se decía en el pueblo; escuchó palabras como éstas: «Lo llevan ante Pilatos, el Sanedrín lo ha condenado a muerte; el descreído va a ser crucificado; ha sido muy mal tratado; sólo dice que es el Mesías; lo matarán por eso; el descreído que lo ha vendido era uno de sus discípulos», etc. Entonces, la angustia, el arrepentimiento y la desesperación lucharon

en el alma de Judas. Echó a correr, pero el peso de las treinta monedas colgadas de su cintura, era para él como una espuela del infierno; sujetó la bolsa con la mano a fin de que al correr no le molestasen. Corría tan rápido como podía. No para ir a echarse a los pies de Jesús y pedirle perdón; no para morir con Él; no para confesar su crimen, sino para expiar lejos de Él y de los hombres su crimen y el precio de su traición.

Corrió como un insensato hasta el Templo, donde muchos miembros del Consejo se habían reunido después del juicio de Jesús. Se miraron atónitos, y con una risa burlona lanzaron una mirada altiva sobre Judas, quien fuera de sí arrancó de su cintura la bolsa con las treinta monedas y, entregándosela con la mano derecha, dijo desesperado: «Tomad vuestro dinero, con el cual me habéis hecho entregaros a un hombre justo; tomad vuestro dinero y soltad a Jesús. Rompo nuestro pacto; he pecado gravemente vendiendo sangre inocente.» Los sacerdotes lo miraron con desprecio, apartaron sus manos del dinero que les entregaba para no manchárselas tocando la recompensa del traidor y le dijeron: «¿Qué nos importa a nosotros que hayas pecado? Si crees haber vendido sangre inocente, no es asunto nuestro. Nosotros sabemos lo que hemos comprado y lo hallamos digno de la muerte. El dinero es tuyo, no queremos saber más de ti.» Estas palabras dichas en tan duro tono, provocaron en Judas tal rabia y desesperación que se puso frenético; los cabellos se le erizaron sobre la cabeza, rasgó la bolsa que contenía las monedas, las arrojó al suelo del Templo y corrió fuera de la ciudad.

De nuevo lo vi correr como un insensato por el valle de Hinón. Satanás estaba a su lado y, para llevarlo a la desesperación, iba recitándole al oído todas las maldiciones de los profetas sobre esta tierra, donde los judíos habían sacrificado sus hijos a los ídolos. Cuando estaban llegando al torrente de Cedrón y tenían a la vista el monte de los Olivos, el diablo le dijo: «Caín, ¿qué has hecho con tu hermano?» Judas empezó a temblar, volvió los ojos y oyó entonces estas otras palabras: «Amigo, ¿a qué vienes? Judas, ¿vas a entregar al Hijo del Hombre con un beso?» Penetrado de horror hasta el fondo de su alma, comenzó a perder la razón y, entregado a horribles pensamientos, llegó al pie de la montaña. Un lugar desolado, lleno de escombros e inmundicias; el discordante sonido de la ciudad resonaba en sus oídos y Satanás le decía: «Quien vende a alguien y recibe el precio de su traición, merece la muerte. Pon fin a tu desgracia, acaba de una vez, miserable, acaba con la desgracia!» Entonces, Judas, desesperado, cogió su cinturón y se colgó de un árbol que crecía en un hoyo y que tenía muchas ramas. Cuando se hubo ahorcado, su cuerpo reventó y sus entrañas se esparcieron por el suelo.

JESÚS ES CONDUCIDO ANTE PILATOS

La inhumana turba que conducía a Jesús desde Caifás hasta Pilatos, lo llevaron por la parte más frecuentada de la ciudad. Bajaron la montaña de Sión por el lado del norte, atravesaron una calle estrecha situada en su parte baja y se dirigieron por el valle de Acra a lo largo de la parte occidental del Templo, hacia el palacio y el Tribunal de Pilatos, situado al nordeste del Templo, enfrente del gran fortín o de la gran plaza. Caifás, Anás y muchos miembros del Gran Consejo iban delante, con sus vestidos de fiesta, les seguían un gran número de escribas y judíos, entre los cuales estaban todos los falsos testigos y los fariseos que se habían destacado en la acusación de Jesús. A poca distancia seguía el Salvador, rodeado de una tropa de soldados y de seis esbirros, los que habían asistido a su arresto. La muchedumbre afluía de todos lados y se unía a ellos con gritos e imprecaciones; los grupos se atropellaban por el camino. Jesús iba cubierto sólo con su túnica interior, toda llena de inmundicias; de su cuello colgaba la larga cadena, que le golpeaba y hería las rodillas cuando andaba; sus manos estaban atadas como la víspera; los esbirros sostenían los cabos de las cuerdas que le habían atado a la cintura y con ellas lo conducían. Estaba desfigurado por los ultrajes de la noche, pálido, con la cara ensangrentada; las injurias y los malos tratos proseguían sin cesar. Habían reunido mucha gente con objeto de hacer una desgraciada parodia de su entrada triunfal el Domingo de Ramos. Se burlaban llamándole rey, y echaban en el suelo palos y trapos, le cantaban canciones que hacían alusión a su entrada triunfal entre ramos de palma.

En la esquina de un edificio, no lejos de la casa de Caifás, esperaba la Madre de Jesús, junto con Juan y Magdalena esperando verlo. El alma de la Santísima Virgen estaba siempre unida a la de Jesús, pero impulsada por su amor, quería acercarse a Él personalmente. Tras su visita nocturna al Tribunal de Caifás había estado en el cenáculo, sumida en un silencioso dolor; cuando Jesús era sacado de nuevo de la prisión para ser presentado a los jueces, ella se levantó, se puso su velo y su capa y dijo a Juan y a Magdalena: «Sigamos a mi Hijo a casa de Pilatos; tengo que verlo con mis propios ojos.» Se colocaron en un sitio por donde la comitiva debía pasar y esperaron. La Madre de Jesús sabía bien lo horriblemente que estaba sufriendo su Hijo, pero su vista interior nunca habría podido concebir que la crueldad de los hombres lo hubiera dejado tan desfigurado y golpeado; porque, en su figuración, sus grandes dolores aparecían calmados por la santidad, el amor y la paciencia. Pero entonces, se presentó ante su vista la terrible realidad. Primero pasaron los orgullosos enemigos de Jesús, los sacerdotes del Dios verdadero con sus trajes de fiesta, revestidos con sus decisiones tomadas y su alma llena de mentira y maldad. Los sacerdotes de Dios se habían vuelto sacerdotes de Satanás. A continuación, venían los

falsos testigos, los acusadores sin fe, y el pueblo con sus clamores. Al final de todos llegó Jesús, el Hijo de Dios, el Hijo del Hombre, su Hijo, desfigurado, maltratado, atado, empujado, arrastrado, cubierto de una lluvia de injurias y de maldiciones. Él hubiera sido perfectamente irreconocible incluso para su Madre, sí ella no hubiera visto al instante el contraste entre su comportamiento y el de aquellos viles atormentadores Él solo en medio de la persecución sufriendo con resignación. Alzando sus manos sólo para suplicar al Padre Eterno el perdón de sus enemigos.

Cuando Él se acercaba, ella no pudo contenerse y exclamó: «¡Ay! ¿Es éste mi Hijo? Sí, lo es. Es mi amado Hijo. ¡Oh, Jesús, mi Jesús!» Al pasar delante de ellos, Jesús la miró con una expresión de gran amor y ternura y ella cayó totalmente inconsciente. Juan y Magdalena se la llevaron. Pero apenas volvió en sí, se hizo acompañar por Juan al palacio de Pilatos.

Jesús debió de experimentar en este camino la aguda pena de ver cómo hay amigos que nos abandonan en la desgracia. Los habitantes de Ofel, que tanto querían y debían a Jesús, estaban a la orilla del camino y cuando le vieron en aquel estado de abatimiento, su fe se tambaleó, y ya no pudieron seguir creyendo que era un rey, un profeta, el Mesías, el Hijo de Dios. Y los fariseos utilizaban contra ellos el amor que habían sentido por Jesús. Así se enfriaron sus corazones, debido al terrible ejemplo que les daban las personas más respetadas del país, el Sumo Sacerdote y el Sanedrín o Gran Consejo. Los mejores se retiraron dudando, los peores se unieron a la turba en cuanto les fue posible, pues los fariseos habían puesto guardias para mantener el orden.

El palacio de Pilatos y sus alrededores

Al pie del ángulo nordeste de la montaña del Templo está situado el palacio del gobernador romano Pilatos. Queda bastante elevado, pues se accede a él por una gran escalera de mármol, y domina una plaza espaciosa rodeada de columnas bajo cuyos porches se colocan los mercaderes. Un puesto de guardia y cuatro entradas interrumpen esta plaza que los romanos llaman foro. Éste queda más elevado que las calles que salen de ella, y está separada del palacio de Pilatos por un patio espacioso. A este patio se entra por un claustro que hay en su parte oriental, y que da sobre una calle que conduce a la puerta de las Ovejas y al monte de los Olivos; hacia poniente hay otro claustro por donde se va a Sión por el barrio de Acra. Desde la escalera del palacio se ve, hacia el norte, el foro, a cuya entrada hay columnas y bancos, encarados hacia palacio. Los sacerdotes judíos no iban más allá de estos bancos, para no contaminarse. Cerca de la puerta occidental del patio, hay un puesto de guardia que linda al norte con la

plaza y al mediodía con el pretorio de Pilatos. Se llamaba pretorio a la parte del palacio donde Pilatos celebraba los juicios. El puesto de guardia estaba rodeado de columnas, en cuyo centro había un espacio descubierto que debajo tenía las prisiones, en las que en aquellos momentos permanecían cautivos los dos ladrones. Había muchos soldados romanos. No lejos de este puesto de guardia se elevaba sobre la plaza misma la columna donde Jesús sería atado. Enfrente del puesto de guardia, en la propia *plaza.*, hay una elevación con algunos bancos de piedra; es como un Tribunal. Desde este sitio, llamado Gábbata, Pilatos pronuncia sus juicios. La escalera que da al palacio conduce a una terraza descubierta, desde donde Pilatos se dirige a los acusadores, sentados en los bancos de piedra a la entrada de la *plaza.*

JESÚS ANTE PILATOS

Eran poco más o menos las seis de la mañana según nuestra cuenta del tiempo, cuando la tropa que conducía al maltratado Salvador llegó a la plaza frente al palacio de Pilatos. Anás, Caifás y los miembros del Sanedrín se pararon en los bancos que estaban entre la plaza y la entrada del Tribunal. Jesús fue arrastrado más allá, hasta la escalera de Pilatos. Éste se hallaba en la terraza, recostado sobre una especie de sofá y delante tenía una mesa de tres pies. Junto a él, a ambos lados, había oficiales y soldados; próximas al grupo se exhibían las insignias del poder romano. Cuando Pilatos vio llegar a Jesús en medio de un tumulto tan grande, se levantó y habló a los judíos con tono despreciativo: «¿Qué venís a hacer aquí a esta hora? ¿Por qué habéis maltratado al prisionero de esta manera? ¿Empezáis a ejecutar a vuestros criminales antes de que sean juzgados?» Ellos no respondieron, pero dijeron a los guardias: «Adelante, conducidlo al tribunal»; y a Pilatos: «Escucha nuestras acusaciones contra este malhechor. Nosotros no podemos entrar en el Tribunal para no volvernos impuros.» En cuanto hubieron pronunciado estas palabras, un hombre de gran estatura y de aspecto venerable gritó con voz potente: «Así es, no debéis entrar en el pretorio, pues está santificado con sangre inocente. Sólo Él puede entrar ahí, pues sólo Él es tan puro como los inocentes que aquí fueron masacrados.» Quien así había hablado y que a continuación desapareció entre la multitud, se llamaba Sadoch, era un hombre rico, primo de Obed, el marido de Serafia, llamada después Verónica; dos hijos suyos estaban entre los inocentes degollados por orden de Herodes en el patio de aquel Tribunal cuando nació el Salvador.

Tras aquella horrible vivencia él se había retirado del mundo y, junto a su mujer, se había unido a los esenios. Había conocido a Jesús en casa de Lázaro y había escuchado sus enseñanzas, y sus palabras le habían dado

consuelo por primera vez tras el espantoso asesinato de sus hijos; él estaba dispuesto a testimoniar públicamente a favor de Jesús.

Los acusadores de Nuestro Señor estaban irritados por la altivez de Pilatos y por la humilde actitud que tenían que guardar en su presencia. Los brutales guardianes hicieron subir a Jesús los escalones de mármol, y le condujeron así al fondo de la terraza, desde donde Pilatos se dirigía a los sacerdotes judíos. Pilatos había oído hablar mucho de Jesús. Al verlo tan horriblemente desfigurado por los malos tratos recibidos y conservando sin embargo una admirable expresión de dignidad, su desprecio hacia los miembros del Consejo se redobló; les dijo que no estaba dispuesto a condenar a Jesús sin pruebas, y les preguntó en tono imperioso: «¿De qué acusáis a este hombre?» Ellos respondieron: «Si no fuese un malhechor no habríamos acudido ante ti.» Pilatos replicó: «Lleváoslo y juzgadlo según vuestra Ley.» Los judíos le contestaron: «Tú sabes que nosotros no podemos condenar a muerte.» Los enemigos de Jesús estaban furiosos; querían que el juicio hubiese acabado y su víctima ejecutada antes de la fiesta, para poder sacrificar luego el cordero pascual.

Cuando Pilatos finalmente les pidió que presentasen sus acusaciones, alegaron tres principales, apoyada cada una por diez testigos; esforzándose sobre todo en mostrarle a Pilatos que Jesús era el cabecilla de una conspiración contra Roma. Lo acusaron primero de engañar al pueblo, de perturbar la paz pública y excitar a la sedición. Dijeron después que faltaba al sábado curando incluso en ese día. Aquí Pilatos los interrumpió diciendo: «Evidentemente, vosotros no estáis enfermos, porque si no no estaríais tan encolerizados contra la sanación en sábado.» Añadieron que inculcaba al pueblo horribles doctrinas; decía que si no comían su carne y bebían su sangre no alcanzarían la vida eterna. Pilatos miró a sus oficiales sonriéndose, y dijo a los judíos: «Al parecer también vosotros queréis alcanzar la vida eterna; pues parecéis muy deseosos de comer su carne y beber su sangre.»

La segunda acusación contra Jesús era que animaba al pueblo a no pagar el tributo al Emperador. Estas palabras indignaron a Pilatos, que les dijo con un tono autoritario: «¡Eso es un gran embuste! Lo sé mucho mejor que vosotros.» Entonces los judíos profirieron gritando la tercera acusación: «Aunque este hombre es de baja extracción, se ha convertido en cabecilla de muchos y pretende proclamarse rey; estos días pasados hizo una entrada tumultuosa en Jerusalén y se ha hecho dar los honores reales. Ha predicado que era el Cristo, el ungido del Señor, el Mesías, el rey prometido a los judíos.» Esto también fue apoyado por diez testigos.

Esta última acusación de que Jesús se hacía llamar el Cristo, el rey de los judíos, dejó a Pilatos pensativo. Fue desde la terraza al Tribunal, que estaba al lado, echó al pasar una atenta mirada sobre Jesús y mandó a los guardias que lo condujeran a la sala. Pilatos era un pagano supersticioso, de

espíritu ligero y fácil de perturbar. Había oído hablar de los hijos de sus dioses que habían vivido sobre la tierra; tampoco ignoraba que los profetas de los judíos habían anunciado desde hacía mucho tiempo un Ungido del Señor, un Rey Libertador y Redentor, y que muchos judíos lo esperaban. Había oído también de los Reyes del Oriente, que habían visitado al rey Herodes en busca del rey de los judíos. Pero le parecía ridículo que acusaran precisamente a aquel hombre, que se le presentaba en tal estado de abatimiento, de haberse creído ese Mesías y ese rey. Sin embargo, como los enemigos de Jesús habían presentado eso como traición al Emperador, mandó llevar a Jesús a su presencia para interrogarle.

Pilatos miró a Jesús sin poder disimular la impresión que le causaba su porte sereno, y le dijo: «¿Eres tú, pues, el rey de los judíos?» Jesús respondió: «¿Lo preguntas porque tú lo crees posible, o porque otros te lo han dicho?» Pilatos, ofendido porque Jesús pudiera creer que él pudiera hacerse semejante pregunta, le dijo: «¿Soy acaso judío para ocuparme de semejantes necedades? Tu pueblo y sus sacerdotes te han entregado a mis manos, porque, según dicen, mereces morir. Dime lo que has hecho.» Jesús le contestó con majestad: «Mi reino no es de este mundo. Si lo fuese, tendría servidores que lucharían por mí, para no dejarme caer en las manos de los judíos; pero mi reino no es de este mundo.» Pilatos se sintió perturbado con estas solemnes palabras, y le dijo: «Entonces, ¿me estás diciendo que en verdad eres un rey?» Jesús respondió: «Tú lo has dicho, soy un rey. He nacido y he venido a este mundo para dar testimonio de la verdad. El que pertenece a la verdad escucha mi voz.» Pilatos lo miró y, levantándose, dijo: «¿La verdad? ¿Qué es la verdad?» Luego le dijo a Jesús algunas otras cosas que no recuerdo y volvió a la terraza.

Las palabras de Jesús estaban más allá de la comprensión de Pilatos. Pero lo que sí veía éste claro era que no era un rey que pudiera perjudicar al Emperador, puesto que no quería ningún reino de este mundo. Y el Emperador se inquietaba poco de los reinos del otro mundo. Y así dijo a los sacerdotes desde la terraza: «No encuentro ningún crimen en este hombre.» Los enemigos de Jesús se irritaron, y de todas partes se vertió un torrente de acusaciones contra Jesús. Pero Nuestro Señor permanecía silencioso, y oraba por los pobres hombres, y cuando Pilatos se volvió hacia Él diciéndole: «¿No respondes nada a estas acusaciones?», Jesús no pronunció ni una palabra. De modo que Pilatos, sorprendido, le volvió a decir: «Veo claramente que las acusaciones son falsas.» Pero la furia de los acusadores aumentaba cada vez más, y dijeron: «¡Cómo! ¿No hallas crimen en él? ¿Acaso no es un crimen el sublevar al pueblo y extender su doctrina por todo el país, desde Galilea hasta aquí?» Al oír la palabra Galilea, Pilatos reflexionó un momento, y preguntó: «¿Este hombre es galileo y súbdito de Herodes?» «Sí —respondieron ellos—, sus padres han vivido en Nazaret y actualmente está empadronado en Cafarnaum.» «Pues, si es súbdito de

Herodes —replicó Pilatos—, llevádselo a él. Él puede juzgarlo.» Entonces mandó conducir a Jesús fuera y envió un oficial a Herodes para avisarle que le iban a llevar a Jesús de Nazaret, súbdito suyo, para que lo juzgara. Pilatos tenía dos motivos para sentirse satisfecho. Por un lado, se libraba de juzgar a Jesús, pues aquel asunto no le gustaba. Por otro, aprovechaba esta ocasión para complacer a Herodes, quien, según le había dicho, tenía curiosidad por conocer a Jesús.

Los enemigos de Nuestro Señor, furiosos al ver que Pilatos los trataba así en presencia del pueblo, hicieron recaer su rencor sobre Jesús. Lo ataron de nuevo, y arrastrándolo y llenándolo de insultos y golpes, en medio de la multitud que llenaba la plaza, lo llevaron hasta el palacio de Herodes, que no estaba muy distante. Algunos soldados romanos se habían unido a la escolta.

Claudia Procla, mujer de Pilatos, que tenía grandes deseos de hablar con Jesús, mientras conducían a éste a casa de Herodes, subió a escondidas a una galería elevada y desde allí miró con preocupación y angustia cómo se lo llevaban a través del foro.

ORIGEN DE LA DEVOCIÓN DEL VIA CRUCIS

Mientras duró la comparecencia ante Pilatos, la Madre de Jesús, Magdalena y Juan permanecieron en una esquina de la plaza, mirando y escuchando, sumidos en un profundo dolor. Cuando Jesús era conducido a Pilatos, Juan, junto con la Santísima Virgen y Magdalena recorrieron todos los lugares en los que Jesús había estado desde que lo prendieron. Así, volvieron a casa de Caifás, de Anás, por Ofel a Getsemaní, al huerto de los Olivos, y en todos los sitios donde Nuestro Señor se había caído o había sufrido, se paraban en silencio, lloraban y sufrían por Él. La Virgen se prosternó más de una vez y besó la tierra allí donde su Hijo se había caído. Magdalena se retorcía las manos y Juan lloraba, las consolaba, las levantaba, las conducía más lejos. Éste fue el principio del Via Crucis y de los honores rendidos a los misterios de la Pasión de Jesús aun antes de que ésta se cumpliera.

PILATOS Y SU MUJER

Mientras Jesús era conducido a casa de Herodes, yo vi a Pilatos ir con su esposa Claudia Procla. Ella corrió a encontrarse con él y juntos fueron a una casita situada sobre una elevación del jardín, detrás del palacio. Claudia estaba agitada y muy asustada. Era una mujer alta y hermosa, aunque extremadamente pálida. Tenía un velo echado por la

cabeza, pero aun así se veían los cabellos colocados alrededor de la cabeza con algunos adornos; llevaba pendientes, un collar y sobre el pecho una especie de broche que sostenía su largo vestido. Habló durante mucho rato con Pilatos, le rogó que, por todo lo que para él fuera más sagrado, que no le hiciese ningún mal a Jesús, el profeta, el Santo de los Santos, y le relató los extraordinarios sueños y visiones que había tenido sobre Jesús la noche anterior. Mientras hablaba, yo vi la mayor parte de estas visiones; pero tengo más confuso cómo seguían. En primer lugar, ella vio las principales circunstancias de la vida de Jesús: la Anunciación de María, el Nacimiento de Jesús, la Adoración de los pastores y de los reyes, la huida a Egipto, la tentación en el desierto, etc. Jesús siempre se le apareció rodeado por un halo de luz, y vio también la maldad y la crueldad de sus enemigos bajo las formas más horribles, vio sus padecimientos infinitos, su paciencia y su amor inagotables, así como la angustia de su Madre. Estas visiones le causaron gran inquietud y tristeza. Había sufrido toda la noche y había visto cosas unas veces muy claras y otras muy confusas y, cuando aquella mañana la había despertado el ruido de la tropa que conducía a Jesús, miró hacia ellos. Y entonces, vio a Nuestro Señor, reconoció a aquel de quien tantas cosas aquella noche le habían sido reveladas; ahora desfigurado, herido, maltratado por sus enemigos. Su corazón se había trastornado ante lo que vio, y por eso había ido a buscar a Pilatos, y le había contado con vehemencia y emoción todo lo que le acababa de suceder. Ella no lo comprendía por completo y no podía expresarlo bien, pero rogaba, instaba, suplicaba encarecidamente a su marido en los más afectuosos términos que escuchara su súplica.

Pilatos estaba atónito y perturbado; unía lo que decía su mujer con lo que había ido oyendo aquí y allí sobre Jesús, se acordaba de la furia de los judíos, del silencio de Jesús, de sus misteriosas respuestas a sus preguntas. Dudó durante algún rato pero finalmente cedió a los ruegos de su mujer y le dijo que no lo condenaría, porque había visto que todas las acusaciones eran maquinaciones de los judíos. Le contó también las propias palabras que había oído de Jesús y prometió a su mujer no condenarlo; como prenda de su promesa le dio un anillo.

Pilatos era un hombre corrompido, indeciso, ambicioso y al mismo tiempo extremadamente orgulloso; no retrocedía ante las acciones más vergonzosas si éstas podían beneficiarlo, y al mismo tiempo se dejaba llevar por las supersticiones más ridículas cuando estaba en una situación difícil. En esa circunstancia consultaba sin cesar a sus dioses, a los cuales ofrecía incienso en un lugar secreto de su casa, pidiéndoles señales. Una de sus prácticas supersticiosas era ver comer a los pollos sagrados. Pero todas estas cosas me parecían tan ignominiosas y tan infernales, que yo volvía la cara con horror. Sus pensamientos eran confusos, y Satanás le inspiraba tan pronto un proyecto como otro. Primero quería libertar a Jesús como

inocente, después temía que sus dioses se vengaran de él, porque tenía a Jesús por una especie de semidios, que podía perjudicar a sus dioses, con lo que su muerte sería un triunfo de éstos. Luego, se acordaba de las visiones de su mujer y tenían un gran peso en la balanza en favor de la libertad de Jesús. Acabó por decidirse por esta última opinión. Quería ser justo, pero tenía que anteponer sus objetivos, por la misma razón por la que había preguntado a Jesús: «¿Qué es la verdad?» La mayor confusión reinaba en sus ideas e influía en sus actos, y su único deseo era no arriesgarse.

Cada vez era mayor el número de gente que se agolpaba en la plaza y en la calle por donde debían conducir a Jesús. Los grupos se formaban según unas ciertas pautas, dependiendo de la población, de donde cada uno había subido a la fiesta. Los fariseos, los más rencorosos de todos, estaban con sus correligionarios, trabajando y excitando a los indecisos contra Jesús. Los soldados romanos eran numerosos en el puesto de guardia de Pilatos, y muchos de ellos se habían mezclado con la muchedumbre.

JESÚS ANTE HERODES

El palacio del tetrarca Herodes estaba situado al norte de la plaza, en la parte nueva de la ciudad. No estaba lejos del de Pilatos. Una escolta de soldados romanos, la mayor parte originarios de los países situados entre Italia y Suiza, se habían unido a la de los judíos, y los enemigos de Jesús, furiosos por los paseos que les hacían dar, no cesaban de ultrajar al Salvador y de maltratarlo. Herodes, habiendo recibido el aviso de Pilatos, estaba esperando en una sala grande, sentado sobre almohadones que formaban una especie de trono. Estaba rodeado por cortesanos y guerreros. El Sumo Sacerdote y los miembros del Consejo entraron y se acercaron a él. Jesús se quedó en la puerta. Herodes se sentía muy halagado al ver que Pilatos reconocía, en presencia de los sacerdotes judíos, su derecho a juzgar a un galileo. También se alegraba de ver ante él, en un estado de humillación y degradación, a aquel Jesús que nunca se había dignado presentarse. Juan el Bautista había hablado de Jesús en términos tan magníficos, y había oído tantos relatos sobre él contados por los herodianos y todos sus espías, que su curiosidad estaba muy excitada. Tenía la maravillosa oportunidad de someterlo a interrogatorio delante de los cortesanos y de los miembros del Sanedrín y así poder mostrar su erudición. Pilatos le había mandado decir que él no había hallado ningún crimen en aquel hombre, y él creyó que aquello era un aviso para que tratase con desprecio a los acusadores. Lo hizo así, con lo que aumentó la furia de éstos de manera indescriptible.

En cuanto estuvieron en presencia de Herodes empezaron a vociferar sin orden las acusaciones, pero Herodes miró a Jesús con curiosidad. Sin

embargo, cuando lo vio tan desfigurado, lleno de golpes, con el cabello en desorden, la cara ensangrentada y la túnica manchada, aquel príncipe voluptuoso y afeminado sintió una mezcla de asco y compasión, pronunció el nombre de Dios, volvió la cara con repugnancia y dijo a los sacerdotes: «Lleváoslo y lavadlo; ¿cómo podéis traer a mi presencia un hombre tan sucio y tan lleno de heridas?» Los esbirros llevaron a Jesús al patio, cogieron agua en un cubo y lo limpiaron sin dejar de maltratarlo. Herodes reprendió a los sacerdotes por su crueldad, queriendo imitar la conducta de Pilatos, y les dijo: «Ya se ve que ha caído entre las manos de los carniceros; comenzáis las inmolaciones antes del tiempo.» Los sacerdotes repetían con empeño sus quejas y sus acusaciones. Cuando volvieron a traer a Jesús ante él, Herodes, fingiendo compasión, mandó que le dieran al prisionero un vaso de vino para reparar sus fuerzas, pero Jesús negó con la cabeza y no quiso beber. Herodes habló con énfasis y largamente; repitió a Jesús todo lo que sabía de Él, le hizo muchas preguntas y le pidió que obrara un prodigio. Jesús no respondía una palabra y se mantenía ante él con los ojos bajos, lo que irritó y desconcertó a Herodes. Sin embargo, no quiso exteriorizarlo y prosiguió con sus preguntas. Primero manifestó sorpresa y quiso ser persuasivo: «¿Cómo es posible que te traigan ante mí como a un criminal? He oído hablar mucho de ti. Sabes que me has ofendido en Tirza, cuando has libertado, sin mi permiso, a los presos que yo tenía allí. Pero seguro que lo hiciste con buena intención. Ahora que el gobernador romano te envía a mí para juzgarte, ¿qué tienes que responder a las cosas de que se te acusa? ¿Guardas silencio? Me han hablado mucho de la sabiduría de tus doctrinas. Quisiera oírte responder a tus acusaciones. ¿Qué dices? ¿Es verdad que eres el rey de los judíos? ¿Eres tú el Hijo de Dios? ¿Quién eres? Dicen que has hecho grandes milagros, haz alguno delante de mí. Tu libertad depende de mí. ¿Es verdad que has dado la vista a los ciegos de nacimiento, resucitado a Lázaro de entre los muertos, dado de comer a millares de hombres con unos cuantos panes? ¿Por qué no respondes? Hazme caso, obra uno de tus prodigios, eso te será útil.» Como Jesús continuaba callando, Herodes siguió hablando con más insistencia: «¿Quién eres tú? ¿Quién te dio ese poder? ¿Por qué lo has perdido ya? ¿Eres tú ese hombre cuyo nacimiento se cuenta de una manera maravillosa? Unos reyes del Oriente vinieron a ver a mi padre para saber dónde podían encontrar al rey de los judíos recién nacido, ¿es verdad, como dicen, que ese niño eres tú? ¿Cómo pudiste escapar de la muerte que sufrieron tantos niños? ¿Cómo pudo ser eso? ¿Por qué han pasado tantos años sin que supiéramos de ti? ¡Responde! ¿Qué especie de rey eres tú? En verdad que no veo nada regio en ti. Dicen que hace poco te han conducido en triunfo hasta el Templo, ¿qué significa eso? Habla, pues, ¡respóndeme!» Toda esa retahila de palabras no obtuvo ninguna respuesta de parte de Jesús.

Luego me fue mostrado, y yo en realidad lo sabía, que Jesús no le habló porque estaba excomulgado a causa de su casamiento adúltero con Herodías y por haber ordenado la muerte de Juan el Bautista. Anás y Caifás se aprovecharon del enfado que le causaba el silencio de Jesús y comenzaron otra vez sus acusaciones. Le dijeron que Jesús había tachado al propio Herodes de manera que durante años había trabajado mucho para derrocar a su familia; que había querido establecer una nueva religión y que había celebrado la Pascua la víspera. Herodes, aunque irritado contra Jesús, no perdía nunca de vista sus proyectos políticos. No quería condenar a Jesús porque sentía ante él un terror secreto y tenía con frecuencia remordimientos por la muerte de Juan el Bautista; además, detestaba a los sacerdotes, que no habían querido excusar su adulterio y lo habían excluido de los sacrificios a causa de este pecado. Y sobre todo, no quería condenar a alguien a quien Pilatos había declarado inocente, y él quería devolverle la cortesía y mostrar deferencia hacia la decisión del gobernador romano en presencia del Sumo Sacerdote y los miembros del Consejo. Pero llenó a Jesús de improperios y dijo a sus criados y a sus guardias, cuyo número se elevaba a doscientos en su palacio: «Coged a ese insensato y rendid a ese rey burlesco los honores que merece; es más bien un loco que un criminal.»

Condujeron al Salvador a un gran patio donde lo hicieron objeto de burla y escarnio. Este patio estaba entre las dos alas del palacio, y Herodes los miró algún tiempo desde lo alto de una azotea. Anás y Caifás lo instaron de nuevo a condenar a Jesús, pero Herodes les dijo de modo que lo oyesen los soldados romanos: «Sería un error condenarlo.» Quería decir sin duda que sería un error condenar a quien Pilatos había hallado inocente.

Cuando los miembros del Sanedrín y los demás enemigos de Jesús, vieron que Herodes no quería atender a sus deseos, enviaron algunos de los suyos al barrio de Acra, para decir a muchos fariseos que había en él, que se juntaran con sus partidarios en los alrededores del palacio de Pilatos. Distribuyeron también dinero a la multitud para excitarla a pedir tumultuosamente la muerte de Jesús. Otros se encargaron de amenazar al pueblo con la ira del cielo si no obtenían la muerte de aquel blasfemo sacrilego. Debían añadir que si Jesús no moría, se uniría a los romanos para exterminar a los judíos y que ése era el reino al que siempre se refería. Además, debían hacer correr la voz de que Herodes lo había condenado, pero que era necesario que el pueblo se pronunciara; que se temía que, si se ponía en libertad a Jesús, sus partidarios turbarían la fiesta y los romanos llevarían a cabo una cruel venganza contra los judíos. Extendieron también los rumores más contradictorios y los más adecuados para inquietar al pueblo, a fin de irritarlos y sublevarlos. Algunos de ellos, mientras tanto, daban dinero a los soldados de Herodes, para que maltratasen a Jesús hasta la muerte, pues deseaban que perdiese la vida antes de que Pilatos le concediese la libertad.

Mientras los fariseos estaban ocupados en estos asuntos, Nuestro Salvador sufría los suplicios para los que los soldados de Herodes habían sido comprados. Éstos lo empujaron en el patio, y uno de ellos trajo un gran saco blanco que estaba en el cuarto del portero y que había contenido algodón. Le hicieron un agujero con una espada y entre grandes risotadas se lo echaron a Jesús sobre la *cabeza.* Otro soldado trajo un pedazo de tela colorada y se la pusieron al cuello; entonces se inclinaban delante de Él, lo empujaban, lo injuriaban, le escupían, le pegaban porque no había querido responder a su rey; le dedicaban mil saludos irrisorios, le arrojaban lodo, tiraban de Él como para hacerlo danzar; habiéndole tirado al suelo, lo arrastraron hasta un arroyo que rodeaba el patio de modo que su sagrada cabeza daba contra las columnas y los ángulos de las paredes. Después lo levantaron y comenzaron otra vez los insultos. Había cerca de doscientos criados y soldados de Herodes y cada uno se quería distinguir inventando algún nuevo ultraje para Jesús. Algunos estaban pagados por los enemigos de Nuestro Señor específicamente para darle golpes en la cabeza. Jesús los miraba con un sentimiento de compasión. El dolor le arrancaba suspiros y gemidos, pero éstos eran utilizados por ellos para burlarse más y nadie tenía piedad de él, de su cabeza ensangrentada. Tres veces lo vi caer bajo los golpes, pero vi también ángeles que le ungían la cabeza, y me fue revelado que sin este socorro del cielo los golpes que le daban hubieran sido mortales. Los filisteos que atormentaron al pobre ciego Sansón en la cárcel de Gaza eran menos violentos y menos crueles que aquellos hombres. El tiempo apremiaba; los sacerdotes tenían que ir al Templo, y cuando supieron que allí todo estaba dispuesto, como lo habían mandado, pidieron otra vez a Herodes que condenara a Jesús; pero éste, sordo a sus peticiones, seguía fiel a sus ideas relativas a Pilatos, y le devolvió a Nuestro Señor cubierto de su vestido de escarnio.

JESÚS ES LLEVADO DE HERODES A PILATOS

Los enemigos de Jesús que lo habían llevado de Pilatos a Herodes estaban avergonzados de tener que volver al sitio en donde ya había sido declarado inocente; por eso tomaron otros caminos mucho más largos, para que en otra parte de la ciudad pudieran verlo también en medio de su humillación y asimismo para dar tiempo a sus agentes para que agitaran a las masas según sus proyectos. El camino que siguieron esta vez era más duro y más desigual y en todo el trayecto no cesaron de maltratar a Jesús. La ropa que le habían puesto le dificultaba andar, por lo que se cayó muchas veces en el lodo y ellos lo levantaban a patadas y dándole golpes en la cabeza. Recibió ultrajes infinitos, tanto de parte de los que le conducían, como de la gente que se iba añadiendo por el camino. Jesús

pedía a Dios que no le dejara morir bajo los golpes para poder cumplir su Pasión y nuestra redención. Alrededor de las ocho y cuarto la comitiva llegó al palacio de Pilatos. La multitud era muy numerosa, los fariseos corrían en medio del pueblo y lo excitaban y enfurecían. Pilatos, acordándose de la sedición de los celadores galileos de la última Pascua, había reunido a mil hombres, apostados en los alrededores del pretorio, en foro y ante su palacio. La Santísima Virgen, su hermana mayor María, la hija de Helí, María la hija de Cleofás, Magdalena y alrededor de veinte santas mujeres se habían colocado en un sitio desde donde podían verlo todo. Al principio, Juan estaba también con ellas. Jesús, cubierto de sus vestiduras de loco, era conducido por los fariseos entre los insultos de la muchedumbre, pues éstos habían conseguido juntar a la chusma más insolente y perversa de toda la ciudad. Un criado enviado por Herodes había ido ya a decir a Pilatos que su amo le estaba muy reconocido por su deferencia y que no habiendo hallado en el célebre galileo más que a un pobre loco, lo había ataviado como tal y como tal se lo devolvía. Pilatos quedó muy complacido al ver que Herodes había llegado a su misma conclusión y le mandó de vuelta un cumplido mensaje.

Jesús había llegado pues de nuevo a la casa de Pilatos. Los esbirros lo hicieron subir la escalera con su acostumbrada brutalidad; la túnica se le enredó entre los pies y cayó sobre los escalones de mármol blanco, que se tiñeron de la sangre de su sagrada *cabeza.* Los enemigos de Jesús que se habían ido colocando a la entrada de la plaza, se rieron de su caída y los esbirros, en lugar de ayudarlo a levantarse, la emprendieron con su inocente víctima. Pilatos estaba reclinado en su especie de diván, con su mesita delante y estaba rodeado de oficiales y de escribas. Se echó un poco hacia adelante y dijo a los acusadores de Jesús: «Me habéis traído a este hombre como un agitador del pueblo y yo no lo he hallado culpable de lo que le imputáis. Herodes tampoco encuentra crimen en él; por consiguiente, lo voy a mandar azotar y a dejarlo libre.»

Al oír esto, violentos murmullos se elevaron entre los fariseos, y más dinero fue repartido entre la chusma. Pilatos recibió con gran desprecio estas agitaciones y respondió con sarcasmo. Era el tiempo precisamente en que el pueblo se presentaba cada año ante él para pedirle, según una antigua costumbre, la libertad de un preso. Los fariseos habían enviado a sus agentes para excitar la multitud a no pedir este año la libertad de Jesús, sino su suplicio. Pilatos confiaba en poder librar en cambio a Nuestro Señor, por lo que tuvo la idea de dar a escoger entre él y un famoso criminal llamado Barrabás. Era convicto de un asesinato durante una sedición y de otros muchos crímenes, y todo el mundo le aborrecía. Se produjo un considerable revuelo entre la multitud, un grupo, llevando a su cabeza sus oradores, gritaban a Pilatos: «Haced lo que siempre habéis hecho en esta fiesta.» Pilatos les dijo: «Es costumbre que liberte a un

criminal en la Pascua. ¿*A* quién queréis que deje libre, a Barrabás o al rey de los judíos, Jesús, que es el Ungido del Señor?»

Aunque Pilatos no creía que Jesús fuera el rey de los judíos, lo llamaba así porque ese orgulloso romano se complacía en mostrarles su desprecio atribuyéndoles un rey tan pobre; pero, en parte, le daba también ese nombre porque tenía cierta supersticiosa creencia en que Jesús era en efecto un rey milagroso, el Mesías prometido a los judíos. Ante su pregunta hubo alguna duda en la multitud y sólo unas pocas voces gritaron: «¡Barrabás!» Pilatos, avisado por el criado de su mujer, salió de la terraza un instante, y el criado le presentó el anillo que él le había dado a su esposa, y le dijo: «Claudia Procla te recuerda la promesa de esta mañana.» Mientras tanto, los fariseos trabajaban afanosamente, para ganarse la gente, lo que no les costaba mucho trabajo.

María, María Magdalena, Juan y las santas mujeres estaban en una esquina de la *plaza,* temblando y llorando, y aunque la Madre de Jesús sabía que no había salvación para los hombres sino mediante la muerte de Jesús, ella estaba muy afligida y deseaba apartarlo del suplicio que iba a sufrir. Y cuanto más grande era el amor de esta Madre por su Santísimo Hijo, tanto mayores eran los tormentos que ella sufría viendo lo mucho que Él padecía en cuerpo y alma. Tenía alguna esperanza, porque en el pueblo corría la voz de que Pilatos quería libertar a Jesús. No lejos de ella había grupos de gente de Cafarnaum que Jesús había curado y a quienes había predicado; hacían como si no las conociesen y, si sus miradas se cruzaban, las apartaban rápidamente. Pero María y todos pensaban que éstos a lo menos rechazarían a Barrabás, y salvarían la vida de su bienhechor y Redentor. Pero no fue así.

Pilatos había devuelto el anillo a su mujer, asegurándole que su intención era cumplir su promesa. Se sentó de nuevo junto a la mesita. El Sumo Sacerdote y los miembros del Consejo habían tomado a su vez asiento y Pilatos volvió a preguntar en voz alta: «¿A cuál de los dos queréis que liberte?» Entonces en la plaza se elevó un clamor general: «A Barrabás.» Y Pilatos dijo entonces: «¿Qué queréis que haga entonces con Jesús, el que se llama el Cristo?» Todos gritaron tumultuosamente: «¡Crucifícale! ¡Crucifícale!» Pilatos dijo por tercera vez: «Pero ¿qué mal os ha hecho? Yo no encuentro en Él crimen que merezca la muerte. Voy a mandarlo azotar y a libertarlo.» Pero el grito: «¡Crucifícalo, crucifícalo» se elevó por todas partes como una tempestad infernal. Los miembros del Sanedrín y los fariseos se agitaban con rabia y gritaban furiosos. Entonces el débil Pilatos dejó libre al perverso Barrabás y condenó a Jesús a la flagelación.

LA FLAGELACIÓN DE JESÚS

Pilatos, el más voluble e irresoluto de los jueces, había pronunciado varias veces estas palabras ignominiosas: «No encuentro crimen en Él; lo mandaré azotar y lo dejaré libre.» Pero los judíos continuaban gritando: «¡Crucifícalo, crucifícalo!» Sin embargo, Pilatos estaba decidido a que su voluntad prevaleciera y no tuviera que condenar a muerte a Jesús, por lo que lo mandó azotar a la manera de los romanos. Entonces, los esbirros, a empellones, llevaron a Jesús a la plaza, en medio del tumulto de un pueblo rabioso. Al norte del palacio de Pilatos, a poca distancia del puesto de guardia, había una columna de azotes. Los verdugos llegaron con látigos y cuerdas que depositaron al pie de la columna. Eran seis hombres de piel oscura y más bajos que Jesús; llevaban un cinto alrededor del cuerpo y el pecho cubierto de una especie de piel, los brazos desnudos. Eran malhechores de la frontera de Egipto, condenados por sus crímenes a trabajar en los canales y en los edificios públicos, y los más perversos de ellos ejercían de verdugos en el pretorio.

Estos hombres habían ya atado a esta misma columna y azotado hasta la muerte a algunos pobres condenados. Parecían bestias o demonios y estaban medio borrachos. Golpearon a Nuestro Señor con sus puños, y lo arrastraron con las cuerdas a pesar de que El se dejaba conducir sin resistencia; una vez en la columna, lo ataron brutalmente a ella. Esta columna estaba aislada y no servía de apoyo a ningún edificio. No era muy elevada, pues un hombre alto extendiendo el brazo hubiera podido tocar su parte superior. A media altura había insertados anillos y ganchos. No se puede describir la crueldad con que esos perros furiosos se comportaron con Jesús. Le arrancaron los vestidos burlescos con que lo había hecho ataviar Herodes y casi lo tiraron al suelo. Jesús temblaba y se estremecía delante de la columna. Se acabó de quitar Él mismo las vestiduras con sus manos hinchadas y ensangrentadas. Mientras lo trataban de aquella manera, Él no dejó de rezar, y volvió un instante la cabeza hacia su Madre, que estaba rota de dolor en una esquina cercana a la plaza y que cayó sin conocimiento en los brazos de las santas mujeres que la rodeaban. Jesús abrazó la columna; los verdugos le ataron las manos levantadas en alto, a una de las anillas de arriba y extendieron tanto sus brazos hacia arriba, que sus pies, atados fuertemente a la parte inferior de la columna apenas tocaban el suelo. El Santo de los Santos fue sujetado con violencia a la columna de los malhechores y dos de éstos, furiosos, comenzaron a flagelar su cuerpo sagrado desde la *cabeza* hasta los pies. Los látigos o varas que usaron primero parecían de madera blanca y flexible, o puede ser también que fueran nervios de buey o correas de cuero duro o blando.

Nuestro amado Señor, el Hijo de Dios, el Dios verdadero hecho Hombre, temblaba y se retorcía como un gusano bajo los golpes. Sus

gemidos suaves y claros se oían como una oración en medio del ruido de los golpes. De cuando en cuando los gritos del pueblo y de los fariseos llegaban como una ruidosa tempestad y cubrían sus quejidos llenos de dolor y de plegarias. Gritaban: «¡Mátalo! ¡Crucifícalo!» Pues Pilatos seguía parlamentando con el pueblo. Y, antes de que él hablara, una trompeta sonaba en medio del tumulto para pedir silencio. Entonces se oía de nuevo el ruido de los azotes, los quejidos de Jesús, las imprecaciones de los verdugos, y el balido de los corderos pascuales que eran lavados en la piscina de las ovejas. Ese balido era un sonido conmovedor; en esos momentos eran las únicas voces que se unían a los quejidos de Jesús.

El pueblo judío se mantenía a cierta distancia de la columna; los soldados romanos ocupaban diferentes puntos, muchas personas iban y venían, silenciosas o profiriendo insultos; unas pocas parecían conmovidas, y parecía como si rayos de luz surgidos de Jesús llegaran hasta sus corazones. Yo vi jóvenes infames, casi desnudos, que preparaban varas frescas cerca del cuerpo de guardia; otros iban a buscar varas de espino. Algunos agentes del Sumo Sacerdote y el Consejo daban dinero a los verdugos. Les trajeron también un cántaro de una bebida espesa y roja, de la que bebieron hasta embriagarse. Pasado un cuarto de hora, los dos verdugos que azotaban a Jesús fueron reemplazados por otros. El cuerpo del Salvador estaba cubierto de manchas negras, azules y coloradas y su sangre corría por el suelo. Por todas partes se oían las injurias y las burlas a la inocente víctima.

La noche había sido extremadamente fría y la mañana oscura y nublada, incluso con algo de lluvia. Por eso sorprendió a todo el mundo que, en un momento determinado, el día se abriera y el sol brillara con fuerza.

La segunda pareja de verdugos empezó a azotar a Jesús con redoblada violencia. Usaban otro tipo de vara. Eran de espino, con nudos y puntas. Sus golpes rasgaron toda la piel de Jesús, su sangre salpicó a cierta distancia y ellos se mancharon los brazos con ella. Jesús gemía y se estremecía. Muchos extranjeros pasaron por la plaza montados sobre camellos, se paraban un momento y quedaban inundados de horror y pena cuando la gente les explicaba lo que pasaba. Eran viajeros que habían recibido el bautismo de Juan o que habían oído los sermones de Jesús en la montaña. El tumulto y los gritos no cesaban alrededor de la casa de Pilatos.

Dos nuevos verdugos sustituyeron a los últimos mencionados. Éstos pegaron a Jesús con correas que tenían en las puntas unos garfios de hierro, con los cuales le arrancaban la carne a cada golpe. ¡Ah!, ¿con qué palabras podría describirse este terrible y sobrecogedor espectáculo? Sin embargo, su rabia aún no estaba satisfecha; desataron a Jesús y lo ataron de nuevo a la columna, esta vez con la espalda vuelta hacia ella. No pudiéndose sostener, le pasaron cuerdas sobre el pecho, debajo de los brazos y por

debajo de las rodillas, y le ataron las manos por detrás de la columna. Su mucha sangre y la piel destrozada cubrían su desnudez. Entonces se echaron sobre Él como perros furiosos. Uno de ellos le pegaba en la cara con una vara nueva. El cuerpo del Salvador era una sola llaga. Miraba a sus verdugos con los ojos arrasados de sangre y parecía que les suplicara misericordia, pero la rabia de ellos se redoblaba y los gemidos de Jesús eran cada vez más débiles.

La horrible flagelación había durado tres cuartos de hora sin interrupción, cuando un extranjero de la clase inferior, un pariente del ciego Ctesifón, curado por Jesús, surgió de la multitud y se precipitó sobre la columna con una hoz en la mano, y gritó indignado: «¡Basta! Deteneos! No podéis azotar a este inocente hasta matarlo.» Los verdugos, borrachos, se detuvieron sorprendidos; él cortó rápidamente las cuerdas atadas detrás de la columna y se escondió en la multitud. Jesús cayó casi sin conocimiento al pie de la columna, sobre el suelo empapado en sangre. Los verdugos lo dejaron allí y se fueron a beber, tras haber pedido vino a los criados, y se reunieron con sus compañeros, que estaban en el cuerpo de guardia, tejiendo la corona de espinas. Nuestro Señor seguía caído al pie de la columna, bañado en su propia sangre; vi entonces a dos o tres mujeres públicas de aire desvergonzado acercarse a Jesús con curiosidad, cogidas de la mano. Se detuvieron un instante, mirando con disgusto. En este momento, el dolor de las heridas fue tan intenso, que alzó la cabeza y las miró con sus ojos ensangrentados. Entonces ellas se apartaron mientras los soldados les decían palabras groseras. Con gran esfuerzo, Jesús tomó el lienzo y se cubrió con él.

Durante la flagelación, vi muchas veces a ángeles llorando en torno a Jesús, y oí su oración por nuestros pecados subiendo sin cesar hacia su Padre en medio de los golpes que le daban. Mientras estaba tendido al pie de la columna, vi a un ángel ofrecerle de beber de una vasija un brebaje luminoso que le dio fuerzas. Los soldados volvieron y le pegaron patadas y palos, obligándolo a levantarse. En cuanto estuvo en pie, no le dieron tiempo para ponerse la túnica, sino que se la echaron sobre los hombros y con ella se limpió la sangre que le corría por la cara. Lo condujeron al sitio donde estaba sentado el Consejo de los sacerdotes, que gritaron: «¡Mátalo! ¡Crucifícale!», y volvieron la cara con repugnancia. Después, Jesús fue conducido al patio interior del cuerpo de guardia, donde no había soldados, sino esclavos, esbirros y malhechores, en fin, la hez de la población.

Como la muchedumbre estaba muy agitada, Pilatos mandó venir un refuerzo de la guarnición romana de la torre Antonia. Esta tropa, en buen orden, rodeó el cuerpo de guardia. Podían hablar, reír y burlarse de Jesús, pero les estaba prohibido abandonar sus puestos. Pilatos quería mantener así controlado al pueblo. Los soldados sumaban mil hombres.

María durante la flagelación de Jesús

Vi a la Santísima Virgen en trance continuo durante la flagelación de nuestro divino Redentor. Ella vio y sufrió con un amor y un dolor indecibles todo lo que sufría su Hijo. Muchas veces salían de su boca leves quejidos, y sus ojos estaban anegados en lágrimas. Estaba cubierta de un velo y tendida en los brazos de María de Helí, su hermana mayor, que era ya vieja y se parecía mucho a Ana, su madre; María de Cleofás, hija de María de Helí, estaba también con ella. Las amigas de María y de Jesús estaba temblando de dolor y de inquietud, rodeando a la Virgen y llorando a la espera de la sentencia de muerte. María llevaba un vestido largo azul parcialmente cubierto por una capa de lana blanca y un velo de un blanco amarillento. Magdalena estaba pálida y abatida por el dolor. Tenía los cabellos en desorden debajo de su velo. Cuando Jesús, después de la flagelación, cayó al pie de la columna, vi a Claudia Procla, mujer de Pilatos, enviar a la Madre de Dios grandes piezas de tela. No sé si creía que Jesús sería libertado y que su Madre necesitaría esa tela para curar sus llagas o si esta pagana compasiva sabía qué uso iba a darle la Santísima Virgen a su regalo. Habiendo vuelto en sí, María vio a su Hijo, todo desgarrado, conducido por los soldados; Él se limpió los ojos llenos de sangre para mirar a su Madre. Ella extendió las manos hacia Él, y siguió con los ojos las huellas ensangrentadas de sus pies. Habiéndose apartado la muchedumbre, María y Magdalena se acercaron al sitio en donde Jesús había sido azotado. Escondidas por las otras santas mujeres y por otras personas bien intencionadas que las rodeaban, se agacharon cerca de la columna y limpiaron por todas partes la Sangre sagrada de Jesús con el lienzo que Claudia Procla había mandado. Juan estaba entonces con las santas mujeres, que eran veinte. Los hijos de Simeón y de Obed, el de Verónica, así como Aram y Temni, sobrinos de José de Arimatea, estaban ocupados en el Templo. Eran las nueve de la mañana cuando se acabó la flagelación.

Jesús vejado y coronado de espinas

Durante la flagelación de Jesús, Pilatos se dirigió muchas veces a la multitud, que una vez le gritó: «Debe morir, aunque debamos morir también nosotros.» Cuando Jesús fue conducido al cuerpo de guardia, gritaron de nuevo: «¡Mátalo! ¡Crucifícalo!» Después de esto hubo un rato de silencio. Pilatos dio órdenes diversas a sus soldados y los miembros del Sanedrín mandaron a sus criados a que les trajesen de comer. Pilatos, con el

espíritu agitado por sus supersticiones, se retiró algunos instantes para consultar a sus dioses, y ofrecerles incienso.

La Santísima Virgen y las santas mujeres se retiraron de la plaza. Después de haber recogido la sangre de Jesús, vi que entraban con sus lienzos ensangrentados, en una casita cercana. No sé de quién era. La coronación de espinas se llevó a cabo en el patio interior del cuerpo de guardia. Había allí cincuenta miserables, criados, carceleros, esbirros y esclavos, y otros de la misma calaña. La muchedumbre permanecía alrededor del edificio. Pero pronto fueron apartados de allí por los mil soldados romanos. Aunque mantenían el orden, estos soldados reían y se burlaban de Jesús, y animaban a los torturadores de Nuestro Señor a redoblar sus insultos, como los aplausos del público excitan a los cómicos. En medio del patio había un fragmento de pilar; pusieron sobre él un banquillo muy bajo, y lo llenaron de piedras puntiagudas. Le quitaron a Jesús nuevamente la ropa y le colocaron una capa vieja, colorada, de un soldado, que no llegaba a sus rodillas. Lo arrastraron al asiento que le habían preparado y lo sentaron brutalmente en él; entonces le ciñeron la corona de espinas a la cabeza y se la ataron fuertemente por detrás. Estaba hecha de tres varas de espino bien trenzadas, y la mayor parte de las puntas vueltas a propósito hacia dentro. En cuanto se la ataron, le pusieron una caña en la mano; todo esto lo hicieron con una gravedad bufa, como si realmente lo coronasen rey. Le cogieron la caña de las manos y le pegaron con tanta violencia sobre la corona de espinas que los ojos del Salvador se llenaron de sangre. Se arrodillaron ante él y le hicieron burla, le escupieron la cara, y lo abofetearon gritándole: «¡Salve, rey de los judíos!» Después lo levantaron de su asiento, y luego volvieron a sentarlo en él con violencia. Es absolutamente imposible describir los ultrajes que perpetraron esos monstruos con forma humana. Jesús sufría una sed horrible a causa de la fiebre provocada por sus heridas; temblaba. Su carne estaba abierta hasta los huesos, su lengua contraída, sólo la sangre sagrada que caía de su cabeza refrescaba sus labios ardientes y entreabiertos. Esta espantosa escena duró media hora, mientras los soldados formados alrededor del pretorio seguían riendo e incitando a la perpetración de todavía mayores ultrajes.

ECCE HOMO

Jesús, cubierto con la capa colorada, con la corona de espinas sobre la cabeza y el cetro de caña entre las manos atadas, fue conducido de nuevo al palacio de Pilatos. Resultaba irreconocible a causa de la sangre que le cubría los ojos, la boca y la barba. Su cuerpo era pura llaga; andaba encorvado y temblando. Cuando Nuestro Señor llegó ante Pilatos, este

hombre débil y cruel se echó a temblar de horror y compasión, mientras el populacho y los sacerdotes, en cambio, seguían insultándole y burlándose de Él. Cuando Jesús subió los escalones, Pilatos se asomó a la terraza y sonó la trompeta anunciando que el gobernador quería hablar. Se dirigió al Sumo Sacerdote, a los miembros del Consejo y a todos los presentes y les dijo: «Os lo mostraré de nuevo y os vuelvo a decir que no hallo en él ningún crimen.» Jesús fue conducido junto a Pilatos, para que todo el mundo pudiera ver con sus crueles ojos, el estado en que Jesús se encontraba. Era un espectáculo terrible y lastimoso y una exclamación de horror recorrió la multitud, seguida de un profundo silencio cuando Él levantó su herida cabeza coronada de espinas y paseó su exhausta mirada sobre la excitada muchedumbre. Señalándolo con el dedo, Pilatos exclamó: «¡Ecce Homo!» («He aquí el Hombre.») Los sacerdotes y sus adeptos, gritaron llenos de furia: «¡ Mátalo! ¡ Crucifícalo!» «¿Todavía no os basta? —dijo Pilatos—. El castigo que ha recibido le habrá quitado las ganas de ser rey.» Pero ellos, furiosos, seguían gritando y cada vez más gente se añadía a la exigencia: «¡Mátalo! ¡Crucifícalo!» Pilatos mandó tocar otra vez la trompeta y pidiendo silencio dijo: «Entonces, tomadlo y crucificadlo vosotros, pues yo no hallo en Él ninguna culpa.» Algunos de los sacerdotes exclamaron: «Según nuestra ley debe morir, pues se ha llamado a sí mismo Hijo de Dios.» Estas palabras: «se ha llamado a sí mismo Hijo de Dios», despertaron los temores supersticiosos de Pilatos. Hizo conducir a Jesús a otra estancia y a solas le preguntó qué pretendía. Jesús no respondió y Pilatos le dijo: «¿No me respondes? ¿No sabes que está en mi mano crucificarte o ponerte en libertad?», y Jesús le contestó: «Tú no tienes más poder sobre mí que el que has recibido de arriba: por eso, el que me ha entregado a ti ha cometido el mayor pecado.» La indecisión de su marido llenaba a Claudia Procla de inquietud, por lo que, en ese momento, ella le mandó de nuevo el anillo para recordarle su promesa, pero él le dio una respuesta vaga y supersticiosa, cuyo sentido era que dejaba el caso en manos de los dioses. Los enemigos de Jesús, habiendo sabido de los esfuerzos llevados a cabo por Claudia para salvarlo, hicieron correr el rumor de que los partidarios de Jesús habían seducido a la mujer de Pilatos; y que, si lo ponían en libertad, se uniría a los romanos para destruir Jerusalén y exterminar a todos los judíos.

Pilatos, en medio de sus vacilaciones, era como un hombre borracho; su razón no sabía dónde agarrarse. Se dirigió una vez más a los enemigos de Jesús, y, viendo que seguían pidiendo su muerte, si cabe con más violencia que nunca, agitado, incierto, quiso obtener del Salvador una respuesta que lo sacara de este penoso estado; volvió al pretorio y se quedó de nuevo a solas con él: «¿Será posible que sea un Dios?», se decía, mirando a Jesús desfigurado y ensangrentado; después le suplicó que le dijera si era Dios, si era el rey prometido a los judíos, y hasta dónde se

extendía su imperio y de qué tipo era su divinidad. No puedo repetir más que el sentido de la respuesta de Jesús, pero sus palabras fueron solemnes y severas. Le repitió que su reino no era de este mundo, después le reveló todos los crímenes secretos que Pilatos había cometido, le avisó de la suerte miserable que le esperaba, el destierro y un fin abominable, y predijo que Él, Jesús, vendría un día a pronunciar contra él un juicio justo. Pilatos, medio aterrorizado y medio enfadado por las palabras de Jesús, salió otra vez a la terraza y declaró que quería libertar a Jesús. Entonces gritaron: «Si lo sueltas, no eres amigo del César, porque el que se nombra a sí mismo rey es enemigo del César.» Otros le decían que lo denunciarían al Emperador, porque les impedía celebrar la fiesta; que acabase pronto porque a las diez tenían que estar en el Templo. Otra vez se oían por todas partes gritos: «¡Crucifícale! ¡Crucifícale!», desde las azoteas y la plaza, desde las calles cercanas al foro, donde muchas personas se habían juntado. Pilatos vio que sus esfuerzos eran inútiles, que el tumulto se hacía cada vez más ensordecedor, y la agitación era tanta que él empezaba a temer una sublevación. Entonces, Pilatos mandó que le trajesen agua, un criado se la echó sobre las manos delante del pueblo y él gritó desde lo alto de la terraza: «Soy inocente de la sangre de este justo, vosotros responderéis de ella.» Entonces se levantó un grito horrible y unánime de toda la gente reunida allí desde todos los pueblos de Palestina, quienes exclamaron: «Que su sangre caiga sobre nosotros y nuestros hijos.»

Muchas veces, durante mis meditaciones sobre la Pasión de Nuestro Señor, recuerdo y veo el momento mismo de esta solemne declaración. Veo un cielo negro, cubierto de nubes ensangrentadas, de las cuales salen varas y espadas de fuego atravesando como maldiciones a la muchedumbre entera. Todos ellos me parecen sumidos en tinieblas, su grito sale de su boca como una llama que recae sobre ellos, penetra en algunos y sólo vuela sobre otros. Éstos son los que se han convertido después de la muerte de Jesús. El número de éstos es considerable; pues Jesús y María no cesaron de rezar por sus enemigos.

JESÚS CONDENADO A MORIR EN LA CRUZ

Pilatos dudaba más que nunca, su conciencia le decía «Jesús es inocente»; su mujer decía: «Jesús es sagrado»; su superstición decía que era enemigo de sus dioses; su cobardía decía que era un Dios y se vengaría de él. Irritado y asustado por las últimas palabras que le había dicho Jesús, hizo el último esfuerzo para salvarlo; pero los judíos metieron en él un nuevo temor amenazándolo con quejarse al Emperador. El miedo al Emperador le determinó a cumplir la voluntad de ellos en contra de la justicia de su propia convicción y de la palabra que había dado a su mujer.

Dio la sangre de Jesús a los judíos y, para lavar su conciencia, no tuvo más que el agua que hizo echar sobre sus manos.

Cuando los judíos, habiendo aceptado la maldición sobre ellos y sobre sus hijos, pedían que esta sangre redentora que pide misericordia para nosotros recayera sobre ellos, Pilatos empezó a hacer los preparativos para pronunciar la sentencia.

Mandó traer sus vestidos de ceremonia, se puso un tocado en el que brillaba una piedra preciosa y otra capa; pusieron también un bastón ante él. Estaba rodeado de soldados, precedidos de oficiales del tribunal, y detrás iban los escribas con rollos y tablas donde registrar la sentencia. Delante de él marchaba un hombre que tocaba la trompeta. Así fue desde su palacio hasta el foro, donde, frente a la columna de la flagelación había un asiento elevado desde donde se pronunciaban las sentencias. Este Tribunal se llamaba Gábbata. Era una especie de terraza redonda a la que se accedía por unos escalones. Arriba del todo había un asiento para Pilatos, y detrás un banco para empleados subalternos. Alrededor montaban guardia un gran número de soldados, algunos sobre los escalones. Muchos de los fariseos se habían ido ya al Templo. No quedaban más que Anás, Caifás y otros veintiocho que se dirigieron al Tribunal cuando Pilatos se puso sus vestidos de ceremonia. Los dos ladrones habían sido ya conducidos al Tribunal cuando Jesús fue mostrado al pueblo con las palabras «Ecce Homo».

El Salvador, con su capa roja y su corona de espinas, fue conducido delante del Tribunal y colocado entre los malhechores. Cuando Pilatos se sentó en su asiento, dijo a los judíos: «¡Ved aquí a vuestro rey», y ellos respondieron: «¡Crucifícalo!» «¿Queréis que crucifique a vuestro rey?», volvió a preguntar Pilatos. «No tenemos más rey que el César», gritaron los sacerdotes. Pilatos no dijo nada más y comenzó a pronunciar la sentencia. Los dos ladrones habían sido condenados anteriormente ya al suplicio de la cruz, pero el Sanedrín había retrasado su ejecución, porque querían reservarse una afrenta más para Jesús, asociándolo en su suplicio a dos malhechores de la peor calaña. Las cruces de los dos ladrones estaban junto a ellos, la de Nuestro Señor aún no, porque todavía no se había pronunciado su sentencia de muerte.

La Santísima Virgen se había retirado después de la flagelación. Se mezcló de nuevo entre la multitud para oír la sentencia de muerte de su Hijo y de su Dios. Jesús estaba de pie en medio de los esbirros, al pie de los escalones del tribunal. La trompeta sonó para imponer silencio y Pilatos pronunció su sentencia sobre Jesucristo con el enfado de un cobarde. Me irrité de tanta bajeza y de tanta doblez. La vista de ese miserable, convencido de su importancia, el triunfo y la sed de sangre de los príncipes de los sacerdotes, el abatimiento y el dolor profundo del Salvador, las indecibles angustias de María y de las santas mujeres, y el ansia atroz con

que los judíos esperaban su víctima, la actitud indiferente de los soldados, y finalmente la multitud de horribles demonios corriendo de acá para allá, todo eso me tenía aterrada. Sentía que debía yo haber estado en el lugar de Jesús, mi amado Esposo, pues entonces la sentencia hubiera sido justa. Pero estaba superada por la angustia y mis sufrimientos eran intensos y no recuerdo todo lo que vi.

Pilatos comenzó por un largo preámbulo, en el cual pronunció los más exagerados elogios del emperador Tiberio; después expuso las acusaciones que contra Jesús había intentado presentar el Sanedrín; dijo que lo habían condenado a muerte por haber perturbado la paz pública y violado su ley, llamándose a sí mismo Hijo de Dios y rey de los judíos, y que el pueblo había pedido unánimemente cargar con la responsabilidad de su muerte. El miserable repitió que no encontraba esa sentencia conforme a la justicia; y que él no había cesado de proclamar la inocencia de Jesús; y al acabar pronunció la sentencia con estas palabras: «Condeno a Jesús de Nazaret, rey de los judíos, a ser crucificado»; y ordenó a los verdugos que trajeran la cruz. Me parece recordar que rompió un palo largo y que tiró los pedazos a los pies de Jesús.

Al oír las palabras de Pilatos la Madre de Jesús cayó al suelo sin conocimiento: ya no había duda, la muerte de su querido Hijo era cierta, la muerte más cruel y más ignominiosa. Juan y las santas mujeres se la llevaron, para que los hombres obnubilados que la rodeaban no añadieran crimen sobre crimen insultándola en su sufrimiento; mas, apenas volvió en sí, tuvieron que conducirla a todos los sitios donde su Hijo había sufrido, y en los cuales ella quería ofrecer el sacrificio de sus lágrimas; así, la Madre del Salvador tomó posesión en nombre de la Iglesia de estos lugares santificados.

Pilatos escribió la sentencia, y los que estaban detrás de él la copiaron tres veces. Lo que escribió era diferente de lo que había dicho, yo vi que mientras tanto, su espíritu estaba agitado y parecía que el ángel de la cólera conducía su pluma. El sentido de la escritura era éste: «Forzado por el Sumo Sacerdote, los miembros del Sanedrín y el pueblo a punto de sublevarse, que pedían la muerte de Jesús de Nazaret como culpable de haber agitado la paz pública, blasfemado y violado su ley, se lo he entregado para ser crucificado, aunque sus inculpaciones no me parecían claras, por no ser acusado delante del Emperador de haber favorecido la insurrección de los judíos.» Después escribió la inscripción de la cruz sobre una tablita de color oscuro. La sentencia se transcribió muchas veces y se envió a diferentes puntos. Los miembros del Sanedrín se quejaron de que la sentencia estaba escrita en términos poco favorables para ellos; se quejaron también de la inscripción y pidieron que no pusiera «rey de los judíos» sino «que se ha llamado a sí mismo rey de los judíos». Pilatos, impaciente, les respondió lleno de cólera: «Lo escrito, escrito está.» Querían también que

la cruz de Jesús no fuera más alta que las de los dos ladrones; sin embargo, era menester hacerla más alta, porque, por culpa de los obreros, no había sino espacio donde poner la inscripción de Pilatos. Los sacerdotes pretendían utilizar esa circunstancia para suprimir la inscripción, que les parecía injuriosa para ellos, pero Pilatos no consintió y tuvieron que hacer la cruz más alta, añadiéndole un nuevo trozo de madera. Toda esta serie de cosas contribuyeron a que la cruz tuviera su forma definitiva: sus brazos se elevaban como las ramas de un árbol, separándose del tronco, y se parecía a una Y, con la parte inferior prolongada entre las otras dos; los brazos eran más estrechos que el tronco, y cada uno de ellos había sido añadido por separado. También habían clavado un tarugo a los pies para sostener los pies del condenado.

Mientras Pilatos pronunciaba su juicio inicuo, vi que su mujer, Claudia Procla, le mandaba el anillo devuelto y, por la tarde de ese mismo día, abandonaba secretamente el palacio para unirse a los amigos de Jesús, y la tuvieron escondida en un subterráneo de casa de *Lázaro,* en Jerusalén. Más tarde, ese mismo día, vi un amigo de Nuestro Señor grabar, sobre una piedra verdosa detrás del Gábbata, dos palabras que decían: «Judex injustus» y el nombre de Claudia Procla; esta piedra se encuentra todavía en los cimientos de una casa o de una iglesia de Jerusalén, en el sitio donde estaba el Gábbata. Claudia Procla se hizo cristiana. Siguió a san Pablo y fue amiga personal de él.

Una vez pronunciada la sentencia, Jesús fue entregado a los verdugos como una presa; le trajeron sus vestiduras, que le habían quitado en casa de Caifás; alguien las había guardado, y personas sin duda compasivas las habían lavado, pues estaban limpias. Los perversos hombres que rodeaban a Jesús le desataron las manos para poderlo vestir; arrancaron de su cuerpo, cubierto de llagas, la capa de lana roja que le habían puesto por burla y al hacerlo le abrieron muchas de las heridas; Él mismo, temblando, se puso su túnica interior, ellos le echaron el escapulario sobre los hombros. Como la corona de espinas era muy ancha e impedía que le cupiese la túnica oscura sin costura que le había hecho su Madre, se la arrancaron de la *cabeza,* y todas sus heridas sangraron de nuevo con indecibles dolores. Le pusieron también su sobrevesta de lana blanca, su cinturón y su capa; después le volvieron a ceñir por en medio del cuerpo la correa de puntas de hierro de la cual salían los cordeles con los que tiraban de Él; todo esto lo hicieron con su brutalidad y su crueldad acostumbradas.

Los dos ladrones estaban a la derecha y a la izquierda de Jesús, tenían las manos atadas y llevaban una cadena al cuello; estaban cubiertos de lívidas cicatrices que provenían de la flagelación de la víspera; el que se convirtió después, estaba desde entonces tranquilo y pensativo. El otro, grosero e insolente, se unía a los verdugos para maldecir e insultar a Jesús, que miraba a sus dos compañeros con amor y ofrecía sus tormentos por su

salvación. Los verdugos reunieron todos los instrumentos del suplicio y lo dispusieron todo para aquella terrible y dolorosa marcha. Anás y Caifás habían acabado sus discusiones con Pilatos, y llevándose dos rollos de pergamino con la copia de la sentencia, se marcharon dirigiéndose de prisa al Templo, temiendo llegar tarde al sacrificio pascual. Los sacerdotes estaban alejándose del Cordero Pascual para ir al Templo a sacrificar y a comer su símbolo, dejando que infames verdugos condujeran al altar del sacrificio al verdadero Cordero de Dios. Esos hombres habían puesto gran cuidado en no contaminarse con ninguna impureza exterior, en tanto su alma estaba completamente manchada de maldad, envidia y odio. Aquí se separaron los dos caminos que conducían al altar de la ley y al altar de la gracia; Pilatos, pagano e indeciso, no tomó ninguno de los dos, y se volvió a su palacio.

La inicua sentencia fue pronunciada a las diez de la mañana de nuestro tiempo.

JESÚS CARGA CON SU CRUZ HASTA EL CALVARIO

Cuando Pilatos salía del Tribunal, una parte de los soldados lo siguió y formó ante el palacio; una pequeña escolta se quedó con los condenados. Veintiocho fariseos armados, entre los cuales estaban los seis enemigos de Jesús que habían estado presentes en su arresto en el huerto de los Olivos, vinieron a caballo para acompañarlo al suplicio. Los verdugos condujeron a Jesús al centro de la plaza, adonde fueron los esclavos a dejar la cruz a sus pies. Los dos brazos estaban provisionalmente atados a la pieza principal con cuerdas. Jesús se arrodilló, la abrazó y la besó tres veces, dirigiendo a su Padre acciones de gracias por la Redención del género humano. Como los sacerdotes paganos abrazaban un nuevo altar, así Nuestro Señor abrazaba su cruz. Los soldados, con gran esfuerzo, colocaron la pesada carga de la cruz sobre el hombro derecho de Jesús. Vi a ángeles invisibles ayudarlo, pues si no, no hubiera podido con ella; mientras Jesús oraba, pusieron sobre el cuello a los dos ladrones las piezas traveseras de sus cruces, atándoles las manos a ellas; las piezas grandes las llevaban esclavos. La trompeta de la caballería de Pilatos tocó, y uno de los fariseos, a caballo, se acercó a Jesús, arrodillado bajo su carga, y le dijo: «Ahora se han acabado las bellas palabras. ¡Arriba!» Lo levantaron con violencia, y sintió asentarse sobre sus hombros todo el peso que nosotros deberemos llevar después de él, según sus santas palabras. Entonces comenzó la marcha triunfal del Rey de Reyes; tan ignominiosa sobre la tierra y tan gloriosa en el cielo.

Mediante cuerdas atadas al pie de la cruz, dos soldados la sujetaban en el aire por detrás; otros cuatro sostenían las cuerdas atadas a la cintura

de Jesús. Nuestro Señor, temblando bajo su peso, recordó a Isaac llevando a la montaña la leña destinada a su sacrificio. La trompeta de Pilatos dio la señal de la marcha; el gobernador en persona quería ponerse a la cabeza de un destacamento para impedir todo movimiento tumultuoso. Iba a caballo, cubierto con sus armaduras, y rodeado de sus oficiales y de la tropa de caballería. Detrás de ellos iba un cuerpo de trescientos hombres de infantería, todos ellos de las fronteras de Italia y Suiza; delante iba una trompeta que tocaba en todas las esquinas y proclamaba la sentencia. A pocos pasos, seguía un numeroso grupo de hombres y chiquillos, que llevaban cordeles, clavos, cuñas y cestas que contenían diferentes objetos; otros, más robustos acarreaban palos, escaleras y las piezas principales de las cruces de los dos ladrones. Todavía más atrás se veía a algunos fariseos a caballo y un joven que sujetaba contra el pecho la inscripción que Pilatos había mandado escribir para la cruz; éste llevaba también, en la punta de un palo, la corona de espinas de Jesús, que no habían querido dejarle sobre la cabeza mientras llevaba la cruz. Este joven no parecía tan malvado como el resto. Finalmente, iba Nuestro Señor, con los pies desnudos y ensangrentados, abrumado bajo el peso de la cruz, temblando, y lleno de llagas y heridas, sin haber comido, ni bebido, ni dormido desde la cena de la víspera, debilitado por la pérdida de sangre; devorado por la fiebre y la sed, y asaeteado por dolores infinitos; con la mano derecha sostenía la cruz sobre su hombro derecho; con la mano izquierda, exhausta, hacía de cuando en cuando el esfuerzo de levantarse su larga túnica, con la que tropezaban sus pies heridos. Cuatro soldados sostenían a distancia las puntas de los cordeles atados a la cintura de Jesús; los dos de delante tiraban, los que le seguían le empujaban, de suerte que no podía asegurar un paso; sus manos estaban heridas por las cuerdas con que las había tenido atadas, su cara estaba ensangrentada e hinchada; su barba y sus cabellos manchados de sangre, el peso de la cruz y las cadenas apretaban contra su cuerpo el vestido de lana, que se pegaba a sus llagas y las abría. A su alrededor no había más que burlas y crueldades, pero su boca rezaba y sus ojos perdonaban. Detrás de Jesús iban los dos ladrones llevados también por cuerdas con los brazos atados a los travesaños de sus cruces separados del pie. No tenían más vestidos que un largo delantal; la parte superior del cuerpo la llevaban cubierta con una especie de escapulario sin mangas, abierto por los dos lados; y en la cabeza un gorro de paja. El buen ladrón estaba tranquilo, pero el otro, por el contrario, no cesaba de quejarse y protestar. La mitad de los fariseos a caballo cerraban la marcha; algunos corrían acá y allá para mantener el orden. A una distancia bastante grande venía la escolta de Pilatos. El gobernador romano vestía su uniforme de batalla en medio de sus oficiales. Precedido por un escuadrón de caballería y seguido de trescientos infantes, atravesó la plaza y entró en una calle

bastante ancha; se movía por la ciudad para prevenir cualquier insurrección popular.

Jesús fue conducido por una calle estrecha y que daba un rodeo para no estorbar a la gente que iba al Templo ni a la tropa de Pilatos. La mayor parte de la población se había dispersado tras la condena de Jesús. Una gran parte de los judíos se fueron a sus casas o al Templo a fin de acabar los preparativos para sacrificar el cordero pascual; no obstante, la multitud era todavía numerosa y corrían en desorden para ver pasar la triste procesión; la escolta de los soldados romanos impedía que se acercasen en exceso, y los curiosos tenían que dar la vuelta por las calles que atravesaban y correr delante para verlos. Casi todos ellos llegaron al Calvario antes que Jesús. La calle por donde pasaba Jesús era muy estrecha y sucia; sufrió mucho pasando por allí, porque los esbirros lo atormentaban con las cuerdas; el pueblo lo injuriaba desde las ventanas, los esclavos le tiraban lodo e inmundicias, y hasta los niños cogían piedras y se las lanzaban o se las echaban bajo los pies.

PRIMERA CAÍDA DE JESÚS BAJO EL PESO DE LA CRUZ

La calle, poco antes de su fin, torcía a la izquierda; se ensanchaba un poco, e iniciaba una cuesta. Había por allí un acueducto subterráneo, que venía del monte de Sión. Antes de la subida había un hoyo que, cuando llovía, con frecuencia se llenaba de agua y lodo, por cuya razón habían puesto una piedra grande sobre él para facilitar el paso. Cuando Jesús llegó a este sitio, ya no podía andar. Pero, como los verdugos tiraban de él y lo empujaban sin misericordia, se cayó a lo largo contra esta piedra, y la cruz cayó a su lado. Los verdugos se detuvieron, llenándolo de imprecaciones y pegándole. En vano Jesús tendía la mano para que lo ayudasen. «¡Ah! —exclamó—, pronto se acabará todo», y rogó por sus verdugos. Mas los fariseos gritaron: «Levantadlo, si no se nos morirá en las manos.» A ambos lados del camino había mujeres llorando y niños asustados. Sostenido por un socorro sobrenatural, Jesús levantó la cabeza; y aquellos hombres atroces, en lugar de aliviar sus tormentos, le pusieron entonces la corona de espinas. Una vez lo hubieron puesto en pie, le cargaron de nuevo la cruz sobre los hombros y, a causa de la corona, con dolores infinitos, tuvo que ladear la *cabeza* para poder acomodar sobre su hombro el peso de la cruz y así continuó su camino, cada vez más duro.

SEGUNDA CAÍDA DE JESÚS

Jesús se encuentra con su Sagrada Madre

La Bendita Madre de Jesús se había ido de la plaza, después de pronunciada la inicua sentencia, acompañada de Juan y de algunas mujeres. Recorrieron muchos sitios santificados por los padecimientos de Jesús, pero cuando el sonido de la trompeta, el tumulto de la gente y la escolta de Pilatos anunciaban la subida al Calvario, no pudo resistir el deseo de ver a su Divino Hijo, y pidió a Juan que la condujese a uno de los sitios por donde Jesús debía pasar; se fueron a un palacio, cuya puerta daba a la calle en la que Jesús cayó por primera vez bajo la cruz; era, si no me equivoco, la residencia del Sumo Pontífice Caifás, cuyo Tribunal está en la llanura de Sión. Juan obtuvo de un criado compasivo el permiso para ponerse en la puerta con María. Con ellos estaban, además, un sobrino de José de Arimatea, Susana, Juana Cusa y Salomé de Jerusalén. La Madre de Dios estaba pálida, y con los ojos enrojecidos de tanto llorar, e iba cubierta con una capa gris azulada. Se oía ya el ruido acercándose, el sonido de la trompeta y la voz del heraldo publicando la sentencia en las esquinas. El criado abrió la puerta; el ruido era cada vez más fuerte y espantoso. María se puso de rodillas y oró. Tras su ferviente plegaria, se volvió hacia Juan y le dijo: «¿Me quedo? ¿Debo irme? ¿Cómo podré soportarlo?» Juan le contestó: «Si no te quedas a verlo pasar, luego lamentarás no haberlo hecho.» Se quedaron cerca de la puerta, con los ojos fijos en la procesión, que aún estaba distante pero iba avanzando poco a poco. La gente no se ponía delante de la comitiva sino a los lados y atrás. Cuando los que llevaban los instrumentos del suplicio se acercaron con aire insolente y triunfante, la Madre de Jesús se puso a temblar y a gemir, juntando las manos, y uno de esos hombres preguntó: «¿Quién es esta mujer que se lamenta?», y otro respondió: «Es la Madre del Galileo.» Cuando los miserables oyeron tales palabras llenaron de injurias a esta dolorosa Madre, la señalaban con el dedo, y uno de ellos cogió en sus manos los clavos con que debían clavar a Jesús en la cruz, y se los mostró a la Santísima Virgen, burlándose. Pero ella estaba mirando a Jesús, que se acercaba, y tuvo que sostenerse en el pilar de la puerta para no caer, pálida como un cadáver con los labios casi azules. Pasaron los fariseos a caballo, después el chico que llevaba la inscripción; detrás de éste su Santísimo Hijo Jesús, temblando, doblado, bajo la pesada carga de la cruz, inclinada su cabeza coronada de espinas. Echó una mirada de compasión sobre su Madre, tropezó y cayó por segunda vez sobre sus rodillas y manos. María, en medio de la inmensidad de su agonía, no vio ni a soldados ni a verdugos; no vio más que a su querido Hijo. Se precipitó desde la puerta de la casa entre los soldados que maltrataban a Jesús, cayó de rodillas a su lado y se abrazó a él. Yo sólo oí estas palabras: «¡Hijo mío!» y «¡Madre mía!», pero no sé si fueron realmente pronunciadas, o si las oí sólo en mi mente.

Siguió una momentánea confusión: Juan y las santas mujeres querían levantar a María. Los verdugos la injuriaban. Uno de ellos le dijo: «Mujer, ¿qué vienes a hacer aquí?, si lo hubieras educado mejor, no estaría ahora en nuestras manos.» Algunos soldados sin embargo tuvieron compasión. Y, aunque se vieron obligados a apartar a la Santísima Virgen, ninguno le puso las manos encima. Juan y las santas mujeres la rodearon, y ella cayó como muerta sobre sus rodillas, sobre la piedra angular de la puerta, donde quedó la huella de sus manos. Esta piedra, que era muy dura, fue transportada a la primera Iglesia católica, cerca de la piscina de Betesda, en el obispado de Santiago el Menor. Los dos discípulos que estaban con la Madre de Jesús se la llevaron al interior de la casa y cerraron la puerta. Mientras tanto, los esbirros levantaron a Jesús y le colocaron de otro modo la cruz sobre los hombros. Los brazos de la cruz se habían desatado. Uno de ellos había resbalado y era con el que Jesús había tropezado. Jesús lo llevaba ahora de tal modo que, por detrás, todo el peso de la pieza se arrastraba por el suelo. Yo vi acá y allá, en medio de la multitud que seguía a la comitiva profiriendo maldiciones e injurias, a algunas mujeres cubiertas con velos y derramando lágrimas.

TERCERA CAÍDA DE JESÚS

Simón el Cireneo

Tras recorrer un tramo más de calle, la comitiva llegó a la cuesta de una muralla vieja interior de la ciudad. Delante de ella había una plaza abierta de la que partían tres calles. En esta plaza, Jesús, al pasar sobre una piedra gruesa, tropezó y cayó: la cruz se deslizó de su hombro y quedó a su lado, y ya no se pudo levantar. Algunas personas bien vestidas que cruzaban por allí para ir al Templo exclamaban, compasivas: «¡Mira este pobre hombre, está agonizando!»; pero sus enemigos no tenían piedad de él. Esto causó un nuevo retraso: no podían poner a Jesús en pie y los fariseos dijeron a los soldados: «No llegará vivo al lugar de la ejecución; buscad un hombre que le ayude a llevar la cruz.» A poca distancia vieron a un pagano llamado Simón el Cireneo acompañado de sus tres hijos, que llevaba debajo del brazo un haz de ramas menudas, pues era jardinero y venía de trabajar en los jardines situados cerca de la muralla oriental de la ciudad. Estaba atrapado entre la multitud, y los soldados, habiendo reconocido por sus vestidos que era un pagano, y un trabajador de clase inferior, lo cogieron y le ordenaron que ayudara al Galileo a llevar su cruz; primero se negó, pero luego tuvo que ceder a la fuerza. Sus hijos lloraban y gritaban y algunas mujeres que lo conocían se hicieron cargo de ellos. Simón estaba muy disgustado y se sentía vejado al tener que caminar junto

a un hombre que se hallaba en tan deplorable estado como Jesús: sucio, herido y con la ropa llena de lodo. Pero Jesús lloraba y lo miraba con tal ternura que Simón se sintió conmovido. Lo ayudó a levantarse y al instante los esbirros ataron sobre sus hombros uno de los brazos de la cruz. Él iba detrás de Jesús, a quien había aliviado de su carga. Se pusieron otra vez en marcha. Simón era un hombre robusto, de cuarenta años; sus hijos llevaban vestidos color rojo. Los dos mayores, de nombre Rufo y Alejandro, se unieron más adelante a los discípulos de Jesús. El tercero era mucho más pequeño, pero unos pocos años más tarde lo vi viviendo con san Esteban. Simón no había acarreado durante mucho rato la cruz, cuando se sintió profundamente tocado por la gracia.

EL LIENZO DE LA VERÓNICA

La comitiva entró en una calle larga que torcía un poco a la izquierda y que estaba cortada por otras calles que la cruzaban. Muchas personas bien vestidas se dirigían al Templo; algunas no querían ver a Jesús por el temor farisaico de contaminarse; otras, por el contrario, mostraban piedad por sus sufrimientos. La procesión había avanzado unos doscientos pasos desde que Simón ayudaba a Jesús a llevar la cruz, cuando una mujer de elevada estatura y de majestuoso aspecto que llevaba de la mano a una niña, salió de una hermosa casa situada a la izquierda y se puso a caminar delante de la comitiva. Era Serafia, mujer de Sirach, miembro del Consejo del Templo, a quien desde ese día se conoce como Verónica (de *vera* e *icon,* verdadero retrato). Serafia había preparado en su casa un excelente vino aromatizado, con la piadosa intención de dárselo a beber al Señor para refrescarlo en su doloroso camino al Calvario. Cuando la vi por primera vez iba envuelta en un largo velo y llevaba de la mano a una niña de nueve años que había adoptado; del otro brazo, llevaba colgando un lienzo, bajo el que la niña escondió una jarrita de vino al ver acercarse la comitiva. Los que iban delante quisieron apartarla, mas la mujer se abrió paso a través de la multitud de soldados y esbirros, y llegó hasta Jesús, se arrodilló a su lado y le ofreció el lienzo, diciéndole: «Permite que limpie la cara de mi Señor.» Jesús cogió el paño con su mano izquierda, enjugó con él su cara ensangrentada y se lo devolvió, dándole las gracias. Serafia, después de haberlo besado, lo metió debajo de su capa y se levantó. La niña tendió tímidamente la jarrita de vino hacia Jesús, pero los soldados no permitieron que bebiera. Lo inesperado del valiente gesto de Verónica había sorprendido a los guardias, y provocado una momentánea e involuntaria detención, que Verónica aprovechó para ofrecer el lienzo a su Divino Señor. Los fariseos y los alguaciles, irritados por esta parada y, sobre todo, por este testimonio público de veneración que se había rendido a Jesús,

pegaron y maltrataron a Nuestro Señor, mientras Verónica entraba corriendo en su casa.

En cuanto estuvo dentro, extendió el lienzo sobre la mesa que tenía delante y cayó de rodillas casi sin conocimiento. La niña se arrodilló a su lado, llorando. Una amiga que fue a visitarla la halló así, junto al lienzo extendido, y vio que la cara ensangrentada de Jesús estaba estampada en él en todos sus detalles. Se quedó atónita, hizo volver en sí a Verónica y le mostró el lienzo, delante del cual ella se arrodilló, llorando y diciendo: «Ahora puedo morir feliz, pues el Señor me ha dado un recuerdo de sí mismo.» Este paño era de tela fina, tres veces más largo que ancho, y se llevaba habitualmente alrededor del cuello: era costumbre llevar un lienzo semejante al socorrer a los afligidos y a los enfermos, y limpiarles la cara con él en señal de dolor o de compasión. Verónica guardó siempre el lienzo en la cabecera de su cama. Después de su muerte fue para la Santísima Virgen, y luego para la Iglesia, por medio de los apóstoles.

CUARTA Y QUINTA CAÍDAS DE JESÚS

Las llorosas hijas de Jerusalén

La comitiva estaba todavía a cierta distancia de la puerta situada en la dirección sudoeste. Para llegar a ella, hay que pasar bajo una bóveda, por encima de un puente y por debajo de otra bóveda. A la izquierda de la puerta, la muralla de la ciudad se dirige hacia el sur y rodea el monte de Sión. Al acercarse a la puerta los brutales esbirros empujaron a Jesús dentro de un lodazal. Simón el Cireneo, en su intento de evitar el lodazal, ladeó la cruz, causando la cuarta caída de Jesús, esta vez en el lodo. Entonces, en medio de sus lamentos, dijo con voz inteligible: «¡Ah, Jerusalén, cuánto te he amado!, he querido reunir a tus hijos como la gallina cobija a sus polluelos debajo de sus alas, y tú me echas tan cruelmente fuera de tus puertas.» Al oír estas palabras, los fariseos lo insultaron de nuevo, le pegaron y lo arrastraron para sacarlo del lodo. Simón el Cireneo se indignó tanto al ver esta crueldad, que exclamó: «Si no cesáis vuestras infamias, dejo la cruz, aunque me matéis a mí también.» Al traspasar la puerta se ve un camino estrecho y pedregoso, que se dirige al monte Calvario. El camino principal, del cual se aparta aquél, se divide en tres a cierta distancia; el uno tuerce a la izquierda y conduce a Belén por el valle de Sión; el otro se dirige al occidente y llega hasta Emaús y Jope; el tercero rodea el Calvario y finaliza en la puerta del Ángulo, que conduce a Betsur. Desde esta puerta, por donde salió Jesús, se puede ver la de Belén. Habían puesto, en el lugar donde comienza el camino al Calvario, una tabla anunciando la muerte de Jesús y de los dos ladrones. Cerca de ese punto

había una multitud de mujeres que lloraban y gemían. Eran vírgenes y pobres mujeres de Jerusalén con sus niños en brazos, que habían ido delante de la comitiva; otras habían venido para la Pascua, de Belén, de Hebrón y de los lugares vecinos. Jesús desfalleció pero no cayó al suelo porque Simón dejó la cruz en tierra, se acercó a Él y lo sostuvo. Ésta es la quinta caída de Jesús bajo el peso de la cruz. Cuando las mujeres vieron su cara tan desfigurada y tan llena de heridas comenzaron a lamentarse y a llorar y, según la costumbre de los judíos, le acercaban sus ropas para que se limpiara el rostro con ellas. Jesús se volvió hacia las mujeres y les dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloréis sobre mí, llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos, pues vendrá un tiempo en que se dirá: "Felices las estériles y las entrañas que no han engendrado y los pechos que no han dado de mamar." Entonces empezarán a decir a los montes: "Caed sobre nosotros"; y a las alturas: "Cubridnos, pues; si así se trata la madera verde, ¿qué será con la seca?".» Después les dirigió unas palabras de consuelo que he olvidado. Y allí se pararon durante un momento. Los que llevaban los instrumentos del suplicio, se adelantaron hacia el monte Calvario acompañados por cien soldados romanos de la escolta de Pilatos. Éste les seguía de lejos, pero al llegar a la puerta se volvió a la ciudad.

SEXTA Y SÉPTIMA CAÍDAS DE JESÚS

Jesús en el Gólgota

Se pusieron en marcha; Jesús, encorvado bajo su carga y bajo los golpes de los verdugos, subió con mucho esfuerzo el duro camino que se dirigía al norte, entre las murallas de la ciudad y el monte Calvario, en el lugar en donde el sendero tuerce hacia el sur, se cayó por sexta vez, y esta caída fue muy dolorosa. Lo empujaron y le pegaron más brutalmente que nunca y llegó luego a la roca del Calvario, donde cayó por séptima vez. Simón el Cireneo, también muy cansado, estaba lleno de indignación y de piedad. Pese a su fatiga, hubiera querido seguir ayudando a Jesús, pero los esbirros lo echaron. Poco tiempo después se unió a los discípulos de Jesús. Echaron también toda la gente ociosa que había ido. Los fariseos, a caballo, habían seguido caminos cómodos, situados al lado occidental del Calvario; desde esa altura se podía ver por encima de los muros de la ciudad. El llano que había en la elevación, que era el sitio del suplicio, tenía forma circular y estaba rodeado de un terraplén cortado por cinco caminos. Éste es al parecer un número usual en muchos sitios del país; hay cinco caminos hasta los baños, hasta donde se bautiza, hasta la piscina de Betesda; muchos pueblos tienen también cinco puertas. Hay en esto, como en todo

lo de la Tierra Santa, una profunda significación profética, a causa de las cinco llagas del Salvador, que abren las cinco puertas del Cielo.

Los fariseos a caballo se pararon delante de la llanura, en el lado occidental de la montaña, donde la pendiente es suave. La vertiente por donde se conduce a los condenados es, en cambio, áspera y ardua. Los cien soldados romanos se hallaban dispersos acá y allá. Algunos estaban con los dos ladrones, que no habían sido conducidos al llano para dejar el lugar libre, pero a quienes habían dejado recostar en el suelo un poco más abajo, dejándoles los brazos atados a los maderos transversales de sus cruces. Los soldados los vigilaban mientras mucha gente, la mayor parte de clase baja, extranjeros, esclavos, paganos, muchas mujeres y todas las personas que no temían contaminarse, rodeaban el llano o permanecían sobre las elevaciones próximas.

Eran las doce menos cuarto cuando Nuestro Señor, llevando su cruz, tuvo la última caída y llegó al preciso lugar donde iba a ser crucificado. Los bárbaros tiraron de Jesús para levantarlo, desataron los diferentes trozos de la cruz y los colocaron en el suelo. ¡Qué doloroso espectáculo representaba el Salvador allí, de pie en el sitio de su suplicio, tan triste, tan pálido, tan destrozado, tan ensangrentado! Los esbirros lo tiraron al suelo para medirlo, y se burlaban de Él diciéndole: «Rey de los judíos, deja que construyamos tu trono.» Pero Él mismo se colocó sobre la cruz donde le tomaron la medida para los soportes de pies y manos; después lo condujeron unos setenta pasos al norte, a una especie de hoyo abierto en la roca que parecía un silo. Lo empujaron dentro tan brutalmente, que se hubiera roto las piernas contra la piedra si los ángeles no lo hubieran socorrido. Le oí gemir de dolor de un modo que partía el corazón. Cerraron la entrada y dejaron centinelas fuera, mientras los esbirros continuaban sus preparativos para la crucifixión. En medio del llano circular se hallaba el punto más elevado del Calvario; era un montículo redondeado, de dos pies de altura al que se subía por unos escalones. Los esbirros cavaron en él tres agujeros para clavar las tres cruces y pusieron a derecha e izquierda las de los dos ladrones, excepto las piezas transversales, a las cuales ellos tenían las manos atadas, y que fueron fijadas después sobre la pieza principal. Situaron la cruz de Jesús en el sitio donde debían colocarla, de modo que luego pudieran levantarla sin dificultad y dejarla caer dentro del agujero. Clavaron los dos brazos y el pedazo de madera para sostener los pies, horadaron la madera para meter los clavos y colgar la inscripción, hicieron incisiones para la cabeza y la espalda de Nuestro Señor, a fin de que todo su cuerpo fuese sostenido por la cruz y no colgado, y que todo el peso no pendiera de las manos, ya que entonces podrían abrirse, y llegar la muerte más rápido de lo deseado. Clavaron estacas en la tierra y fijaron en ellas un madero que debía servir de apoyo a las cuerdas para levantar la cruz, e hicieron, en fin, otros preparativos similares.

MARÍA Y LAS SANTAS MUJERES VAN AL CALVARIO

Después de su doloroso encuentro con Jesús portando la cruz, la afligida Madre fue recogida sin conocimiento por Juan y las santas mujeres. Acompañada por ellos, fue a casa de Lázaro, cerca de la puerta del Ángulo, donde estaban reunidas Marta, Magdalena y muchas otras santas mujeres. Unas diecisiete abandonaron la casa para acompañar a Jesús en el camino de la Pasión, es decir, para seguir cada paso que El hubiera dado en su penoso avance. Las vi, cubiertas con sus velos, en la *plaza,* sin hacer caso de los insultos del pueblo, besar el suelo en donde Jesús había cargado con la cruz y seguir el camino que Él había seguido. María buscaba las huellas de sus pasos e, interiormente iluminada, mostraba a sus compañeras los lugares consagrados por algún particular padecimiento. De este modo la devoción más sentida de la Iglesia fue grabada por la primera vez en el corazón maternal de María con la espada que predijo el viejo Simeón; pasó de su boca sagrada a sus compañeras y de éstas hasta nosotros. Así la tradición de la Iglesia se perpetúa del corazón de la Madre al corazón de los hijos.

Cuando estas santas mujeres llegaron a la altura de la casa de Verónica, entraron en ella porque Pilatos y sus oficiales cruzaban en ese momento la calle y no querían tropezarse con ellos. Al ver allí las santas mujeres la cara de Jesús estampada en el lienzo lloraron y dieron gracias a Dios por ese don que había hecho a su fiel sierva. Cogieron la jarrita de vino aromatizado que no habían dejado beber a Jesús y se dirigieron todas juntas hacia el monte de Gólgota. Su número se iba incrementando con muchas personas de buena voluntad, entre ellas cierto número de hombres. Subieron al Calvario por la vertiente occidental, por donde la subida es más cómoda. La Madre de Jesús, su sobrina María, hija de Cleofás, Salomé y Juan se acercaron hasta el llano circular. Marta, María de Helí, la hermana mayor de la Virgen, Verónica, Juana Cusa, Susana y María, la madre de Marcos, se detuvieron a cierta distancia con Magdalena, que estaba transida de dolor. Más abajo de la montaña había un tercer grupo de santas mujeres, y unas pocas que llevaban mensajes de un grupo al otro. Los fariseos a caballo iban y venían por los alrededores de la llanura, y en los cinco accesos había soldados romanos. ¡Qué espectáculo para María el ver en este sitio del suplicio los clavos, los martillos, las cuerdas, la terrible cruz, los verdugos medio desnudos y casi borrachos llevando a cabo sus horrendos preparativos con mil imprecaciones! La ausencia de Jesús aumentaba su martirio; sabía que estaba todavía vivo, deseaba verlo y temblaba al pensar en los tormentos a que le vería expuesto.

Desde las diez de la mañana, la hora en que la sentencia fue pronunciada, fue cayendo granizo a intervalos, después el cielo se serenó; pero, de las doce en adelante, una niebla rojiza oscureció el sol.

JESÚS CRUCIFICADO Y REFRESCADO CON VINAGRE

Cuatro esbirros fueron a buscar a Jesús al silo donde lo habían encerrado, lo trataron con su habitual brutalidad, llenándolo de ultrajes en los últimos pasos que le quedaban por dar; luego lo arrastraron sobre el montículo. Cuando las santas mujeres lo vieron, dieron dinero a un hombre para que comprara de los verdugos el permiso de dar de beber a Jesús el vino aromatizado de Verónica. Pero los miserables se lo negaron, y se bebieron en cambio ellos el vino. Los esbirros llevaban consigo dos vasijas, una con vinagre y hiel, la otra con una bebida que parecía vino mezclado con mirra y absenta; presentaron esta última bebida al Señor, pero Jesús, tras mojar sus labios con ella, no bebió. Había dieciocho esbirros sobre la elevación. Los seis que habían azotado a Jesús, los cuatro que lo habían conducido, dos que habían sostenido las cuerdas atadas a la cruz y seis que debían crucificarlo. Eran extranjeros mercenarios pagados por judíos y romanos. Eran hombres de poca estatura pero robustos, y sus caras feroces, junto a sus cabellos crespos, los asemejaban más a animales que a personas.

Esta escena era tanto más espantosa para mí en cuanto que veía por todas partes horribles espíritus malignos bajo formas diversas; como serpientes, sapos, etc. Veía con frecuencia sobre Jesús figuras de ángeles llorando, también veía ángeles compasivos que consolaban a la Santísima Virgen y a los amigos de Jesús.

JESÚS CLAVADO EN LA CRUZ

Los esbirros despojaron a Nuestro Señor de su capa, del cinturón con el cual lo habían arrastrado y de su propio cinto. Le quitaron después la sobrevesta de lana blanca y, como no podían sacarle la túnica sin costuras que su Madre le había hecho, a causa de la corona de espinas, le arrancaron sin miramientos esta corona de la cabeza, abriendo de nuevo todas sus heridas. No le quedaba más que su escapulario corto de lana sobre los hombros y un lienzo alrededor de los riñones. El escapulario se había pegado a sus heridas abiertas y sufrió dolores indecibles cuando se lo quitaron. El Hijo del Hombre temblaba, estaba cubierto de llagas, sus hombros y sus espaldas estaban desgarrados hasta los huesos. Le hicieron sentarse sobre una piedra y le colocaron otra vez la corona sobre la cabeza.

En ese momento le arrancaron también el lienzo que llevaba ceñido a la cintura, con lo que dejaron al Salvador desnudo ante todos ellos, gente pervertida. Le ofrecieron de beber en un vaso vinagre con hiel, pero Él, sin decir nada, volvió la cabeza y no lo tomó. Pero cuando le cogieron otra vez agarrándole de los brazos, destapando así la desnudez que Él intentaba cubrir, se oyó el murmullo y la protesta de los amigos de Jesús. La Madre rezaba fervorosamente y quería quitarse el velo para dárselo a Él, pero en este momento un hombre llegó corriendo, se abrió paso entre los esbirros y ofreció a Jesús un lienzo, que éste aceptó agradecido y con el que se cubrió. Este hombre, llamado por las oraciones de la Santísima Virgen, sólo dijo: «¿Ni siquiera vais a dejar que se cubra?», y desapareció tan precipitadamente como había aparecido. Era Jonadab, un sobrino de san José. No era un seguidor de Jesús, pero era un hombre honesto. Ya se sintió muy irritado cuando vio que Jesús había sido desnudado para la flagelación y, mientras subían hacia el Calvario, él estaba en el Templo, pero las oraciones de la Santísima Virgen le dieron una revelación interior, y fue hacia allí a prestar este servicio a Jesús.

A continuación, tumbaron a Jesús sobre la cruz y extendiendo su brazo derecho sobre el madero derecho de la cruz, lo ataron fuertemente; uno de ellos puso la rodilla sobre el pecho sagrado, otro le abrió la mano, un tercero apoyó sobre la carne un clavo grueso y largo y lo clavó con un martillo de hierro. Un gemido suave y claro salió del pecho de Jesús, su sangre salpicó los brazos de sus verdugos. Los clavos eran muy largos, la cabeza chata y del ancho de una moneda; tenían tres caras, eran del grueso de un dedo pulgar; la punta sobresalía por detrás de la cruz. Después de haber clavado la mano derecha de Nuestro Señor, los verdugos vieron que la mano izquierda no llegaba al agujero que habían abierto. Entonces ataron una cuerda al brazo izquierdo de Jesús y tiraron de él con toda la fuerza hasta lograr que la mano coincidiera con el agujero. Esta brutal dislocación de sus brazos lo atormentó horriblemente, su pecho se levantó y sus piernas se contrajeron. Los esbirros se arrodillaron de nuevo sobre su cuerpo y hundieron otro clavo en la mano izquierda: los gemidos se oían en medio de los martillazos, pero no despertaron en los verdugos ninguna piedad. Los brazos de Jesús, extendidos, llegaban a cubrir completamente los brazos de la cruz. La Santísima Virgen sentía en sí misma cada insulto y cada nuevo tormento infligido a su Hijo. Estaba pálida como un cadáver y los gemidos no cesaban de salir de su pecho. Los fariseos se burlaron de ella y la increparon. Magdalena estaba fuera de sí. Se despedazaba la cara: sus ojos y sus carrillos estaban sangrientos. Los discípulos llevaron al grupo de mujeres un poco más lejos.

Los esbirros habían clavado en la cruz un pedazo de madera para sostener los pies de Jesús a fin de que todo el peso del cuerpo no pendiera de las manos, y para evitar que los huesos de los pies se rompieran al

sostenerlo. Habían hecho ya un agujero para el clavo de los pies y vaciado un poco la madera para encajar los talones. Todo el cuerpo de Jesús se había contraído hacia la parte superior de la cruz por la violenta tensión que soportaban los brazos y sus rodillas se habían doblado. Los verdugos le extendieron las piernas de nuevo y se las ataron con cuerdas a la cruz, pero los pies no llegaban al pedazo de madera que habían colocado para sostenerlos. Entonces, llenos de furia, los unos querían hacer nuevos agujeros para los clavos de las manos, y así bajar el cuerpo, pues era difícil mover el pedazo de madera más arriba, mientras otros lanzaban imprecaciones contra Jesús. «No quiere estirarse, pero nosotros vamos a ayudarle.» Entonces ataron una cuerda a su pie derecho y tiraron de él tan violentamente que lograron hacerlo llegar hasta el pedazo de madera. La dislocación fue tan espantosa que se oyó crujir el pecho de Jesús, y Él exclamó: «Dios mío, Dios mío.» Habían atado su pecho y sus brazos al madero para que el peso del cuerpo no arrancara las manos de los clavos. El padecimiento era insoportable. Ataron después el pie izquierdo sobre el derecho y lo taladraron aparte porque no coincidía con el otro y no podían clavarlos juntos. Cogieron un clavo más largo que los de las manos y lo clavaron con el martillo atravesando los pies y el pedazo de madera hasta el mástil de la cruz. Esta operación fue más dolorosa que todo lo demás, a causa de la dislocación antinatural de todo el cuerpo. Conté hasta treinta y seis martillazos. Durante toda la crucifixión, Nuestro Señor no dejaba de rezar; entre gemidos, repetía pasajes de los salmos que lo confortaban, y de los profetas, cuyas predicciones estaba cumpliendo; no había cesado de orar así en todo el camino del Calvario y lo hizo hasta su muerte. Yo oí y repetí con él todos estos pasajes, hasta que la inmensidad de mi pena me impidió seguir. Cuando hubieron acabado de clavar a Jesús en la cruz, el comandante de los soldados romanos ordenó que la tabla con las palabras de Pilatos fuera clavada a su vez arriba de todo de la cruz.

La Santa Virgen se había acercado a la escena sangrienta y cuando clavaron los pies de Jesús y ella oyó el estirar y crujir de sus huesos y sus gemidos, se desmayó y cayó en los brazos de sus compañeras. La gente se alborotó a su alrededor y los fariseos se burlaron de ella y de las santas mujeres que la atendían; unos cuantos discípulos la llevaron al sitio apartado donde estaba antes. Mientras duró la crucifixión estuvieron oyendo gritos de dolor y compasión entre las mujeres y voces que decían: «¿Por qué no se abre la tierra y devora su iniquidad?, ¿por qué no cae fuego del cielo y fulmina a los malhechores?»

El sol indicaba que eran las doce y cuarto cuando Jesús fue crucificado, y en el mismo momento en que elevaban la cruz, en el Templo resonaban las trompetas que celebraban la inmolación del cordero pascual.

EL ALZAMIENTO DE LA CRUZ

Durante la crucifixión, algunos de los esbirros seguían todavía excavando el agujero en el cual iría encajada la cruz, porque la piedra allí era muy dura. En cuanto Nuestro Señor estuvo clavado a los maderos, los esbirros ataron cuerdas a la parte superior de la cruz pasándolas por una anilla fijada en la parte posterior de la cruz, y con ellas unos alzaron la cruz, mientras otros la sostenían y otros empujaban el pie hasta el hoyo, en donde se hundió con todo su peso y un estremecimiento espantoso. Jesús dio un grito de dolor a causa de la sacudida, sus heridas se abrieron, su sangre corrió abundantemente y sus huesos dislocados chocaban unos con otros. Los verdugos, para asegurar el mástil lo fijaron, clavando alrededor cinco cuñas.

Fue un espectáculo horrible y a la vez conmovedor ver alzarse la cruz en medio de los gritos insultantes de los verdugos, de los fariseos, del pueblo que miraba desde lejos todo el proceso, el instrumento del suplicio vacilando un instante sobre su base y hundiéndose luego, temblando, en la tierra. El aire resonó al mismo tiempo con las exclamaciones piadosas y los llantos de las personas más santas del mundo. María, Juan y las santas mujeres; también todos aquellos que tenían el corazón puro, saludaron con un lamento de dolor al Verbo encarnado exaltado sobre la cruz. Manos vacilantes se elevaron intentando socorrerlo. Cuando la cruz se hundió en el hoyo de la roca con gran estrépito, hubo un momento de silencio solemne; todo el mundo parecía penetrado de una sensación nueva y desconocida hasta entonces. El infierno mismo se estremeció de terror al sentir el golpe de la cruz hundiéndose en la tierra y redobló sus esfuerzos contra ella. Las almas encerradas en el limbo lo oyeron con una alegría llena de esperanzas, para ellas era el sonido triunfante que los aproximaba a las puertas de la redención. La sagrada cruz se elevaba por vez primera en la tierra, como un nuevo árbol de la vida, y de las heridas de Jesús corrían sobre la tierra cinco ríos sagrados para fertilizarla y hacer de ella el nuevo paraíso del nuevo Adán.

Cuando la cruz quedó fijada en su enclave, los pies de Jesús quedaban lo bastante cerca del suelo como para que sus amigos pudieran abrazarlos y besarlos. La cara de Nuestro Señor estaba vuelta hacia el noroeste.

LA CRUCIFIXIÓN DE LOS LADRONES

Mientras crucificaban a Jesús, los dos ladrones estaban tendidos de espaldas a poca distancia de los guardias que los vigilaban. Eran acusados de haber asesinado a una mujer judía que, con sus hijos iba de Jerusalén a

Jopa. Los habían cogido en un palacio en el que Pilatos residía algunas veces, cuando iba de maniobras con sus tropas. Habían pasado mucho tiempo en prisión antes de su condena. El ladrón de la izquierda era más mayor. Era un gran criminal, el maestro y corruptor del otro. Se los solía llamar algo así como Dimas y Gesmas, pero yo he olvidado sus verdaderos nombres; llamaré, pues, al bueno Dimas y al malo Gesmas. Los dos formaban parte de la banda de ladrones establecidos en la frontera de Egipto, y en uno de sus refugios vacíos se había hospedado una noche la Sagrada Familia en su huida a Egipto con el niño Jesús. Dimas era aquel niño leproso que su madre, por consejo de María, lavó en el agua donde se había bañado el niño Jesús y que se curó al instante. Las atenciones de su madre para con la Sagrada Familia fueron recompensados con esta curación, símbolo de la sangre que Nuestro Señor iba a derramar por él en la cruz. Dimas no conocía a Jesús, mas como su corazón no era muy malo, se conmovió al ver su extremada paciencia.

En cuanto clavaron la cruz de Jesús en tierra, los esbirros fueron a decirles que era su turno, y los desataron de las piezas transversales, pues el sol empezaba a oscurecerse y en toda la Naturaleza había un movimiento como cuando se acerca una tormenta. Arrimaron escaleras a las dos cruces ya plantadas y fijaron en ellas las piezas transversales. Después de haberles dado a beber vinagre con mirra, les pasaron cuerdas debajo de los brazos y los levantaron con ellas en el aire, apoyando los pies en escalones. Les ataron los brazos a los de la cruz con cuerdas hechas de fibra de árbol, los ataron por las muñecas, los codos, las rodillas y los pies, y apretaron tan fuerte que se les dislocaron las coyunturas y abrió la carne, y de allí brotó sangre. Dieron gritos terribles y el buen ladrón dijo cuando le subían: «Si nos hubieseis clavado como al pobre Galileo os habríais ahorrado la molestia de tener que levantarnos así.»

LOS VERDUGOS SE REPARTEN LAS VESTIDURAS DE JESÚS

Mientras tanto, los verdugos habían hecho varios montones con trozos de los vestidos de Jesús, e iban a repartírselos. Partieron su capa y su túnica blanca, también el lienzo que llevaba alrededor del cuello, la cintura y el escapulario. No pudiendo saber a quién le tocaría la túnica de lana sin costuras que servía para nada, trajeron una mesita con números, sacaron unos dados con dibujos y la sortearon. Pero un criado de Nicodemo y de José de Arimatea vino a decirles que había gente dispuesta a comprar los vestidos de Jesús; entonces los juntaron todos y los vendieron, y así se conservaron estos preciosos despojos.

JESÚS CRUCIFICADO. LOS DOS LADRONES

El golpe terrible de la cruz al hundirse en la tierra, sacudió violentamente todo el cuerpo de Jesús, desde la cabeza, coronada de espinas hasta los pies. Eso lo hizo sangrar en abundancia por todas sus heridas. Los verdugos apoyaron escaleras en la cruz y ajustaron las cuerdas con que habían atado al Salvador, para que no se desgarrasen los pies y manos sujetos con clavos a causa de su peso. La sangre brotaba con fuerza de sus heridas, y era tal el padecimiento indecible de Jesús, que inclinó la cabeza sobre su pecho y se quedó como muerto unos minutos. Entonces hubo un rato de silencio; los verdugos estaban ocupados en repartirse los vestidos de Jesús. El sonido de las trompetas del Templo se perdía en el aire y todos los presentes estaban sumidos en el desaliento, en la rabia o en el dolor. Yo miraba a Jesús con compasión y espanto; lo veía inmóvil, casi sin vida; yo misma creí morir. Me hallaba en la más profunda oscuridad donde no veía más que a mi Esposo clavado en la cruz. Su cabeza, con la terrible corona y con la sangre que llenaba sus ojos, su boca entreabierta, y empapaba sus cabellos y su barba, estaba inclinada sobre el pecho; tenía la carne completamente desgarrada, sus hombros, sus codos, sus muñecas estirados hasta ser dislocados, la sangre de sus manos corría por sus brazos, su pecho levantado formaba por debajo una cavidad profunda. Sus piernas, como sus brazos, sus miembros, sus músculos, su piel toda, habían sido estirados a tal extremo que se podían contar sus huesos; la sangre goteaba de sus pies sobre la tierra, todo su cuerpo estaba cubierto de heridas y llagas, de manchas negras, azules y amarillas; sus heridas se habían abierto a causa de la tensión, y el preciado líquido de su sangre se estaba volviendo cada vez más claro de color y de la consistencia del agua; su cuerpo sagrado estaba cada vez más blanco. A pesar de las horribles heridas que lo cubrían, el cuerpo de Jesús se veía indescriptiblemente noble y venerable. El Hijo de Dios seguía transmitiendo su bondad, el inmenso amor que lo había llevado a sacrificarse por toda la humanidad.

El color de la piel de Jesús, como el de María, era delicado, con una ligera tonalidad rosada. Por las muchas caminatas y los viajes en los últimos tres años su cara se había ido volviendo morena. Jesús era de tórax amplio pero no era velludo, como Juan el Bautista, que lo tenía cubierto de un pelo rojizo. Sus hombros eran anchos, sus brazos robustos, sus muslos nervudos, sus rodillas fuertes y endurecidas como las del hombre que ha viajado mucho, los muslos largos y las pantorrillas musculosas, sus pies eran de bella forma y sólidamente construidos, sus manos eran hermosas, de dedos largos y finos y, sin ser delicadas, no eran como las de un hombre que las emplea en trabajos penosos. Su cuello no era corto, pero sí robusto, su cabeza, hermosamente proporcionada, de frente alta y ancha, y un rostro de óvalo puro; el cabello era color de cobre oscuro, no era muy espeso, y

quedaba abierto naturalmente en lo alto de la frente para luego caer sobre sus hombros; llevaba una barba corta y acabada en punta. Ahora sus cabellos estaban arrancados y llenos de sangre, su cuerpo era todo él una llaga y todos sus miembros estaban quebrantados.

Entre las cruces de los ladrones y la de Jesús había espacio suficiente como para que pudiese pasar un hombre a caballo; las de Dimas y Gesmas estaban clavadas un poco más abajo y ligeramente vueltas hacia la de Jesús. Los ladrones sobre sus cruces presentaban un horrible espectáculo, sobre todo el de la izquierda, que tenía siempre en la boca injurias e imprecaciones. Las cuerdas con que estaban atados les hacían sufrir mucho. Sus caras estaban lívidas, los ojos se les salían de las órbitas.

PRIMERA PALABRA DE JESÚS EN LA CRUZ

Tras haber crucificado a los dos ladrones y repartirse los vestidos de Jesús, los verdugos, lanzando nuevas maldiciones contra Nuestro Señor, recogieron sus herramientas y se retiraron. Los fariseos pasaron a caballo delante de Jesús llenándolo de injurias y se fueron también. Los cien soldados romanos fueron relevados por otros cincuenta. Éstos eran conducidos por Abenadar, árabe de nacimiento, bautizado después con el nombre de Ctesifón; el segundo jefe, que se llamaba Casio y recibió después el nombre de Longino, llevaba con frecuencia los mensajes de Pilatos. Acudieron también doce fariseos, doce saduceos, doce escribas y algunos ancianos, entre ellos, los que habían pedido inútilmente a Pilatos que cambiase la inscripción de la tabla de la cruz, y cuya rabia se había incrementado con la negativa del gobernador. Dieron la vuelta al llano a caballo e hicieron apartar a la Santísima Virgen, que Juan acompañó junto a las otras mujeres. Cuando pasaron delante de Jesús, menearon desdeñosamente la *cabeza*, diciendo: «Tú, que ibas a destruir el Templo y levantarlo de nuevo en tres días, tú que has salvado a otros, según dicen, ¿no puedes salvarte a ti mismo? ¡Si eres el Hijo de Dios, el Cristo, baja de la cruz!» Los soldados se unieron a las burlas: «Sí, si es el rey de Israel, que baje de la cruz y también nosotros creeremos en Él.»

Jesús parecía a punto de expirar, perdía el conocimiento. Viéndolo así, Gesmas, el ladrón de la izquierda, dijo: «El demonio que lo poseía le ha abandonado.» Un soldado puso en la punta de un palo una esponja empapada en vinagre y la acercó a los labios de Jesús, que pareció beber el líquido. El soldado le decía: «Si eres el rey de los judíos, sálvate, baja de la cruz.» Todo esto pasaba mientras la primera tropa era relevada por la de Abenadar. En ese momento, Jesús levantó un poco la cabeza y dijo: «Padre mío, perdónales, pues no saben lo que hacen.» Gesmas le gritó: «Tú, si eres el Cristo, sálvate y sálvanos.» Dimas, el buen ladrón, se sintió conmovido

al oír que Jesús rogaba por sus enemigos. Cuando María oyó la voz de su Hijo, nada pudo contenerla: se precipitó hacia la cruz con Juan, Salomé y María de Cleofás. El centurión no las rechazó. Dimas, el buen ladrón, obtuvo en este momento, por la oración de Jesús, una iluminación interior. Reconoció que Jesús y su Madre le habían curado en su niñez y dijo en voz clara y fuerte: «¿Cómo podéis injuriarlo cuando está rogando por vosotros? No ha dicho una palabra, ha sufrido pacientemente todas vuestras vejaciones; es un profeta, es nuestro rey, es verdaderamente el Hijo de Dios.» Al oír esta reprensión de boca de un miserable asesino, se elevó un gran tumulto en medio de los presentes, que cogieron piedras para tirárselas, pero el centurión Abenadar no lo permitió. Mientras tanto, la Santísima Virgen se sintió fortificada por la oración de Jesús, y Dimas dijo a su compañero, que continuaba injuriando a Jesús: «¿No tienes temor de Dios, tú que estás condenado al mismo suplicio? Nosotros lo merecemos justamente, recibimos el castigo por nuestros crímenes, pero este hombre no ha hecho ningún mal. Piensa en tu última hora y conviértete.» Estaba iluminado y tocado de la gracia divina; confesó sus culpas a Jesús, diciendo: «Señor, si me condenas será con justicia, pero ten misericordia de mí.» Jesús le dijo: «Tus pecados te son perdonados», y Dimas, con perfecta convicción, dio las gracias a Jesús por el inmenso don que le había concedido. Todo lo que acabo de contar sucedió entre las doce y las doce y media, pocos minutos después de que la cruz fuera alzada, y pronto iba a haber un gran cambio en el alma de los espectadores, mientras el buen ladrón estaba hablando, a causa de los signos que empezaron a verse en la Naturaleza.

EL SOL SE OSCURECE

Segunda y tercera palabras de Jesús en la cruz

Desde que Pilatos pronunció la sentencia, el cielo, hasta aquel momento despejado, había ido cubriéndose de nubes, pero a la sexta hora, según el modo de contar de los judíos, que corresponde a las doce y media, el sol se apagó de repente. Yo vi cómo sucedió, pero no encuentro palabras para expresarlo. Primero fui transportada como fuera de la tierra; desde allí vi las divisiones del cielo y el camino de las estrellas, que se cruzaban de un modo maravilloso, y en seguida me hallé en Jerusalén. La luna apareció llena y pálida sobre el monte de los Olivos, y fue avanzando rápidamente hacia el sol. De repente, de la derecha del sol vi aparecer un cuerpo oscuro similar a una montaña y que, colocándose ante él, lo cubrió por completo. El centro de este cuerpo era de un naranja oscuro y estaba rodeado de un círculo de fuego semejante a un anillo de hierro candente. El cielo se volvió

negro y las estrellas aparecieron en él despidiendo una luz ensangrentada. El terror general se apoderó de los hombres y de los animales; los que injuriaban a Jesús callaron. Muchas personas se daban golpes en el pecho, diciendo: «Que su sangre caiga sobre sus asesinos.» Muchos, cerca y lejos, se arrodillaron pidiendo perdón y Jesús, en medio de sus dolores, los miró compasivo. Cuando las tinieblas aumentaron, todos los más queridos amigos del Salvador, excepto María, se alejaron aterrorizados de la cruz. Dimas levantó la cabeza hacia Jesús y, con una humilde esperanza, le dijo: «Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu Reino.» Jesús le respondió: «En verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el paraíso.»

La Madre de Jesús, Magdalena, María de Cleofás y Juan permanecían junto a la cruz de Nuestro Señor, sin apartar la vista de Él. María le pedía interiormente que la dejara morir con Él. El Salvador la miró con una ternura inefable y, volviendo los ojos hacia Juan, dijo a María: «Mujer, éste es tu hijo.» Después dijo a Juan: «Ésta es tu madre.» Juan, al pie de la cruz del Redentor moribundo, abrazó, transido de dolor, a la Madre de Jesús, que ahora era la suya. La Santísima Virgen se sintió tan ahogada de dolor al oír estas últimas disposiciones de su Hijo, que cayó sin conocimiento en brazos de las santas mujeres, que la llevaron a alguna distancia de la cruz.

Yo no sé si oí realmente estas palabras dichas por Jesús a Juan y a su Madre o sólo en mi interior, pero supe que, al darle Nuestro Señor a Juan a la Santísima Virgen como Madre, estaba entregándonosla también a todos los que creemos en Él.

Eran poco más o menos la una y media y fui transportada a la ciudad de Jerusalén para ver lo que pasaba. La hallé llena de agitación y de inquietud; las calles estaban oscurecidas por una niebla espesa y los hombres andaban a tientas. Muchos estaban tendidos por el suelo, con la cabeza descubierta, gimiendo y dándose golpes en el pecho; otros se subían a los tejados, miraban al cielo y se lamentaban, hasta los animales aullaban y se escondían. Las aves volaban bajo y caían al suelo muertas. Vi que Pilatos fue a visitar a Herodes; estaban ambos muy agitados y miraban a su alrededor desde la misma terraza donde, por la mañana, Pilatos había visto a Jesús entregado a los ultrajes del pueblo. «Esto no es natural —decía Pilatos—, es la cólera de los dioses por la crueldad con que se ha tratado a Jesús.» Después los vi ir al palacio atravesando la *plaza*. Caminaban de prisa y estaban rodeados de soldados. Pilatos no volvió los ojos del lado de Gábbata, donde había condenado a Jesús. En la plaza no había nadie, algunas personas entraban corriendo en sus casas. Se veía formarse grupos. Pilatos mandó llamar a su palacio a los judíos más ancianos y les preguntó qué significaban aquellas tinieblas. Les dijo, muy asustado, que eran un presagio espantoso, que su Dios estaba irritado contra ellos porque habían perseguido a muerte al Galileo, que era en verdad su profeta y su rey; que

él se había lavado las manos, que él era inocente de esta muerte, etc. Pero los ancianos persistieron en su dureza de corazón y atribuyeron todo lo que pasaba a causas que no tenían nada de sobrenatural, y ni siquiera así se convirtieron. Sin embargo, mucha gente y entre ellos todos los soldados que en el prendimiento de Jesús en el huerto de los Olivos habían caído fulminados por el ataque, se convirtieron. La multitud se iba agrupando delante de la casa de Pilatos y en el mismo sitio en que por la mañana habían gritado: «¡Mátalo! ¡Crucifícalo!», ahora gritaban: «¡Muera el juez inicuo! ¡Que la sangre del inocente caiga sobre sus verdugos!» Pilatos estaba muy asustado, mandó reforzar la guardia e intentó hacer recaer toda la culpa sobre los judíos. El terror y la angustia llegaban a su colmo en el Templo; estaban a punto de sacrificar el cordero pascual cuando las tinieblas se abatieron de repente sobre ellos. La agitación y el espanto les hacía dar alaridos. Los sacerdotes se esforzaron por mantener el orden y la tranquilidad, encendieron todas las lámparas, pero el desorden aumentaba cada vez más. Yo vi a Anás, aterrorizado, correr de un rincón a otro para esconderse; la oscuridad iba en aumento.

Sobre el Gólgota las tinieblas produjeron una terrible consternación. Cuando el sol empezó a ocultarse, los gritos, las imprecaciones, la actividad de los hombres ocupados en levantar las cruces, los lamentos de los dos ladrones, los insultos de los fariseos, las idas y venidas de los soldados la marcha tumultuosa de los verdugos borrachos habían ido disminuyendo. Pero conforme las tinieblas se hacían más densas los presentes estaban más sobrecogidos y se alejaban más de la cruz. Fue entonces cuando Jesús dijo sus palabras a su Madre y a Juan, y María fue llevada desmayada a cierta distancia. Tras eso, hubo un instante de silencio solemne. Algunos miraban al cielo, la conciencia de otros se despertaba y volvían los ojos hacia la cruz llenos de arrepentimiento, y se daban golpes de pecho. Los que tenían estos sentimientos se juntaron. Los fariseos, aunque tan aterrorizados como los demás, intentaban explicarlo todo con razones naturales, pero cada vez iban hablando más bajo y acabaron por callarse. El disco del sol era de un naranja oscuro, como las montañas miradas a la claridad de la luna, estaba rodeado de un círculo de fuego y las estrellas brillaban con una luz ensangrentada. Los pájaros caían al suelo, muertos de terror, las bestias temblaban y los caballos de los fariseos se apretaban estrechamente unos con otros, agachando la *cabeza.* Las tinieblas lo penetraron todo.

JESÚS SE QUEDA SOLO.
SU CUARTA PALABRA EN LA CRUZ.

El silencio reinaba en torno a la cruz. Todo el mundo se había alejado. El Salvador había quedado sumido en un profundo abandono.

Volviéndose a su Padre celestial le pedía con amor por sus enemigos. Ofrecía el cáliz de su sacrificio por su redención. Yo vi a mi esposo sufrir como un hombre afligido lleno de angustia, abandonado de toda consolación divina y humana, y, obligado, sin ayuda ni esperanza, a atravesar solo la tormenta de la tribulación. Sus sufrimientos eran inexpresables, y por ellos nos fue concedida la fuerza de resistir a los mayores terrores del abandono, cuando todos los afectos que nos unen a este mundo y esta vida terrestre se rompen y al mismo tiempo el sentimiento de la ira nos obnubila; nosotros no podríamos salir victoriosos de esta prueba, de no ser uniendo por medio de la gracia divina. Desde el sacrificio de Jesús ya no hay para los cristianos ni soledad, ni abandono, ni desesperación ante la cercanía de la muerte, pues Jesús, que es la luz, el camino y la verdad, ha ido por delante de nosotros por ese tenebroso camino, llenándolo de bendiciones y ha plantado en él su cruz para desvanecer nuestros espantos. Jesús, abandonado, pobre y desnudo, se ofreció a sí mismo por nosotros, convirtió su abandono en un rico tesoro, ofreció su vida, sus fatigas, su amor, sus padecimientos y el doloroso sentimiento de nuestra ingratitud. Rezó delante de Dios por todos los pecadores. No olvidó a nadie, a todos acompañó en su abandono, rogó también por los heréticos.

Hacia las tres, Jesús lanzó un grito: «Elí, Elí, lamina sabachtani?», que significa: «¡Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?!» El grito de Nuestro Señor interrumpió el profundo silencio que reinaba alrededor de la cruz; los fariseos se volvieron hacia Él y uno dijo: «Llama a Elías.» Otro: «Veremos si Elías vendrá a socorrerlo.» Cuando María oyó la voz de su Divino Hijo nada pudo detenerla. Se acercó otra vez al pie de la cruz con Juan, María de Cleofás, Magdalena y Salomé. Mientras el pueblo temblaba y gemía, un grupo de treinta notables de Judea y de los contornos de Jopa, pasaban por allí en dirección a la fiesta y, cuando vieron a Jesús en la cruz y los signos amenazadores de la Naturaleza, exclamaron llenos de horror: «¡Maldita sea esta ciudad! Si el Templo de Dios no estuviera en ella, merecería ser quemada por haber atraído sobre sí tanta iniquidad.» Estas palabras causaron una gran impresión en la gente. Hubo una explosión de murmullos y de gemidos y todos los que tenían los mismos sentimientos se reunían. Los allí presentes se dividieron en dos partidos. Los unos lloraban, los otros pronunciaban injurias e imprecaciones; sin embargo, los fariseos hablaban en tono menos arrogante, y temiendo una insurrección popular, se pusieron de acuerdo con el centurión Abenadar. Dieron órdenes para cerrar la puerta más cercana de la ciudad e impedir que nadie entrara o saliera. Al mismo tiempo, enviaron un mensaje a Pilatos y a Herodes para pedir al primero quinientos hombres, y al segundo sus guardias para impedir una revuelta. Mientras tanto, el centurión

Abenadar mantenía el orden y también impedía los insultos contra Jesús para no irritar más al pueblo.

Poco después de las tres el cielo empezó a abrirse, la luna fue alejándose del sol, éste apareció despojado de sus rayos y envuelto en jirones de niebla roja; poco a poco comenzó a brillar de nuevo y las estrellas desaparecieron. Sin embargo, el cielo seguía cubierto. Los enemigos de Jesús fueron recobrando su arrogancia a medida que la luz volvía. Cuando dijeron: «Llama a Elías», Abenadar los mandó callar.

LA MUERTE DE JESÚS.
QUINTA, SEXTA Y SÉPTIMA PALABRAS DE JESÚS EN LA CRUZ

A la pálida luz del sol, el cuerpo de Jesús se veía más lívido y pálido que antes, por la pérdida de sangre. Agonizaba, tenía la lengua seca: «Tengo sed», dijo. Y como sus amigos lo rodeaban mirándolo apenados e impotentes, añadió: «¿No podríais haberme dado una gota de agua?»; y ellos comprendieron que les estaba diciendo que, mientras durasen las tinieblas, nadie se lo hubiera impedido. Juan, lleno de remordimientos, dijo: «¡Oh, Señor, te hemos olvidado!» Jesús añadió otras palabras cuyo sentido era éste: «Mis parientes y amigos debían olvidarme y no darme de beber, para que se cumpliera lo que está escrito.» Pero ese olvido lo afligía mucho. Sus amigos entonces dieron dinero a los soldados para obtener permiso para darle un poco de agua; ellos no se lo dieron, pero uno de ellos mojó una esponja en vinagre y hiel, y colocándola en la punta de una lanza, la puso delante de la boca del Señor. Entre otras palabras que Jesús dijo entonces, recuerdo éstas: «Cuando mi voz no se oiga más, las bocas de los muertos hablarán.» Algunos gritaron: «Blasfema todavía.» Abenadar los mandó callar.

La hora de Nuestro Señor había llegado: la agonía había comenzado, y un sudor frío cubrió sus miembros. Juan estaba al pie de la cruz y limpiaba los pies de Jesús con un paño. Magdalena, rota de dolor, se apoyaba contra la cruz por la parte de atrás. La Virgen Santísima estaba de pie, entre Jesús y el buen ladrón, y, sostenida por Salomé y María de Cleofás, levantaba los ojos hacia su Hijo agonizante. Entonces Jesús dijo: «Todo se ha cumplido.» Después alzó la cabeza y gritó con voz potente: «Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu.» Fue un grito a la vez suave y fuerte, que se oyó en el cielo y la tierra. Después de eso, Nuestro Señor inclinó la cabeza y entregó su espíritu. Yo vi su alma, como una forma luminosa, penetrando en la tierra al pie de la cruz. Juan y las santas mujeres cayeron a tierra cubriéndose la cara.

El centurión Abenadar, de origen árabe, que bautizado más tarde se llamaba Ctesifón, estaba a caballo, cerca de donde estaba clavada la cruz.

Miraba conmovido y fijamente la cara desfigurada de Jesús, coronada de espinas. El caballo, abatido y triste mantenía la cabeza gacha, y Abenadar, cuya alma estaba trastornada, no recogió las riendas caídas. Cuando el Señor exhaló su último suspiro, la tierra tembló y se partió el suelo de roca entre la cruz del Salvador y la cruz del mal ladrón. La lúgubre Naturaleza dio testimonio de una manera tremenda e inequívoca de que Jesucristo era el Hijo de Dios. Todo se había cumplido. La tierra tembló cuando el alma de Jesús abandonó su cuerpo; ella le reconoció como su Salvador, mientras el corazón de sus amigos era traspasado por una espada de dolor. La gracia iluminó a Abenadar, su corazón duro se resquebrajó como el peñasco del Calvario; arrojó la *lanza,* se dio un fuerte golpe en el pecho y, con la voz de un hombre nuevo, gritó: «Bendito sea el Dios Todopoderoso, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; este hombre era inocente; era verdaderamente el Hijo de Dios.» Muchos soldados se convirtieron también al oír estas palabras de su jefe.

Abenadar, convertido en un nuevo hombre desde ese momento, y habiendo rendido homenaje al Hijo de Dios, no quería seguir más al servicio de sus enemigos. Dio su caballo y su lanza a Casio, el segundo oficial, llamado después Longino, que tomó el mando, dijo algunas palabras a los soldados y bajó del Calvario. Se fue por el valle de Gihón, hacia las grutas del valle de Hinón y anunció a los discípulos allí escondidos, la muerte del Señor. A continuación, se fue a la ciudad con intención de ver a Pilatos. También otras personas se convirtieron en el Calvario, entre ellos algunos fariseos que habían llegado hacia el final. Mucha gente regresaba a casa dándose golpes de pecho y llorando. Otros rasgaban sus vestiduras y se echaban polvo sobre los cabellos. Todos estaban llenos de miedo y espanto. Juan se levantó y, con algunas de las santas mujeres, se llevaron a la Santísima Madre a cierta distancia de la cruz.

Cuando Jesús, el Dios de la vida y de la muerte, encomendó su alma humana a Dios, su Padre, y la muerte tomó posesión de Él su cuerpo sagrado se estremeció y se puso de un blanco lívido, y sus innumerables heridas, que habían sangrado profusamente, parecían manchas oscuras; sus mejillas se hundieron, su nariz se afiló, y sus ojos, anegados en sangre, se abrieron a medias. Levantó un instante la pesada cabeza coronada de espinas, por última vez, y la dejó caer de nuevo con dolores de agonía; mientras sus agrietados y lívidos labios entreabiertos mostraban su ensangrentada e hinchada lengua. Sus manos, que hasta el momento de la muerte habían estado contraídas por los clavos, se abrieron y volvieron a su postura natural, al igual que los brazos; todo Él se aflojó y todo el peso de su cuerpo cayó sobre los pies, sus rodillas se doblaron y, lo mismo que sus pies, giraron un poco hacia un lado.

¿Con qué palabras podría expresar la profundísima pena de María al ver a su Hijo muerto? Su vista se oscureció, el color lívido de la muerte la cubría, sus pies temblaban, sus oídos no oían; ella cayó al suelo, mientras Magdalena, Juan y los otros se desplomaban también y, con la cara tapada, se abandonaban a su indecible dolor. Cuando fueron a ayudar a la más dulce y triste de todas las madres, ella vio aquel cuerpo, concebido sin mancha por el Espíritu Santo, carne de su carne, hueso de sus huesos, corazón de su corazón; la obra sagrada de sus entrañas, formado por obra divina, ese cuerpo que colgaba de una cruz, entre dos ladrones. Crucificado, deshonrado, maltratado, condenado por todos aquellos a quienes había venido a la tierra a redimir. Bien se la podía llamar en aquellos momentos la reina de los mártires.

Eran poco más de las tres cuando Jesús expiró. La luz del sol era todavía débil y estaba velada por una bruma rojiza, el aire se hizo sofocante y bochornoso mientras duró el temblor de la tierra, mas después refrescó sensiblemente. Cuando se produjo el temblor de tierra, los fariseos estaban muy alarmados pero después se recobraron; algunos se acercaron a la grieta que se había abierto en el peñasco del Calvario, tiraron piedras y querían medir su profundidad con cuerdas, pero, al no haber podido llegar al fondo, se quedaron pensativos. Advirtieron con inquietud los gemidos del pueblo, sus signos de arrepentimiento, y se alejaron. Muchos de los presentes se habían verdaderamente convertido y muchos de ellos regresaron a Jerusalén, llenos de temor. Los soldados romanos montaron guardia en las puertas de la ciudad y otros lugares principales para prevenir una posible insurrección. Casio se quedó en el Calvario con cincuenta soldados. Los amigos de Jesús rodeaban la cruz, contemplaban a Nuestro Señor y lloraban. Algunas de las santas mujeres se marcharon a sus casas y todo quedó silencioso y sumido en la pena. Desde lejos, en el valle y sobre las alturas opuestas, se veían acá y allá algunos discípulos que miraban la cruz con una curiosidad inquieta, y desaparecían si se les acercaba alguien.

EL TEMBLOR DE TIERRA. APARICIÓN DE LOS MUERTOS EN JERUSALÉN

Cuando murió Jesús, yo vi su alma semejante a una forma luminosa penetrar en la tierra al pie de la cruz, con ella una multitud brillante de ángeles, entre los cuales estaba Gabriel. Estos ángeles echaban al gran abismo a una multitud de malos espíritus. Y oí que Jesús ordenó a muchas almas del limbo que volvieron a entrar en sus cuerpos mortales para atemorizar a los impenitentes y dieran testimonio de Su divinidad.

El temblor de tierra que quebró la roca del Calvario, causó estragos, sobre todo en Jerusalén y en Palestina. Apenas habían recobrado el ánimo

en la ciudad y en el Templo al volver la luz del sol, cuando el temblor que agitó la tierra y el estrépito de los edificios al hundirse, causaron temores mucho mayores. Este terror se convirtió en pánico cuando la gente que huía llorando encontraban en el camino súbitas apariciones de muertos resucitados que los reconvenían y amenazaban en el lenguaje más severo.

En el Templo, el Sumo Sacerdote y los demás sacerdotes habían continuado el sacrificio del cordero pascual, interrumpido por el espanto que les causaron las tinieblas, y creían haber triunfado con la vuelta de la luz. Mas, de pronto, la tierra tembló bajo sus pies, los edificios vecinos se derrumbaban y el velo del Templo se rasgó en dos de arriba abajo. Al principio mi terror extremo los dejó unidos, pero luego se vieron sacudidos por los más incontrolables llantos y lamentaciones. Sin embargo, las ceremonias estaban tan reguladas, en el interior del Templo era todo tan pautado, las filas de sacerdotes, el sonido de los cánticos y de las trompetas, los movimientos de los fieles, que de momento no se consiguió controlar el desorden y turbación. Los sacrificios continuaron tranquilamente en algunas partes, mientras los sacerdotes los tranquilizaban. Pero la aparición de los muertos que se presentaban en el Templo lo echó todo abajo, y la gente huyó despavorida tan de prisa como pudo. En la ceremonia no quedó nadie, y el Templo fue abandonado como si hubiera sido manchado. Sin embargo, esto sucedió progresivamente, y mientras que una parte de los que estaban presentes corrían escaleras abajo del Templo, otros iban siendo contenidos por los sacerdotes o no eran todavía presa del pánico que los enloquecía. Se puede tener una idea de lo que pasaba, representándose un hormiguero, en el cual han echado una piedra. Mientras la confusión reina en un punto, el trabajo continúa en otro, y aun el sitio agitado vuelve a recobrar el orden durante algunos momentos. El Sumo Sacerdote Caifás y los suyos conservaron su presencia de ánimo. Gracias al diabólico endurecimiento de su corazón y la tranquilidad aparente que tenían, impidieron que la confusión fuese general, y lograron que el pueblo no tomara esos terribles acontecimientos como un testimonio de la inocencia de Jesús. La guarnición romana de la torre Antonia hizo también grandes esfuerzos para mantener el orden, de suerte que la fiesta se interrumpió sin que estallase un tumulto popular. Todo se convirtió en agitación e inquietud que cada uno llevó a su casa y que la habilidad de los fariseos había conseguido, con éxito, calmar en parte.

He aquí los hechos de los que me acuerdo. Las dos grandes columnas situadas a la entrada del Sanctasanctórum del Templo y entre las cuales estaba colgada una magnifícente cortina, se apartaron la una de la otra y el techo que sostenían se hundió rasgando la cortina con fuerte sonido de arriba abajo, y el Sanctasanctórum quedó así expuesto a los ojos de todos. Cerca de la celda donde solía rezar el viejo Simeón, cayó una gruesa piedra que hundió la bóveda. En el Sanctasanctórum se vio aparecer al Sumo

Sacerdote Zacarías, muerto entre el Templo y el altar; pronunció palabras amenazadoras y habló de la muerte del otro Zacarías, padre de Juan el Bautista y de otros profetas. Los dos hijos del piadoso Sumo Sacerdote Simón el justo, se aparecieron cerca del gran púlpito y hablaron también de la muerte de los profetas y del sacrificio que ahora se había cumplido. Jeremías se apareció cerca del altar y proclamó con una voz tronante el fin del antiguo sacrificio y el principio del nuevo. Estas apariciones que habían tenido lugar en un sitio al que sólo los sacerdotes tenían acceso, fueron negadas o calladas y se prohibió severamente hablar de ellas. Se oyó un gran ruido, las puertas del Sanctasanctórum se abrieron y una voz gritó: «Vayámonos de aquí.» Entonces vi ángeles alejándose de allí. Nicodemo, José de Arimatea y otros muchos abandonaron también el Templo. Muertos resucitados se veían todavía andando por la ciudad. A una orden de los ángeles entraron finalmente en sus sepulcros. La cátedra del atrio se derrumbó. De treinta y dos fariseos que hacía poco habían vuelto del Calvario, muchos se habían convertido al pie de la cruz. Y en el Templo, comprendiendo perfectamente lo que estaba pasando, hicieron duros reproches a Anás y Caifás, y dejaron la congregación. Anás había sido uno de los más acérrimos enemigos de Jesús, y había incitado al proceso contra Él, pero ahora, viendo todos esos acontecimientos sobrenaturales, estaba casi loco de espanto, y no sabía dónde esconderse. Caifás quiso confortarlo, pero fue en vano. La aparición de los muertos lo había consternado. Caifás, aunque lleno de terror, estaba tan poseído del demonio del orgullo y de la obstinación, que no dejaba ver nada de lo que sentía y oponía una frente de hierro a los signos amenazadores de la ira divina. Dijo que los causantes de todo habían sido los partidarios del Galileo, que se habían presentado en el Templo manchados, y que todo eran sortilegios.

La misma confusión que en el Templo reinaba en muchos sitios de Jerusalén. Los muertos caminaban por las calles, las casas se derrumbaban, así como también los escalones del Tribunal de Caifás, donde Jesús había sido ultrajado, y una parte del hogar, del atrio, donde Pedro había negado a Jesús. Cerca del palacio de Pilatos, se partió la piedra del sitio donde Jesús había sido mostrado al pueblo y parte de las murallas de la ciudad se derribaron. El supersticioso Pilatos estaba paralizado y mudo de terror, su palacio se tambaleaba sobre sus cimientos, y la tierra no cesaba de moverse bajo sus pies. El corría enloquecido de una habitación a otra. Creyó ver en los muertos que se le aparecían a los dioses del Galileo, y se refugió en el rincón más oculto de la casa para pedir socorro a sus ídolos. También Herodes estaba aterrorizado pero él se había encerrado y no quería ver a nadie. Un centenar de muertos de todas las épocas aparecieron en Jerusalén y en sus alrededores. Los muertos cuyas almas fueron enviadas por Jesús desde el limbo, se levantaron, destaparon sus rostros y anduvieron errantes por las calles sin tocar el suelo con los pies. Dieron testimonio de Jesús con

palabras severas contra los que habían tomado parte en su muerte. En los lugares donde la sentencia de Jesús se había proclamado antes de ponerse en marcha la procesión para el Calvario, se detuvieron un momento y gritaron: «¡Gloria a Jesús por los siglos de los siglos y condenación eterna para sus verdugos!» Delante del palacio de Pilatos exclamaron: «¡Juez inicuo!» Todo el mundo temblaba y huía; el terror era inmenso en toda la ciudad y cada cual se escondía donde podía. A las cuatro en punto los muertos volvieron a sus tumbas. Los sacrificios en el Templo habían sido así interrumpidos, la confusión reinaba por todas partes y pocas personas comieron esa noche el cordero pascual.

JOSÉ DE ARIMATEA PIDE A PILATOS EL CUERPO DE JESÚS

En cuanto se restableció un poco la tranquilidad en la ciudad, Pilatos, aún aterrorizado, fue asaltado con peticiones por todos lados. El Gran Consejo de los judíos, le pidió que mandara romper las piernas de los crucificados para que no murieran antes del sábado. Pilatos mandó inmediatamente esbirros al Calvario a cumplir sus deseos. Poco después vi a José de Arimatea ir a casa de Pilatos. Había sabido la muerte de Jesús y había acordado con Nicodemo el proyecto de enterrarlo en una sepultura nueva que había hecho construir a poca distancia del Calvario. Pilatos lo recibió, inquieto y agitado, y él le pidió que le diese el cuerpo de Jesús para enterrarlo. A Pilatos le extrañó que un hombre tan notable pidiese con tanta insistencia permiso para rendir los últimos honores a quien él había hecho morir tan ignominiosamente. Ésa era para él otra señal de la inocencia de Jesús; pero supo esconder sus pensamientos. Mandó llamar después al centurión Abenadar, que había vuelto a Jerusalén después de haber ido a encontrarse con los discípulos escondidos, y le preguntó si el rey de los judíos ya había muerto. Abenadar le contó la muerte de Nuestro Señor, sus últimas palabras y el temblor de la tierra y la roca abierta por el terremoto. Pilatos fingió extrañarse únicamente de que Jesús hubiera muerto tan de prisa, porque en general los crucificados agonizaban durante más tiempo; pero la verdad es que estaba lleno de angustia y de terror por la coincidencia de estas señales con la muerte de Jesús. Quizá, para hacerse perdonar su crueldad, dio a José de Arimatea por escrito una orden suya para que le fuera entregado el cuerpo de Jesús. Sintió gran satisfacción al contrariar así a los miembros del Sanedrín, que hubiesen deseado que Jesús fuera enterrado como malhechor entre los ladrones. Envió un agente al Calvario para ejecutar sus órdenes. Me parece que fue Abenadar mismo, pues lo vi asistir al descendimiento de la cruz.

José de Arimatea, al salir de casa de Pilatos, fue a hablar con Nicodemo, que le esperaba en casa de una mujer de buena voluntad. La

casa de esa mujer estaba situada en una calle ancha, cerca de la callejuela donde Nuestro Señor fue tan cruelmente ultrajado al principio del camino de la cruz, y ella vendía hierbas aromáticas; Nicodemo le había comprado todos los ungüentos y perfumes necesarios para embalsamar el cuerpo de Jesús. José fue a su vez a comprar una fina rica sábana; sus criados cogieron en un portal, cerca de la casa de Nicodemo, escaleras, martillos y clavos, jarros llenos de agua, esponjas, y pusieron los más pequeños de estos objetos sobre unas angarillas semejantes a aquellas en que los discípulos de Juan el Bautista trasladaron su cuerpo cuando lo sacaron de la fortaleza de Macherunt.

CLAVAN UNA LANZA EN EL COSTADO DE JESÚS. ROMPEN LAS PIERNAS DE LOS LADRONES

Mientras tanto, el silencio y el duelo reinaban sobre el Gólgota. El pueblo, atemorizado, se había dispersado; María, Juan, Magdalena, María, hija de Cleofás y Salomé rodeaban, de pie o sentados, la cruz, con la cabeza cubierta y llorando. Algunos soldados estaban recostados sobre el terraplén que rodeaba la llanura; Casio, a caballo, iba de un lado al otro. El cielo estaba oscuro y la Naturaleza parecía enlutada. Pronto llegaron allí seis esbirros con escalas, azadas, cuerdas y barras de hierro para romper las piernas a los crucificados. Cuando se acercaron a la cruz, los amigos de Jesús se apartaron un poco, y la Santísima Virgen temió que fuesen a ultrajar aún más el cuerpo de su Hijo. No iba desencaminada, pues, mientras apoyaban las escalas en la cruz, comentaban que Jesús sólo se fingía muerto. Habiendo visto, sin embargo, que el cuerpo estaba frío y tieso, lo dejaron y subieron a las cruces de los ladrones. Les rompieron los brazos por debajo y por encima de los codos con sus martillos, mientras otro les rompía las piernas por encima y por debajo de las rodillas. Gesmas daba gritos tan horribles, que le pegaron aún tres golpes más sobre el pecho, para acabarlo de matar. Dimas dio un gemido y expiró. Fue el primero de los mortales que volvió a ver a su Redentor. Desataron las cuerdas que sujetaban a los dos ladrones, dejaron caer los cuerpos al suelo, los arrastraron a la hondonada que había entre el Calvario y las murallas de la ciudad y los cubrieron con tierra.

Los verdugos parecían dudar todavía de la muerte de Jesús, y el modo horrible en que habían quebrantado los miembros de los ladrones hacía temblar a las santas mujeres temiendo por el cuerpo del Salvador. Pero Casio, el oficial subalterno, un hombre de unos veinticinco años, cuyos ojos bizcos y sus nerviosas maneras habían provocado muchas veces la mofa de sus compañeros, fue súbitamente iluminado por la gracia y, a la vista de la ferocidad bárbara de los verdugos y la profunda pena de las

santas mujeres, decidió aliviar la angustia de ellas demostrando que Jesús estaba verdaderamente muerto. La amabilidad de su corazón lo empujó a ello, pero, sin saberlo, iba a cumplir una profecía. Cogió su lanza y dirigió su caballo hacia el montículo donde estaba la cruz. Se detuvo entre ésta y la del buen ladrón y, cogiendo la lanza con las dos manos, la clavó con tanta fuerza en el costado derecho de Nuestro Señor que la punta atravesó su corazón y salió por el lado izquierdo del pecho. Al retirarla, salió de la herida un chorro de sangre y agua que mojó su cara como un río de salvación y de gracia. Se apeó, se arrodilló, se dio golpes en el pecho y confesó en voz alta su fe en Jesús.

La Santísima Virgen y las santas mujeres, cuyos ojos no se apartaban ni un momento de Jesús, al ver lo que este hombre se proponía hacer con la lanza se precipitaron hacia la cruz, dando gritos para detenerlo. María cayó en los brazos de las santas mujeres como si la lanza hubiese atravesado su propio corazón, mientras que Casio, de rodillas, alababa a Dios; pues los ojos de su cuerpo y los de su alma se habían curado y abierto a la luz. Todos estaban profundamente conmovidos a vista de la sangre del Salvador, que se había depositado en el hoyo de la peña donde estaba clavada la cruz. Casio, María, las santas mujeres y Juan, recogieron la sangre y el agua en frascos y empaparon en ella sus paños.

Casio, cuyos ojos habían recobrado toda la plenitud de la vista, estaba sumido en humilde contemplación. Los soldados, sorprendidos del milagro que se había operado en él, se hincaron de rodillas y reconocieron a Jesús. Casio fue bautizado después con el nombre de Longino, predicó la fe de Jesucristo como diácono, y llevó siempre sangre de Jesús con él. Los esbirros, que mientras tanto habían recibido el mensaje de Pilatos de que no tocaran el cuerpo de Jesús, se mantuvieron apartados. Todo esto pasó cerca de la cruz un poco después de las cuatro, mientras José de Arimatea y Nicodemo reunían todo lo necesario para sepultar a Jesús. Mientras, los criados de José, que volvían de limpiar el sepulcro, les dijeron a los amigos de Jesús que su señor iba a hacerse cargo del cuerpo y que lo enterraría en un sepulcro nuevo. Entonces Juan volvió a la ciudad con las santas mujeres para que María pudiera reparar un poco sus fuerzas y también para coger algunas cosas necesarias para el entierro. La Santísima Virgen tenía un pequeño aposento en los edificios contiguos al cenáculo. No entraron en la ciudad por la puerta más próxima al Calvario porque ésta estaba cerrada y guardada por dentro por los soldados colocados allí por los fariseos, sino por la puerta meridional que conduce a Belén.

El descendimiento de la cruz

En el momento en que la cruz se quedó sola, y rodeada sólo de algunos guardias, vi a cinco personas que habían venido de Betania por el valle acercarse al Calvario, elevar los ojos hacia la cruz y alejarse furtivamente. Creo que eran discípulos. Tres veces me encontré en las inmediaciones a dos hombres deliberando y consultándose. Eran José de Arimatea y Nicodemo. La primera vez los vi en las inmediaciones durante la crucifixión, quizá cuando mandaron a comprar las vestiduras de Jesús que iban a repartirse los esbirros; otra vez, cuando, después de ver que la muchedumbre se dispersaba, fueron al sepulcro para preparar alguna cosa. La tercera fue cuando volvían a la cruz mirando a todas partes, como si esperasen una ocasión favorable. Entonces quedaron de acuerdo en cómo bajarían el cuerpo del Salvador de la cruz y se volvieron a la ciudad.

Su siguiente paso fue ocuparse de transportar los objetos necesarios para embalsamar el cuerpo de Nuestro Señor; sus criados cogieron algunos instrumentos para desclavarlo de la cruz. Nicodemo había comprado cien libras de raíces, que equivalían a treinta y siete libras de nuestro peso, como me han explicado. Sus servidores llevaban una parte de esos aromas en pequeños recipientes hechos de corcho colgados del cuello sobre el pecho. En uno de esos corchos había unos polvos y llevaban también algunos paquetes de hierbas en sacos de pergamino o de piel. José tomó consigo además una caja de ungüento; en fin, todo lo necesario. Los criados prepararon fuego en una linterna cerrada y salieron de la ciudad antes que sus señores, por otra puerta, encaminándose después hacia el Calvario. Pasaron por delante de la casa donde la Virgen, Juan y las santas mujeres habían ido a coger diversas cosas para embalsamar el cuerpo de Jesús. Juan y las santas mujeres siguieron a los criados a poca distancia. Había cinco mujeres; algunas llevaban debajo de los mantos largos lienzos de tela. Las mujeres tenían la costumbre, cuando salían por la noche o para hacer secretamente alguna acción piadosa, de envolverse con una sábana larga. Comenzaban por un brazo, y se iban rodeando el resto del cuerpo con la tela tan estrechamente que apenas podían caminar. Yo las he visto así ataviadas. En esa ocasión presentaba un aspecto mucho más extraño a mis ojos: iban vestidas de luto. José y Nicodemo llevaban también vestidos de luto, de mangas negras y cintura ancha. Sus mantos, que se habían echado sobre la cabeza, eran anchos, largos y de color pardo. Les servían para esconder lo que llevaban.

Se encaminaron hacia la puerta que conduce al Calvario. Las calles estaban desiertas, el terror general hacía que todo el mundo permaneciese encerrado en su casa. La mayoría de ellos empezaba a arrepentirse, y muy pocos celebraban la fiesta. Cuando José y Nicodemo llegaron a la puerta, la hallaron cerrada y todo alrededor, el camino y las calles, lleno de soldados.

Eran los mismos que los fariseos habían solicitado a las dos, cuando temían una insurrección, y hasta entonces no habían recibido orden ninguna de regresar. José presentó la orden firmada por Pilatos para dejarlo pasar libremente. Los soldados la encontraron conforme, mas le dijeron que habían intentado abrir ya la puerta antes sin poderlo conseguir y que, sin duda, el terremoto debía de haberse desencajado por alguna parte, y que por esa razón, los esbirros encargados de romper las piernas a los crucificados habían tenido que pasar por otra puerta. Pero cuando José y Nicodemo probaron, la puerta se abrió sola, dejando a todos atónitos. El cielo estaba todavía oscuro y nebuloso; cuando llegaron al Calvario, se encontraron con sus criados y las santas mujeres que lloraban sentadas enfrente de la cruz. Casio y muchos soldados que se habían convertido permanecían a cierta distancia, cohibidos y respetuosos. José y Nicodemo contaron a la Santísima Virgen y a Juan todo lo que habían hecho para librar a Jesús de una muerte ignominiosa; y cómo habían conseguido que no rompiesen los huesos de Nuestro Señor, y la profecía se había cumplido. Hablaron también del lanzazo de Casio. En cuanto llegó el centurión Abenadar, comenzaron en medio de la tristeza y de un profundo recogimiento, su dolorosa y sagrada labor del descendimiento de Jesús y el embalsamamiento del adorable cuerpo de Nuestro Señor.

La Santísima Virgen y Magdalena esperaban sentadas al pie de la cruz, a la derecha, entre la cruz de Dimas y la de Jesús; las otras mujeres estaban ocupadas en preparar los paños, los aromas, el agua, las esponjas y las vasijas. Casio se acercó también y le contó a Abenadar el milagro de la cura de sus ojos. Todos estaban conmovidos, llenos de pena y de amor y al mismo tiempo silenciosos y solemnes; sólo cuando la prontitud y la atención que exigían esos cuidados piadosos, lo permitían, se oían lamentos y gemidos ahogados. Sobre todo Magdalena, se hallaba entregada enteramente a su dolor, y nada podía consolarla ni distraerla, ni la presencia de los demás ni alguna otra consideración. Nicodemo y José apoyaron las escaleras en la parte de atrás de la cruz, y subieron con unos lienzos; ataron el cuerpo de Jesús por debajo de los brazos y de las rodillas al tronco de la cruz con las piezas de lino y fijaron asimismo los brazos por las muñecas. Entonces, fueron sacando los clavos, martilleándolos por detrás. Las manos de Jesús no se movieron mucho a pesar de los golpes, y los clavos salieron fácilmente de las llagas, que se habían abierto enormemente debido al peso del cuerpo. La parte inferior del cuerpo, que, al expirar Nuestro Señor, había quedado cargado sobre las rodillas, reposaba en su posición natural, sostenida por una sábana atada a los brazos de la cruz. Mientras José sacaba el clavo izquierdo y dejaba ese brazo, sujeto por el lienzo, caer sobre el cuerpo, Nicodemo iniciaba la misma operación con el brazo derecho, y levantaba con cuidado su cabeza, coronada de espinas, que había caído sobre el hombro de ese lado. Entonces arrancó el clavo derecho, y dejó caer

despacio el brazo, sujeto con la tela, sobre el cuerpo. Al mismo tiempo, el centurión Abenadar arrancaba con esfuerzo el gran clavo de los pies. Casio recogió religiosamente los clavos y los puso a los pies de la Virgen.

Sin perder un segundo, José y Nicodemo llevaron la escalera a la parte de delante de la cruz, la apoyaron casi recta y muy cerca del cuerpo; desataron el lienzo de arriba y lo colgaron a uno de los ganchos que habían colocado previamente en la escalera, hicieron lo mismo con los otros dos lienzos, y bajándolos de gancho en gancho consiguieron ir separando despacio el sagrado cuerpo de la cruz, hasta llegar enfrente del centurión, que, subido en un banco, lo rodeó con sus brazos por debajo de las rodillas, y lo fue bajando, mientras José y Nicodemo, sosteniendo la parte superior del cuerpo iban bajando escalón a escalón, con las mayores precauciones; como cuando se lleva el cuerpo de un amigo gravemente herido, así el cuerpo del Salvador fue llevado hasta abajo. Era un espectáculo conmovedor; tenían el mismo cuidado, tomaban las mismas precauciones que si hubiesen podido causar algún daño a Jesús: Parecían haber concentrado sobre el sagrado cuerpo, todo el amor y la veneración que habían sentido hacia el Salvador durante su vida. Todos los presentes tenían los ojos fijos en el grupo y contemplaban todos sus movimientos; a cada instante levantaban los brazos al cielo, derramaban lágrimas, y manifestaban un profundísimo dolor. Sin embargo, todos se sentían penetrados de un respeto grande y hablaban sólo en voz baja, para ayudarse o avisarse. Mientras duraron los martillazos, María, Magdalena y todos los que estaban presentes en la crucifixión escuchaban sobrecogidos, porque el ruido de esos golpes les recordaba los padecimientos de Jesús. Temblaban al recordar el grito penetrante de su dolor, y al mismo tiempo se afligían del silencio de su boca divina, prueba incontestable de su muerte. Cuando los tres hombres bajaron del todo el sagrado cuerpo, lo envolvieron, desde las rodillas hasta la cintura, y lo depositaron en los brazos de su Madre, que los tenía extendidos hacia el Hijo, rebosante de dolor y de amor.

EL CUERPO DE JESÚS DISPUESTO PARA EL SEPULCRO

La Virgen Santísima se sentó sobre una amplia tela extendida en el suelo; con la rodilla derecha un poco levantada y la espalda apoyada sobre un hato de ropas. Lo habían dispuesto todo para facilitar a aquella Madre de alma profundamente afligida —la Madre de los Dolores— las tristes honras fúnebres que iba a dispensar al cuerpo de su Hijo. La sagrada cabeza de Jesús estaba reclinada sobre las rodillas de María; su cuerpo, tendido sobre una sábana. La Virgen Santísima sostenía por última vez en sus brazos el cuerpo de su querido Hijo, a quien no había podido dar ninguna prueba de amor en todo su martirio. Contemplaba sus heridas,

cubría de besos su cara ensangrentada, mientras el rostro de Magdalena reposaba sobre sus pies. Mientras, los hombres se retiraron a una pequeña hondonada situada al suroeste del Calvario, a preparar todo lo necesario para embalsamar el cadáver. Casio, con algunos de los soldados que se habían convertido al Señor, se mantenía a una distancia respetuosa. Toda la gente mal intencionada se había vuelto a la ciudad y los soldados presentes formaban únicamente una guardia de seguridad para impedir que nadie interrumpiese los últimos honores que iban a ser rendidos a Jesús. Algunos de esos soldados prestaban su ayuda cuando se lo pedían. Las santas mujeres entregaban vasijas, esponjas, paños, ungüentos y aromas, cuando les era requerido, y el resto del tiempo permanecían atentas, a corta distancia; Magdalena no se apartaba del cuerpo de Jesús; pero Juan daba continuo apoyo a la Virgen, e iba de aquí para allá, sirviendo de mensajero entre los hombres y las mujeres, ayudando a unos y a otras. Las mujeres tenían a su lado botas incipientes de cuero de boca ancha y un jarro de agua, puesto sobre un fuego de carbón. Entregaban a María y a Magdalena, conforme lo necesitaban, vasijas llenas de agua y esponjas, que exprimían después en los recipientes de cuero.

La Virgen Santísima conservaba un valor admirable en su indecible dolor. Era absolutamente imposible dejar el cuerpo de su Hijo en el horrible estado en que lo habían dejado el suplicio, por lo que procedió con infatigable dedicación a lavarlo y limpiarle las señales de los ultrajes que había recibido. Le quitó, con la mayor precaución, la corona de espinas, abriéndola por detrás y cortando una por una las espinas clavadas en la cabeza de Jesús, para no abrir las heridas al intentar arrancarlas. Puso la corona junto a los clavos; entonces María fue sacando los restos de espinas que habían quedado con una especie de pinzas redondas y las enseñó a sus amigas con tristeza.

El divino rostro de Nuestro Señor, apenas se podía conocer, tan desfigurado estaba con las llagas que lo cubrían; la barba y el cabello estaban apelmazados por la sangre. María le alzó suavemente la cabeza y con esponjas mojadas fue lavándole la sangre seca; conforme lo hacía, las horribles crueldades ejercidas contra Jesús se le iban presentando más vividamente, y su compasión y su ternura se acrecentaban herida tras herida. Lavó las llagas de la cabeza, la sangre que cubría los ojos, la nariz y las orejas de Jesús, con una pequeña esponja y un paño extendido sobre los dedos de su mano derecha; lavó, del mismo modo, su boca entreabierta, la lengua, los dientes y los labios. Limpió y desenredó lo que restaba del cabello del Salvador y lo dividió en tres partes, una sobre cada sien, y la tercera sobre la nuca. Tras haberle limpiado la cara, la Santísima Virgen se la cubrió después de haberla besado. Luego se ocupó del cuello, de los hombros y del pecho, de los brazos y de las manos. Todos los huesos del pecho, todas las coyunturas de los miembros estaban dislocados y no

podían doblarse. El hombro que había llevado la cruz era una gran llaga, toda la parte superior del cuerpo estaba cubierta de heridas y desgarrada por los azotes. Cerca del pecho izquierdo, se veía la pequeña abertura por donde había salido la punta de la lanza de Casio, y en el lado derecho, el ancho corte por donde había entrado la lanza que le había atravesado el corazón. María lavó todas las llagas de Jesús, mientras Magdalena, de rodillas, la ayudaba en algún momento, pero sin apartarse de los sagrados pies de Jesús, que bañaba con lágrimas y secaba con sus cabellos.

La cabeza, el pecho y los pies del Salvador estaban ya limpios: el sagrado cuerpo, blanco y azulado como carne sin sangre, lleno de manchas moradas y rojas allí donde se le había arrancado la piel, reposaba sobre las rodillas de María, que fue abriendo con un lienzo las partes lavadas y después se ocupó de embalsamar todas las heridas, empezando por la cara. Las santas mujeres, arrodilladas frente a María, le presentaron una caja de donde sacaba algún ungüento precioso con el que untaba las heridas y también el cabello. Cogió en su mano izquierda las manos de Jesús, las besó con amor, y llenó de ungüento o de perfume los profundos agujeros de los clavos. Ungió también las orejas, la nariz y la llaga del costado. No tiraban el agua que habían usado, sino que la echaban en los recipientes de cuero en los que exprimían las esponjas. Yo vi muchas veces a Casio y a otros soldados ir por agua a la fuente de Gihón, que estaba bastante cerca. Cuando la Virgen hubo ungido todas las heridas, envolvió la cabeza de Nuestro Señor en paños, mas no cubrió todavía la cara; cerró los ojos entreabiertos de Jesús, y dejó reposar su mano sobre ellos algún tiempo. Cerró también su boca, abrazó el sagrado cuerpo de su Hijo y dejó caer su cara sobre la de Jesús. José y Nicodemo llevaban un rato esperando en respetuoso silencio, cuando Juan, acercándose a la Santísima Virgen, le pidió que dejase que se llevaran a su Hijo, para que pudieran acabarlo de embalsamar, porque se acercaba el sábado. María abrazó una vez más el cuerpo de Jesús y se despidió de Él con conmovedoras palabras. Entonces, los hombres cogieron la sábana donde estaba depositado el cuerpo y lo apartaron así de los brazos de la Madre, llevándoselo aparte para embalsamarlo. María, de nuevo abandonada a su dolor, que habían aliviado un poco los tiernos cuidados dispensados al cuerpo de Nuestro Señor, se derrumbó ahora, con la cabeza cubierta, en brazos de las piadosas mujeres. María Magdalena, como si hubieran querido robarle su amado, corrió algunos pasos hacia Él, con los brazos abiertos, pero tras un momento volvió junto a la Santísima Virgen.

El sagrado cuerpo fue transportado a un sitio algo más abajo, y allí lo depositaron encima de una roca plana, que era un lugar adecuado para embalsamarlo. Vi cómo primero pusieron sobre la roca un lienzo de malla, seguramente para dejar pasar el agua; tendieron el cuerpo sobre ese lienzo calado y mantuvieron otra sábana extendida sobre él. José y Nicodemo se

arrodillaron y, debajo de esta cubierta, le quitaron el paño con que lo habían tapado al bajarlo de la cruz y el lienzo de la cintura, y con esponjas le lavaron todo el cuerpo, lo untaron con mirra, perfume y espolvorearon las heridas con unos polvos que había comprado Nicodemo, y, finalmente, envolvieron la parte inferior del cuerpo. Entonces llamaron a las santas mujeres, que se habían quedado al pie de la cruz. María se arrodilló cerca de la cabeza de Jesús, puso debajo un lienzo muy fino que le había dado la mujer de Pilatos, y que llevaba ella alrededor de su cuello, bajo su manto; después, con la ayuda de las santas mujeres, lo ungió desde los hombros hasta la cara con perfumes, aromas y polvos aromáticos. Magdalena echó un frasco de bálsamo en la llaga del costado y las piadosas mujeres pusieron también hierbas en las llagas de las manos y de los pies. Después, los hombres envolvieron el resto del cuerpo, cruzaron los brazos de Jesús sobre su pecho y envolvieron su cuerpo en la gran sábana blanca hasta el pecho, ataron una venda alrededor de la cabeza y de todo el pecho. Finalmente, colocaron al Dios Salvador en diagonal sobre la gran sábana de seis varas que había comprado José de Arimatea y lo envolvieron con ella; una punta de la sábana fue doblada desde los píes hasta el pecho y la otra sobre la cabeza y los hombros; las otras dos, envueltas alrededor del cuerpo.

Cuando la Santísima Virgen, las santas mujeres, los hombres, todos los que, arrodillados, rodeaban el cuerpo del Señor para despedirse de él, el más conmovedor milagro tuvo lugar ante sus ojos: el sagrado cuerpo de Jesús, con sus heridas, apareció impreso sobre la sábana que lo cubría, como si hubiese querido recompensar su celo y su amor, y dejarles su retrato a través de los velos que lo cubrían. Abrazaron su adorable cuerpo llorando y reverentemente besaron la milagrosa imagen que les había dejado. Su asombro aumentó cuando, alzando la sábana, vieron que todas las vendas que envolvían el cuerpo estaban blancas como antes y que solamente en la sábana superior había quedado fijada la milagrosa imagen. No eran manchas de las heridas sangrantes, pues todo el cuerpo estaba envuelto y embalsamado; era un retrato sobrenatural, un testimonio de la divinidad creadora que residía en el cuerpo de Jesús. Esta sábana quedó, después de la resurrección, en poder de los amigos de Jesús; cayó también dos veces en manos de los judíos y fue venerada más tarde en diferentes lugares. Yo la he visto en Asia, en casa de cristianos no católicos. He olvidado el nombre de la ciudad, que estaba situada en un lugar cercano al país de los tres reyes magos.

EL SEPULCRO

Los hombres colocaron el sagrado cuerpo sobre unas angarillas de piel, recubiertas de una tela oscura. Eso me recordaba el Arca de la *Alianza.* Nicodemo y José llevaban en sus hombros los palos de delante, Abenadar y Juan los de atrás, los seguían la Virgen, María de Helí, Magdalena y María de Cleofás. Después las mujeres que habían estado al pie de la cruz: Verónica, Juana Cusa, María, madre de Marcos, Salomé, mujer de Zebedeo, María Salomé, Salomé de Jerusalén, Susana y Ana, sobrina de san José. Casio y los soldados cerraban la marcha; las otras mujeres estaban en Betania con Marta y Lázaro. Dos soldados con antorchas iban delante para alumbrar la gruta del sepulcro. Anduvieron así cerca de siete minutos, cantando salmos con voces dulces y melancólicas. Vi sobre una altura del otro lado del valle a Santiago el Mayor, hermano de Juan, que los vio pasar y se fue a contar a los demás discípulos lo que había visto. Se detuvieron a la entrada del jardín de José, lo abrieron y arrancaron de él algunas estacas que luego les servirían de palancas para hacer rodar hasta la entrada de la gruta, la piedra que debía tapar el sepulcro. Al llegar, trasladaron el sagrado cuerpo a una tabla cubierta con una sábana. La gruta que había sido excavada recientemente, había sido barrida por los criados de Nicodemo; el interior estaba limpio y resultaba agradable a la vista. Las santas mujeres se sentaron delante de la entrada. Los cuatro hombres entraron el cuerpo de Nuestro Señor, llenaron de aromas una parte del sepulcro y extendieron una sábana, sobre la cual pusieron el cuerpo; le testimoniaron una última vez su amor con sus lágrimas y salieron de la gruta. Entonces entró la Virgen, se sentó junto a la cabeza y se echó llorando sobre el cuerpo de su Hijo. Cuando salió de la gruta, Magdalena se precipitó en ella; había cogido en el jardín flores y ramos que echó sobre Jesús; cruzó las manos y besó, llorando, los pies de Jesús; habiéndole dicho los hombres que iban a cerrar el sepulcro, se volvió con las otras mujeres. Doblaron las puntas de la sábana sobre el pecho de Jesús y pusieron encima de todo una tela oscura, y salieron.

La gruesa piedra destinada a cerrar el sepulcro, que estaba a un lado de la puerta de la gruta, era muy pesada y sólo con palancas pudieron los hombres hacerla rodar hasta la entrada del sepulcro. La entrada de la gruta dentro de la cual estaba el sepulcro era de ramas entretejidas. Todo lo que se hizo dentro de la gruta tuvo que hacerse con antorchas, porque la luz del día nunca penetraba en ella.

El regreso desde el sepulcro. El sábado

El sábado iba a comenzar; Nicodemo y José entraron en Jerusalén por una pequeña puerta lateral próxima al jardín. Dijeron a la Santísima Virgen, a Magdalena, Juan y a algunas mujeres que volvían al Calvario para rezar, que hallarían esta puerta siempre abierta cuando llamaran, así como la del cenáculo. La hermana mayor de la Virgen, María de Helí, volvió a la ciudad con María, madre de Marcos y algunas otras mujeres. Los criados de José y de Nicodemo fueron también al Calvario para recoger los objetos que habían dejado allí en el momento del descendimiento. Los soldados se reunieron con los que guardaban la puerta más cercana al Calvario, y Casio se fue a casa de Pilatos con la lanza. Le contó lo que había visto y le prometió una relación exacta si le confiaba el mando de la guardia que los judíos no cesaban de pedir para el sepulcro. Pilatos escuchó sus palabras con terror secreto, pero sólo le dijo que las supersticiones alimentan la locura. José y Nicodemo encontraron en la ciudad a Pedro, a Santiago el Mayor y a Santiago el Menor; estaban todos deshechos en llanto. Pedro, sobre todo, sentía un dolor inconsolable; los abrazó, se acusó de no haber estado presente en la muerte de Nuestro Señor y les dio las gracias por haberle dado sepultura. Acordaron con ellos que les abrirían las puertas del cenáculo cuando llamasen y se fueron en busca de otros discípulos dispersos por varios sitios. Vi después a la Santísima Virgen y a sus compañeras entrar en el cenáculo. Abenadar llegó y, poco a poco, la mayor parte de los apóstoles y de los discípulos fueron reuniéndose allí. Las santas mujeres se dirigieron a la parte donde habitaba la Virgen. Tomaron algún alimento y pasaron algún rato reunidos, llorando y contándose unos a otros lo que habían visto. Los hombres se mudaron de vestido, y los vi observar el sábado a la luz de una lámpara. Comieron cordero en el cenáculo, pero sin ninguna ceremonia, pues habían comido la víspera el cordero pascual. Tenían el espíritu perturbado y estaban llenos de pena. Las santas mujeres rezaron también con María junto a una lámpara. Cuando fue noche cerrada, Lázaro, Marta, la viuda de Naim, Dina la Samaritana y María la Sufanita, llegaron de Betania. Les contaron de nuevo lo sucedido y todos derramaron lágrimas.

El apresamiento de José de Arimatea

José de Arimatea volvió ya muy tarde del cenáculo a su casa; caminaba tristemente por las calles de Sión, acompañado de algunos discípulos y de algunas mujeres, cuando de pronto una tropa de hombres armados, emboscados en las inmediaciones del tribunal de Caifás, se abalanzó sobre ellos apoderándose de José, mientras sus compañeros huían

dando gritos. Fue encerrado en una torre contigua a la muralla cerca del Tribunal. Caifás había encargado esta detención a soldados paganos que no tenían que observar el sábado. La intuición era dejar que José muriera de hambre y mantener su desaparición en secreto.

LOS JUDÍOS PONEN GUARDIA EN EL SEPULCRO

En la noche del viernes al sábado, vi a Caifás y a los principales judíos consultarse sobre la mejor conducta a seguir con respecto a los prodigios que habían sucedido y el efecto que habían tenido sobre el pueblo. Al salir de esta reunión fueron por la noche a casa de Pilatos, y le dijeron que aquel farsante había asegurado que resucitaría el tercer día y por eso era menester guardar el sepulcro tres días, porque si no sus discípulos podían llevarse su cuerpo y difundir el rumor de su resurrección, y este nuevo engaño sería peor que el primero. Pilatos, no queriendo meterse en este asunto, les dijo: «Vosotros tenéis soldados, mandad que guarden el sepulcro si así lo deseáis.» Sin embargo, le dijo a Casio que estuviera vigilante de todo lo que pasaba para hacerle una relación exacta de lo que viera. Yo vi a esos hombres, eran doce, abandonaron la ciudad antes de amanecer, los soldados que los acompañaban no iban vestidos a la romana, eran soldados del Templo. Llevaban lámparas colgadas de largos palos para ver en la oscuridad de la noche y también para alumbrar la gruta del sepulcro.

En cuanto llegaron, se aseguraron de que estuviera allí el cuerpo de Jesús, después colocaron una cuerda atravesada delante de la entrada del sepulcro y otra segunda sobre la piedra gruesa que estaba delante y las sellaron con un sello semicircular. Los fariseos regresaron al pueblo, y los guardias se instalaron enfrente de la puerta exterior. Cada vez cinco o seis hombres vigilaban, turnándose con otros cinco o seis. Casio no se movía de su sitio. Estaba sentado o de pie delante de la gruta para poder ver el sepulcro donde reposaba Nuestro Señor. Casio había recibido grandes gracias interiores y le había sido dado comprender muchos misterios. No estando acostumbrado a este estado de iluminación espiritual, estaba como en trance, casi inconsciente del mundo exterior. Había cambiado por completo. Se convirtió en un hombre nuevo, y pasó el resto de la vida en penitencia y en oración.

UNA MIRADA A LOS AMIGOS DE JESÚS EN EL SÁBADO SANTO

En el cenáculo había unos veinte hombres ataviados con túnicas largas y blancas, recogidas con cintos y celebrando el sábado. Tras su

comida, se separaron para acostarse, y muchos se fueron a sus casas. El sábado por la mañana se reunieron otra vez, y estuvieron rezando y leyendo, alternativamente. Si un amigo llegaba, se levantaban y lo saludaban afectuosamente.

En la parte de la casa donde estaba la Santísima Virgen, había una gran sala con celdas separadas para los que querían pasar la noche allí. Cuando las piadosas mujeres volvieron del sepulcro, una de ellas encendió una lámpara colgada en el medio de la sala, y se sentaron a su luz, alrededor de la Virgen; rezaron con gran tristeza y recogimiento. Después se separaron para entrar en las celdas y descansar. A medianoche se levantaron y se reunieron de nuevo con la Virgen a la luz de la lámpara para rezar. Cuando la Madre de Jesús y sus compañeras acabaron este rezo nocturno, Juan llamó a la puerta de la sala con algunos discípulos, todos cogieron sus mantos y en seguida les siguieron al Templo.

A las tres de la mañana, cuando fue sellado el sepulcro, vi a la Santísima Virgen ir al Templo acompañada de las otras santas mujeres, de Juan y otros discípulos. En esas fiestas, muchos judíos tenían costumbre de ir al Templo antes de amanecer, después de haber comido el cordero pascual. El Templo se abría a medianoche porque los sacrificios empezaban temprano. Pero como esta vez la fiesta se había interrumpido, todo estaba aún abandonado, y me pareció que la Virgen fue sólo a despedirse del Templo donde se había educado. Estaba abierto, según la costumbre de ese día, y el espacio reservado alrededor del Tabernáculo para los sacerdotes, estaba también abierto al pueblo, según se acostumbraba ese día; mas el Templo estaba solo, y no había más que algunos guardias y algunos criados. Todo estaba en desorden.

Los hijos de Simeón y los sobrinos de José de Arimatea, muy apenados por la prisión de su tío, recibieron a la Virgen y las santas mujeres y las condujeron por todas partes, pues estaban de guardia en el Templo; todos contemplaban con terror las señales de la ira de Dios. La Virgen fue a todos los sitios que Jesús había consagrado por su presencia; se prosternó para besarlos y los regó con sus lágrimas; sus compañeras la imitaron.

La Virgen se fue del Templo, vertiendo amargo llanto; la desolación y la soledad en que estaba, en un día tan santo, aún contrastaban más con su aspecto en una fiesta como la del día de la Pascua, y hacía más terribles los crímenes de su pueblo. María recordó que Jesús había llorado sobre el Templo diciendo: «Destruid este Templo y yo lo reedificaré en tres días.» María pensó que los enemigos de Jesús habían destruido el Templo de su cuerpo, y deseó con ardor ver llegar ese tercer día en que la palabra eterna debía cumplirse.

Amanecía cuando María y sus compañeras volvieron al cenáculo; una vez allí, se retiraron a la estancia situada a la derecha. Mientras, Juan y

los discípulos llegaban a la sala, donde los hombres, en número de veinte, rezaban alternativamente debajo de la lámpara. Los que de vez en cuando iban llegando se dirigían compungidos al grupo de oración y se añadían a ellos llorando amargamente. Todos mostraban a Juan un gran respeto mezclado de confusión, porque había asistido a la muerte de Nuestro Señor. Juan era afectuoso para con todos, y para todos tenía una palabra de compasión. Los vi comer una vez durante ese día. El mayor silencio reinaba en la casa, y las puertas estaban cerradas, aunque no tenían nada que temer, pues la casa era propiedad de Nicodemo.

Las santas mujeres permanecieron en sus aposentos hasta que se hizo oscuro, y allí siguieron aun después, con las puertas cerradas y ventanas tapadas, a la luz de la lámpara, rezando o expresando su dolor de muchas maneras. Cuando mi pensamiento se unía al de la Virgen, que siempre estaba fijo en su Hijo, yo veía el sepulcro y los guardias sentados a la entrada.

Casio estaba cercano a la puerta, sumido en la meditación. La entrada al sepulcro seguía sellada y la piedra la cubría. Sin embargo, vi el cuerpo de Nuestro Señor rodeado de luz y de esplendor y los ángeles lo adoraban. Pero mientras mis pensamientos estaban fijos en el alma del Redentor, me fue mostrado un cuadro tan extenso y complicado del descendimiento a los infiernos, que sólo he podido acordarme de una pequeña parte que voy a contar como mejor pueda.

JESÚS BAJA A LOS INFIERNOS

Cuando Jesús, dando un grito, expiró, yo vi su alma celestial como una forma luminosa penetrar en la tierra, al pie de la cruz; muchos ángeles, en los cuales estaba Gabriel, la acompañaban. Vi su divinidad unida con su alma pero también con su cuerpo suspendido en la cruz. No puedo expresar cómo era eso aunque lo vi claramente en mi espíritu. El sitio adonde el alma de Jesús se había dirigido, estaba dividido en tres partes. Eran como tres mundos y sentí que tenían forma redonda, cada uno de ellos separado del otro por un hemisferio.

Delante del limbo había un lugar más claro y hermoso; en él vi entrar las almas libres del purgatorio antes de ser conducidas al cielo. La parte del limbo donde estaban los que esperaban la redención, estaba rodeado de una esfera parda y nebulosa, y dividido en muchos círculos. Nuestro Señor, rodeado por un resplandeciente halo de luz, era llevado por los ángeles por en medio de dos círculos: en el de la izquierda estaban los patriarcas anteriores a Abraham; en el de la derecha, las almas de los que habían vivido desde Abraham hasta san Juan Bautista. Al pasar Jesús entre ellos no lo reconocieron, pero todo se llenó de gozo y esperanzas y fue como si

aquellos lugares estrechos se expandieron con sentimientos de dicha. Jesús pasó entre ellos como un soplo de aire, como una brillante luz, como el refrescante rocío. Con la rapidez de un viento impetuoso llegó hasta el lugar cubierto de niebla, donde estaban Adán y Eva; les habló y ellos lo adoraron con un gozo indecible y acompañaron a Nuestro Señor al círculo de la izquierda, el de los patriarcas anteriores a Abraham. Este lugar era una especie de purgatorio. Entre ellos había malos espíritus que atormentaban e inquietaban el alma de algunos. El lugar estaba cerrado pero los ángeles dijeron: «Abrid estas puertas.» Cuando Jesús triunfante entró, los espíritus diabólicos se fueron de entre las almas llenas de sobresalto y temor. Jesús, acompañado de los ángeles y de las almas libertadas, entró en el seno de Abraham.

Este lugar me pareció más elevado que las partes anteriores, y sólo puedo comparar lo que sentí con el paso de una iglesia subterránea a una iglesia superior. Allí se hallaban todos los santos israelitas; en aquel lugar no había malos espíritus. Una alegría y una felicidad indecibles entraron entonces en estas almas, que alabaron y adoraron al Redentor. Algunos de éstos fueron a quienes Jesús mandó volver sobre la tierra y retomar sus cuerpos mortales para dar testimonio de Él. Este momento coincidió con aquel en que tantos muertos se aparecieron en Jerusalén. Después vi a Jesús con su séquito entrar en una esfera más profunda, una especie de Purgatorio también, donde se hallaban paganos piadosos que habían tenido un presentimiento de la verdad y la habían deseado. Vi también a Jesús atravesar como libertador, muchos lugares donde había almas encerradas, hasta que, finalmente, lo vi acercarse con expresión grave al centro del abismo.

El infierno se me apareció bajo la forma de un edificio inmenso, tenebroso, cerrado con enormes puertas negras con muchas cerraduras; un aullido de horror se elevaba sin cesar desde detrás de ellas. ¿Quién podría describir el tremendo estallido con que esas puertas se abrieron ante Jesús? ¿Quién podría transmitir la infinita tristeza de los rostros de los espíritus de aquel lugar?

La Jerusalén celestial se me aparece siempre como una ciudad donde las moradas de los bienaventurados tienen forma de palacios y de jardines llenos de flores y de frutos maravillosos. El infierno lo veo en cambio como un lugar donde todo tiene por principio la ira eterna, la discordia y la desesperación, prisiones y cavernas, desiertos y lagos llenos de todo lo que puede provocar en las almas el extremo horror, la eterna e ilimitada desolación de los condenados. Todas las raíces de la corrupción y del terror producen en el infierno el dolor y el suplicio que les corresponde en las más horribles formas imaginables; cada condenado tiene siempre presente este pensamiento, que los tormentos a que está entregado son consecuencia de su crimen, pues todo lo que se ve y se siente en este lugar no es más que

la esencia, la pavorosa forma interior del pecado descubierto por Dios Todopoderoso.

Cuando los ángeles, con una tremenda explosión, echaron las puertas abajo, se elevó del infierno un mar de imprecaciones, de injurias, de aullidos y de lamentos. Todos los allí condenados tuvieron que reconocer y adorar a Jesús, y éste fue el mayor de sus suplicios. En el medio del infierno había un abismo de tinieblas al que Lucifer, encadenado, fue arrojado, y negros vapores se extendieron sobre él. Es de todos sabido que será liberado durante algún tiempo, cincuenta o sesenta años antes del año 2000 de Cristo. Las fechas de otros acontecimientos fueron fijadas, pero no las recuerdo, pero sí que algunos demonios serán liberados antes que Lucifer, para tentar a los hombres y servir de instrumento de la divina venganza.

Vi multitudes innumerables de almas de redimidos elevarse desde el purgatorio y el limbo detrás del alma de Jesús, hasta un lugar de delicias debajo de la Jerusalén celestial. Vi a Nuestro Señor en varios sitios a la vez; santificando y liberando toda la creación; en todas partes los malos espíritus huían delante de Él y se precipitaban en el abismo. Vi también su alma en diferentes sitios de la tierra, la vi aparecer en el interior del sepulcro de Adán debajo del Gólgota, en las tumbas de los profetas y con David, a todos ellos revelaba los más profundos misterios y les mostraba cómo en Él se habían cumplido todas las profecías.

Esto es lo poco de que puedo acordarme sobre el descendimiento de Jesús al limbo y a los infiernos y la libertad de las almas de los justos. Pero además de este acontecimiento, Nuestro Señor desplegó ante mí su eterna misericordia y los inmensos dones que derrama sobre aquellos que creen en Él. El descendimiento de Jesús a los infiernos es la plantación de un árbol de gracia destinado a las almas que padecen. La redención continua de estas almas, es el fruto producido por este árbol en el jardín espiritual de la Iglesia en todo tiempo. La Iglesia debe cuidar este árbol y recoger los frutos para entregárselo a la Iglesia que no puede recogerlos por sí misma. Cuando el día del Juicio Final llegue el dueño del árbol nos pedirá cuentas, y no sólo de ese árbol, sino de todos los frutos producidos en todo el jardín.

LA VÍSPERA DE LA RESURRECCIÓN

Cuando se acabó el sábado, Juan fue con las santas mujeres, y las consoló, pero no podía contener sus propias lágrimas, por lo que se quedó con ellas sólo un breve espacio de tiempo. Entonces, Pedro y Santiago el Menor fueron también a verlas con el mismo propósito de confortarlas. Ellas prosiguieron con su pena después de que ellos se marcharan.

Mientras la Santísima Virgen oraba interiormente llena de un ardiente deseo de ver a Jesús, un ángel vino a decirle que fuera a la pequeña puerta de Nicodemo, porque Nuestro Señor estaba cerca. El corazón de María se inundó de gozo; se envolvió en su manto y se fue, dejando allí a las santas mujeres sin decir nada a nadie. La vi encaminarse de prisa hacia la pequeña puerta de la ciudad por donde había entrado con sus compañeras al volver del sepulcro. La Virgen caminaba con pasos apresurados, cuando la vi detenerse de repente en un sitio solitario. Miró a lo alto de la muralla de la ciudad y el alma de Nuestro Señor, resplandeciente, bajó hasta su Madre acompañada de una multitud de almas y patriarcas. Jesús, volviéndose hacia ellos y señalando a la Virgen, dijo: «He aquí a María, he aquí a mi Madre.» Pareció darle un beso y luego desapareció. La Santa Virgen cayó de rodillas y besó el lugar donde así había aparecido. Debían de ser las nueve de la noche. Sus rodillas y sus pies quedaron marcados sobre la piedra. La visión que había tenido la había llenado de un gozo indecible, y regresó confortada junto a las santas mujeres, a quienes halló ocupadas en preparar ungüentos y perfumes. No les dijo lo que había visto, pero sus fuerzas se habían renovado; consoló a las demás y las fortaleció en su fe.

La Santa Virgen se unió a la preparación de los bálsamos que las santas mujeres habían empezado a elaborar en su ausencia. La intención de ellas era ir al sepulcro antes del amanecer del siguiente día, y verter esos perfumes sobre el cuerpo de Nuestro Señor.

JOSÉ DE ARIMATEA MILAGROSAMENTE LIBERADO

Poco después de la vuelta de la Santísima Virgen junto a las santas mujeres, vi a José de Arimatea rezando en prisión. De pronto, su celda se llenó de luz y oí una voz que lo llamaba por su nombre. El tejado se levantó dejando una abertura, y vi allí una forma luminosa que le echaba una sábana que me recordó mucho la que había servido para amortajar a Jesús. José la cogió con ambas manos y se dejó alzar hasta la abertura, que se cerró detrás de él. Cuando llegó a lo alto de la torre, la aparición desapareció.

José siguió la muralla hasta cerca del cenáculo, que estaba en las inmediaciones de la muralla meridional de Sión. Entonces bajó y llamó a la puerta. Los discípulos estaban muy afligidos por la desaparición de José, y creían que habría sido muerto y arrojado a una acequia. Cuando le vieron entrar, su alegría fue inmensa. Contó lo que le había sucedido; ellos dieron gracias a Dios. Después de comer un poco de lo que los discípulos le ofrecieron, se fue de Jerusalén por la noche y se dirigió a Arimatea, su patria. Allí permaneció hasta que supo que ya no corría peligro.

LA NOCHE DE LA RESURRECCIÓN

Poco después vi el sepulcro de Nuestro Señor; todo estaba silencioso alrededor. Seis soldados montaban guardia de pie o sentados. Casio estaba entre ellos. Parecía hallarse en profunda meditación y como a la espera de un gran acontecimiento. Vi el sagrado cuerpo, envuelto en la mortaja y rodeado de luz, reposaba entre dos ángeles que continuamente lo adoraban, uno a la cabeza y otro a los pies de Jesús, desde que había sido puesto en el sepulcro. Estos ángeles, por su postura y el modo de cruzar sus brazos sobre el pecho, me recordaron los querubines del Arca de la Alianza, mas no les vi las alas. Todo el santo sepulcro me recordaba muchas veces el Arca de la Alianza en diversas épocas de su historia. Es posible que Casio percibiera la luz y la presencia de los ángeles, pues permanecía en contemplación delante de la puerta del sepulcro como el que adora al Santísimo Sacramento.

A continuación, vi el alma de Nuestro Señor, acompañada de las almas de los patriarcas, entrar en el sepulcro a través de la piedra, y mostrarles todas las heridas de su sagrado cuerpo. La mortaja pareció abrirse y el cuerpo apareció a sus ojos cubierto de llagas. Era como si la divinidad que habitaba en Él hubiese mostrado a esas almas de un modo misterioso toda la esencia de su martirio. Me pareció que su cuerpo mortal se hacía transparente y se podía ver hasta el fondo de sus heridas. Las almas que lo acompañaban estaban sobrecogidas y llenas de tristeza y de una ardiente compasión.

En seguida tuve una misteriosa visión que no puedo explicar ni describir claramente. Me pareció que el alma de Jesús, sin estar todavía completamente unida a su cuerpo, salía del sepulcro en Él y con Él. Me pareció ver a los dos ángeles en adoración a ambos extremos del sepulcro, levantar el sagrado cuerpo, desnudo, cubierto de heridas, e irse hacia el cielo atravesando la piedra de la entrada. Me pareció que Jesús presentaba su cuerpo, marcado con los estigmas de la Pasión, ante su Padre Celestial, sentado en un trono, en medio de los coros innumerables de ángeles prosternados.

En ese momento, en el sepulcro, la roca fue violentamente sacudida: cuatro de los guardias habían ido a por algo a la ciudad, pero los tres que habían quedado de guardia, cayeron al suelo casi sin conocimiento. Lo atribuyeron a un temblor de tierra, pero Casio, que presentía que iba a ocurrir algo portentoso, estaba sobrecogido. Sin embargo, se quedó en su sitio, esperando lo que tuviera que venir. Mientras tanto, los soldados ausentes volvieron.

Vi de nuevo a las santas mujeres que habían acabado de preparar sus perfumes y se habían retirado a sus celdas. Sin embargo, no se acostaron para dormir, simplemente se recostaron sobre los cobertores enrollados.

Querían ir al sepulcro antes de amanecer, porque temían a los enemigos de Jesús. Pero la Santísima Virgen, animada de un nuevo valor desde que se le había aparecido su Hijo, las tranquilizó diciéndoles que podían reposar e ir al sepulcro sin temor, porque ningún mal iba a sucederles y entonces ellas se tranquilizaron un poco.

En ese mismo instante me pareció que una forma monstruosa, con cola de serpiente y una cabeza de dragón, salía de la tierra debajo de la peña, y que se levantaba contra Jesús. Creo que también tenía una cabeza humana. Vi que en la mano del Resucitado ondeaba un estandarte. Jesús pisó la cabeza del dragón y le pegó tres golpes en la cola con el palo de su bandera. Desapareció primero el cuerpo, después la cabeza del dragón y quedó sólo la cabeza humana. Yo había visto muchas veces esta misma visión antes de la Resurrección y una serpiente igual a la que estaba emboscada, en la concepción de Jesús. Me recordó también la serpiente del Paraíso, pero ésta todavía era más horrorosa. Creo que era una alegoría de la profecía: «El hijo de la mujer romperá la *cabeza* de la serpiente», y me pareció un símbolo de la victoria sobre la muerte, pues cuando Nuestro Señor aplastó la cabeza del dragón, ya no vi el sepulcro.

Jesús, resplandeciente, se elevó por medio de la peña. La tierra tembló. Uno de los ángeles guerreros, se precipitó del cielo al sepulcro como un rayo, apartó la piedra que cubría la entrada y se sentó sobre ella. Los soldados cayeron como muertos y permanecieron tendidos en el suelo sin dar señales de vida. Casio, viendo la luz brillar en el sepulcro, se acercó, tocó los lienzos vacíos y se fue con la intención de anunciar a Pilatos lo sucedido. Sin embargo, aguardó un poco, porque había sentido el terremoto y había visto al ángel apartar la piedra a un lado y el sepulcro vacío, mas no había visto a Jesús.

En el mismo instante en que el ángel entraba en el sepulcro y la tierra temblaba, vi a Nuestro Señor resucitado apareciéndose a su Madre en el Calvario; estaba hermoso y radiante. Su vestido, que parecía una capa, flotaba tras Él, y era de un blanco azulado, como el humo visto a la luz del sol. Sus heridas resplandecían, y se podía ver a través de los agujeros de las manos. Rayos luminosos salían de la punta de sus dedos. Las almas de los patriarcas se inclinaron ante la Madre de Jesús. El Salvador mostró sus heridas a su Madre, que se prosternó para besar sus pies, mas Él la levantó y desapareció. Se veían luces de antorchas a lo lejos, cerca del sepulcro, y el horizonte se esclarecía hacia el oriente, encima de Jerusalén.

LAS SANTAS MUJERES EN EL SEPULCRO

Las santas mujeres estaban cerca de la pequeña puerta de Nicodemo cuando Nuestro Señor resucitó, pero no vieron nada de los prodigios que habían acaecido en el sepulcro. Tampoco sabían que habían puesto allí una guardia, porque no habían ido la víspera a causa del sábado. Mientras se acercaban se preguntaban entre sí con inquietud: «¿Quién nos apartará la piedra de delante de la entrada?» Querían echar agua de nardo y aceite aromatizado con flores sobre el cuerpo de Jesús. Querían ofrecer a Nuestro Señor lo más precioso que pudieron encontrar para honrar su sepultura. La que había llevado más cosas era Salomé. No la madre de Juan, sino una mujer rica de Jerusalén, parienta de san José. Decidieron que, cuando llegaran, dejarían sus perfumes sobre una piedra y esperarían a que alguien llegara para apartarla.

Los guardias seguían tendidos en el suelo y las fuertes convulsiones que los sacudían demostraban cuán grande había sido su terror. La piedra estaba corrida hacia la derecha de la entrada, de modo que se podía penetrar en el sepulcro sin dificultad. Los lienzos que habían servido para envolver a Jesús estaban sobre el sepulcro. La gran sábana estaba en su sitio, pero sin su cuerpo. Las vendas habían quedado sobre el borde anterior del sepulcro, las telas con que María había envuelto la cabeza de su Hijo estaban donde había reposado ésta. Vi a las santas mujeres acercarse al jardín, pero, cuando vieron las luces y los soldados tendidos alrededor del sepulcro, tuvieron miedo y se alejaron un poco. Pero Magdalena, sin pensar en el peligro, entró precipitadamente en el jardín y Salomé la siguió a cierta distancia. Las otras dos, menos osadas, se quedaron en la puerta. Magdalena, al acercarse a los guardias, se sintió sobrecogida y esperó a Salomé; las dos juntas pasaron temblorosas entre los soldados caídos en el suelo, y entraron en la gruta del sepulcro. Vieron la piedra apartada de la entrada y cuando, llena de emoción, penetraron en el sepulcro, encontraron los lienzos vacíos. El sepulcro resplandecía y un ángel estaba sentado a la derecha sobre la piedra. No sé si Magdalena oyó las palabras del ángel, mas salió perturbada del jardín y corrió rápidamente a la ciudad, donde se hallaban reunidos los discípulos. No sé tampoco si el ángel habló luego a María Salomé, que se había quedado en la entrada del sepulcro; pero la vi salir también muy de prisa del jardín, detrás de Magdalena, y reunirse con las otras dos mujeres anunciándoles lo que había sucedido. Se llenaron de sobresalto y de alegría al mismo tiempo, y no se atrevieron a entrar.

Casio, que había esperado un rato, pensando quizá que podía ver a Jesús, fue a contárselo todo a Pila-tos. Al salir se encontró con las santas mujeres, les contó lo que había visto y las exhortó a que fueran a asegurarse por sus propios ojos. Ellas se animaron y entraron en el jardín. A la entrada del sepulcro, vieron a dos ángeles vestidos de blanco. Las mujeres se asus-

taron, se cubrieron los ojos con las manos y se postraron en el suelo. Pero uno de los ángeles les dijo que no tuvieran miedo y que no buscaran allí al Crucificado porque había resucitado y estaba vivo. Les mostró el sudario vacío y las mandó decir a los discípulos lo que habían visto y oído, añadiendo que Jesús les precedería en Galilea y que recordaran sus palabras: «El Hijo del Hombre será entregado a manos de los pecadores, que lo crucificarán, pero Él resucitara al tercer día.» Entonces los ángeles desaparecieron. Las santas mujeres temblando, pero llenas de gozo, se volvieron hacia la ciudad. Estaban sobrecogidas y emocionadas; no se apresuraban sino que se paraban de vez en cuando para mirar si veían a Nuestro Señor, o si Magdalena volvía.

Mientras tanto, Magdalena había llegado ya al cenáculo; estaba fuera de sí y llamó a la puerta con fuerza. Algunos discípulos estaban todavía acostados. Pedro y Juan le abrieron. Magdalena les dijo desde fuera: «Se han llevado el cuerpo de Nuestro Señor y no sabemos adónde lo han llevado.» Después de estas palabras se volvió corriendo al jardín. Pedro y Juan entraron alarmados en la casa y dijeron algunas palabras a los otros discípulos. Después la siguieron corriendo; Juan iba más de prisa que Pedro. Magdalena entró en el jardín y se dirigió al sepulcro. Llegaba trastornada por su viaje y su dolor, cubierta de rocío, con el manto caído y sus hombros y largos cabellos sueltos y descubiertos. Como estaba sola, no se atrevió a bajar a la gruta, y se detuvo un instante en la entrada. Se arrodilló para mirar dentro del sepulcro desde allí y, al echar hacia atrás sus cabellos, que le caían sobre la cara, vio dos ángeles vestidos de blanco sentados a ambos extremos del sepulcro, y oyó la voz de uno de ellos que decía: «Mujer, ¿por qué lloras?» Ella gritó en medio de su dolor, pues no repetía más que una cosa y no tenía más que un pensamiento al saber que el cuerpo de Jesús no estaba allí: «Se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto.» Después de estas palabras, se levantó y se puso a buscar frenéticamente aquí y allá; le parecía que iba a encontrar a Jesús; presentía confusamente que estaba cerca de ella y la aparición de los ángeles no podía distraerla de ese pensamiento. Parecía que no se diera cuenta de que eran ángeles y no podía pensar más que en Jesús: «Jesús no está allí, ¿dónde está Jesús?» La vi moverse de un lado a otro como una persona que ha perdido la razón.

El cabello le caía por ambos lados sobre la cara; se lo recogió con las manos, echándolo hacia atrás y entonces, a diez pasos del sepulcro, hacia el oriente, en el sitio donde el jardín sube hacia la ciudad, vio aparecer una figura vestida de blanco, entre los arbustos, a la luz del crepúsculo, y corriendo hacia él oyó que le dirigía estas palabras: «Mujer, ¿por qué lloras?» Ella creyó que era el jardinero y, en efecto, el que hablaba tenía una azada en la mano y sobre la cabeza un sombrero ancho que parecía hecho de corteza de árbol. Yo había visto bajo esta forma al jardinero de la

parábola que Jesús había contado a las santas mujeres en Betania, poco antes de su Pasión. No resplandecía sino que era simplemente como un hombre vestido de blanco visto a la luz del crepúsculo. El hombre le hizo una nueva pregunta: «Por qué lloras?» Y entonces ella, en medio de sus lágrimas respondió: «Porque han llevado a mi Señor y no sé adónde. Si lo has visto, dime dónde está y yo iré por él.» Y volvió a dirigir la vista frenéticamente a su alrededor. Entonces Jesús le dijo con su voz de siempre: «¡Magdalena!» Y ella, reconociendo su voz y olvidando crucifixión, muerte y sepultura, como si siguiera vivo, dijo volviéndose de golpe hacia Él: «¡Rabí!», y se postró de rodillas ante Él, extendiendo sus brazos hacia los pies de Jesús. Mas El, deteniéndola, le dijo: «No me toques, pues aún no he subido hasta mi Padre. Ve a decirles a mis hermanos que subo hacia mi Padre y Vuestro Padre, hacia mi Dios y el Vuestro.» Y desapareció.

Jesús le dijo «no me toques» a causa de la impetuosidad de ella, que pensaba que Él vivía la misma vida de antes. En cuanto a las palabras «Aún no he subido a mi Padre» quería expresar que aún no había dado las gracias por la obra de la Redención a su Padre, a quien pertenecen las primicias de la alegría. En cambio ella, en el ímpetu de su amor, ni siquiera se daba cuenta de las cosas grandes que habían pasado, y lo único que quería era poderle besar, como antes, los pies. Después de un momento de perturbación, Magdalena se levantó y corrió otra vez al sepulcro. Allí vio de nuevo a los ángeles, que le repitieron las palabras que habían dicho a las otras mujeres. Entonces, segura del milagro, se fue a buscar las santas mujeres, y las encontró en el camino que conduce al Gólgota.

Toda esta escena no duró más de dos o tres minutos. Eran las dos y media cuando Nuestro Señor se había aparecido a Magdalena, y Juan y Pedro llegaban al jardín justo cuando ella acababa de irse. Juan entró el primero, y se detuvo a la entrada del sepulcro, miró por la piedra apartada y vio el sepulcro vacío. Después llegó Pedro y entró en la gruta, donde vio los lienzos doblados. Juan le siguió e inmediatamente creyó que había resucitado, y ambos comprendieron claramente todas las palabras que les había dicho. Pedro escondió los lienzos bajo su manto y volvieron corriendo. Los dos ángeles seguían allí pero me parece que Pedro no los vio. Juan dijo más tarde a los discípulos de Emaús que había visto desde fuera a un ángel.

En ese momento, los guardias revivieron, se levantaron y recogieron sus picas y faroles. Estaban aterrorizados. Los vi correr hasta llegar a las puertas de la ciudad.

Mientras tanto, Magdalena contó a las santas mujeres que había visto a Nuestro Señor, y lo que los ángeles le habían dicho. Magdalena se volvió entonces a Jerusalén y las mujeres se dirigieron al jardín pensando encontrar allí a los dos apóstoles. Cuando ya estaban cerca, Jesús se les

apareció, vestido de blanco, y les dijo: «Yo os saludo.» Ellas se echaron a sus pies, anonadadas. Él les dijo algunas palabras y parecía indicarles algo con la mano, luego desapareció. Entonces estas mujeres corrieron al cenáculo y contaron a los discípulos que allí habían quedado, lo que habían visto. Estos no querían creerlas ni a ellas ni a Magdalena, y calificaban todo lo que les decían de sueños de mujeres, hasta que volvieron Pedro y Juan. Al regresar, éstos se habían encontrado también con Santiago el Menor y Tadeo, que los habían seguido y estaban muy conmovidos, pues Nuestro Señor se les había aparecido también a ellos cerca del cenáculo. Yo había visto a Jesús pasar delante de Pedro y de Juan, y me parece que Pedro lo vio, pues me pareció que sentía un súbito sobrecogimiento. No sé si Juan lo reconoció.

RELATO HECHO POR LOS GUARDIAS DEL SEPULCRO

Casio fue a ver a Pilatos una hora después de la Resurrección. El gobernador romano estaba aún acostado cuando Casio entró. Éste le contó con gran emoción todo lo que había visto, le habló del temblor de la peña, de la piedra apartada por un ángel y de los lienzos que se habían quedado vacíos; añadió que Jesús era ciertamente el Mesías, el Hijo de Dios, y que había las almas que los habían habitado, para volverlos a dejar luego en la tierra, hasta que resuciten como todos nosotros el día del Juicio Final. Ninguno de ellos resucitó como Lázaro, que volvió verdaderamente a la vida y que murió una segunda vez.

FIN DE ESTAS MEDITACIONES DE CUARESMA

El domingo siguiente, si bien recuerdo, vi a los judíos lavar y purificar el Templo. Ofrecieron sacrificios expiatorios, sacaron los escombros, escondieron las señales del terremoto con tablas y alfombras y continuaron las ceremonias de la Pascua que no se había podido acabar el mismo día. Declararon que la fiesta se había interrumpido por la asistencia de los impuros al sacrificio y aplicaron, no sé cómo, a lo que había pasado, una visión de Ezequiel sobre la resurrección de los muertos. Además, amenazaron con graves castigos a los que hablaran o murmuraran; sin embargo, no calmaron más que la parte del pueblo más ignorante y más inmoral. Los mejores se convirtieron, primero en secreto, y después de Pentecostés, abiertamente. El Sumo Sacerdote y sus acólitos perdieron una gran parte de su osadía al ver la rápida propagación de la doctrina de Jesús. En el tiempo del diaconado de san Esteban, Ofel y la parte oriental de Sión

no podían contener la comunidad cristiana, que fueron ocupando el espacio que se extiende desde la ciudad hasta Betania.

Vi a Anás como poseído del demonio; él fue al final confinado y nunca volvió a ser visto públicamente. La locura de Caifás era menos evidente exteriormente, pero en cambio, tal era la violencia de la rabia secreta que lo devoraba, que acabó perturbando su razón.

El jueves después de Pascua, vi a Pilatos hacer buscar inútilmente a su mujer por toda la ciudad. Estaba escondida en casa de Lázaro, en Jerusalén. No lo podían adivinar, pues ninguna mujer habitaba en aquella casa. Esteban le llevaba comida y le contaba lo que sucedía en la ciudad. Esteban era primo de san Pablo.

El día después de la Pascua, Simón el Cireneo fue a ver a los apóstoles y les pidió ser instruido y bautizado por ellos.

Aquí se acaba la relación de estas visiones, que abarcan desde el 18 de febrero hasta el 6 de abril de 1823.

Ana Catalina Emmerich

La amarga Pasión de Cristo

Ana Catalina Emmerich, religiosa agustina, enferma y estigmatizada, permaneció inmóvil en su casa desde 1813 hasta su muerte. Sus visiones fueron recogidas por el poeta alemán Clemente Brentano, que permaneció, día a día, al pie de su cama para transcribir sus meditaciones. *La amarga Pasión de Cristo*, una obra clásica para los cristianos desde su primera publicación en 1833, describe con todo detalle los últimos días de la vida de Jesús. Convertida en testigo ocular, Emmerich nos narra todos los hechos que acontecieron desde la Última Cena de Jesucristo, su posterior arresto y juicio, y su resurrección con un detalle casi cinematográfico que no dejará indiferente al lector.

La amarga Pasión de Cristo es un impactante drama que profundiza en uno de los momentos más trascendentales para la cristiandad. La narración de estos acontecimientos nos ayuda a comprender el sufrimiento humano y el significado espiritual de la Pasión de Cristo como jamás lo ha hecho ningún otro documento. Por la importancia y relevancia de este testimonio, Juan Pablo II declaró Venerable a Ana Catalina Emmerich, y El Vaticano ha anunciado recientemente su beatificación.

booket

www.booket.com

